

RESEÑAS

LIISA FLORA VOIONMAA TANNER, *Escultura Pública. Del Monumento Conmemorativo a la Escultura Urbana. Santiago 1792-2004*. Santiago, Editorial Ocho Libros, 2005.

Monumental. Con este adjetivo podemos introducir tanto la obra de la historiadora Liisa Flora Voionmaa Tanner, como la naturaleza del objeto que quiere describirnos. *Escultura Pública. Del Monumento Conmemorativo a la Escultura Urbana. Santiago 1792-2004* es, finalmente, un acto conmemorativo de la historiadora del Arte que, con su mirada extranjera pero no por eso menos aguda ni asertiva, nos invita a mirar nuestro entorno urbano con un ojo curioso, acompañado de un valioso material historiográfico.

Citando a Miguel Laborde –“Conmemoran los que tienen fe en el futuro”–, la obra introduce el tono que animará las siguientes líneas y páginas del libro. Efectivamente, la autora recobra ese espíritu nostálgico y de justicia que experimentamos a través de la conmemoración, pero entrelazado con un fuerte ánimo positivo. Finalmente, un espíritu bastante histórico, de aquel que busca en su entorno y en su historia aquellos símbolos visibles que nos recuerdan a diario de dónde venimos, cómo nos forjamos, qué camino hacemos y hacia dónde nos dirigimos. Estamos hablando de identidad y los monumentos son parte importante de ella.

La autora ha elegido como objeto central de su investigación la escultura pública. Sin embargo, la atención y profundidad que pone en otros ámbitos de la cultura que, tanto como la escultura, han ido forjando nuestra identidad y han sido símbolos fundamentales en la formación de una memoria colectiva, son realmente notables. Su análisis incluye al desarrollo urbanístico, arquitectónico, pictórico y de artes decorativas, así como el cruce vital que ocurre entre ellos y otros aspectos de la vida pública santiaguina en el período que ha establecido.

Por eso es que más que una historia de la escultura, estamos frente a una importante historia de manifestaciones culturales visuales. La autora relaciona unas artes con otras y las explica a la luz de los fenómenos sociales y políticos.

La historia comienza desde los albores de nuestra vida republicana o más bien desde que se toma conciencia de la importancia de crear un imaginario visual colectivo para fortalecer los ideales ilustrados. La secularización de la cultura ocurriría, entonces, con anterioridad a las leyes laicas y a la separación entre la Iglesia y el Estado.

Los monumentos conmemorativos, la emblemática y la numismática juegan un papel fundamental en la construcción simbólica de una nación moderna. Aunque la historia política de una nación está conformada por ideas, las imágenes y los símbolos que expresan aquellas ideas constituyen la visión pública en que un pueblo o un país reconoce su propia identidad. Los símbolos conllevan una carga afectiva que nutre el sentimiento de pertenencia. Son los símbolos colectivos, dife-

rentes a los símbolos artísticos, como establece la autora. Los primeros tienen un carácter expresamente público, mientras los segundos funcionan, generalmente, en un espacio individual.

Así como la autora nos otorga esta definición de nomenclatura y concepto de símbolo colectivo y símbolo artístico, la obra es muy completa y rica en lo que a definiciones y aclaraciones de conceptos se refiere. Consciente de que muchas veces utilizamos y sobreutilizamos algunos términos para expresarnos en nuestro lenguaje cotidiano, Liisa Flora Voionmaa establece los marcos conceptuales en que se mueve su propia obra, dándole así una coherencia que la identifica y constituye uno de sus principales aportes. A través del texto, la historiadora va definiendo los conceptos que ella utilizará: patria, monumento, conmemoración, modernismo, vanguardia. Una vez aclarados los conceptos y establecido un vocabulario de base, la historiadora describe los procesos y explica sus ideas.

Siguiendo con el orden cronológico que se plantea la autora, tras describirnos los últimos años de nuestra historia colonial, el libro se adentra en la necesidad que surge, tras la Independencia, de crear una simbología que se identifique con los propósitos patriotas, pero que a la vez, los compatibilice con los temas religiosos y la causa indígena.

La emblemática y la fiesta cívica fueron las instancias que simbolizarían y conmemorarían los hechos más decisivos de la Independencia. Pero comienza a hacerse urgente el establecer monumentos más durables en el tiempo, una cultura republicana de la permanencia, en contraste a la fugacidad de las manifestaciones culturales barrocas.

El espacio urbano es uno de los elementos que serpentea por toda la obra, dando unidad al planteamiento de la autora. Importante escenario de la cosa pública durante el período virreinal, la ciudad es concebida desde comienzos del XIX como un nuevo espacio representativo y simbólico de las nuevas ideas. Varios gobernantes de esta centuria habrían asumido este desafío, interviniendo y transformando las capitales de Hispanoamérica. Chile no quedó fuera de este proceso continental.

Primero fueron los “monumentos supraindividuales” y recién en la segunda mitad del siglo XIX se erigieron estatuas para referir al protagonismo personal de los héroes. Según la autora, una de las razones que explicaría este fenómeno es la preponderancia de la pintura sobre la escultura, siendo la primera la que sí logró conmemorar a sus héroes través del pincel. Las figuras de Gil de Castro, actores de un verdadero pabellón de héroes republicanos, constituyen un preámbulo a las estatuas de bronce que se realizarían a continuación.

La autora pasa revista a la escultura pública del siglo XIX, distinguiendo dos períodos: en el primero, continúa el énfasis en la proyección de monumentos que escapan al protagonismo particular. Estamos hablando de alegorías, obeliscos, arcos de triunfo. En el segundo período, con la República ya más consolidada, aparecen los monumentos al individuo y las estatuas ecuestres. Este fenómeno se explica con el devenir del individualismo moderno, la emancipación de la clase burguesa y la revolución industrial.

La figura de Vicuña Mackenna es rescatada por la autora en un excelente capítulo referido a sus ideas y la forma en que las llevó a la práctica. Su intervención del cerro Santa Lucía, la creación del parque Cousiño, el encargo de una estatuaría conmemorativa para adornar esta ciudad, son fruto de un espíritu y una voluntad ilustradas que cree en la educación estética del hombre, junto con un sentimiento de exaltación de lo propio.

Es en esta época que se mencionan las figuras de Rebeca Matte, José Miguel Blanco y Virginio Arias, quienes con su arte conmemoraron la figura de nuestros héroes.

Nuevos aires se describen para el siglo XX. Las vanguardias dejan su impronta en las artes de la época y el monumento decorativo participa asimismo de las tendencias en boga. La aspiración estética de borrar la influencia de la Academia redefine las líneas del arte y sus relaciones con el entorno. ¿Qué es lo artístico? ¿Puede el arte estar en el espacio público o debe permanecer confinado a los museos? Henry Moore, quien ejerce una influencia significativa en la escultura del siglo XX, argumenta que la escultura debe tener una relación con el entorno. De este modo, los límites y diferencias entre un monumento conmemorativo y una escultura comienzan a desdibujarse. Con esta inclusión, la autora resuelve una de las interrogantes que venía arrastrando el libro desde el comienzo, respecto a las diferencias entre lo público y lo privado durante la historia de la escultura en Chile. La suya es una opción por el arte público y lo adivinamos desde que tenemos en nuestras manos el libro sobre “Escultura Pública”. Es una opción legítima, como también lo hubiera sido rescatar el ámbito privado de la escultura y las resonancias de esta en el ambiente íntimo y familiar. No obstante, se echa de menos la inclusión de la imaginería religiosa barroca como antecedente del ejercicio previo de convivencia de la sociedad chilena con la escultura pública. Las tallas de santos patronos, vírgenes, Cristos y ángeles habían creado una forma de veneración de imágenes que representaban a los personajes queridos. Esta práctica, creemos, debía incluirse para comprender el cambio de objeto venerado con la llegada de nuevas ideas a partir de finales del siglo XVIII. El hecho de que la cultura barroca haya sido descrita y definida como una de fugacidad y productos efímeros, no significa, a nuestro modo de ver, que no haya generado una serie de prácticas permanentes de relacionarse con las representaciones de los seres admirados en el escenario público. La tradición del pueblo mapuche y la de los pascuenses está solamente mencionada como un referente olvidado por la memoria colectiva. También aquí echamos en falta algo más que una mención.

Estas pequeñas carencias no le restan ni un ápice de monumentalidad a esta obra que, con excelente material gráfico, pluma rápida y didáctica, amplio material bibliográfico y de fuentes directas, constituye un verdadero aporte a la historiografía nacional. A esto, no olvidemos agregarle los sugerentes recorridos temáticos y geográficos que la autora nos da en un libro aparte que se constituye, asimismo, en un aporte a la participación ciudadana en el patrimonio nacional.

OLAYA SANFUENTES
Pontificia Universidad Católica de Chile

FLORENCIA MALLON, *La sangre del copihue. La comunidad mapuche de Nicolás Ailfo y el Estado chileno, 1906-2001*. Santiago, Lom, 2005.

La Sangre del Copihue es sin duda la historia de una comunidad mapuche más completa que se ha escrito hasta el momento. Es, quizás, una versión del siglo XXI de “historias de familias” que mezcla las obras de Faron y de Guevara, pero sin olvidar a Pascual Coña.

Florencia nos presenta de una manera directa y vivencial las historias de los mapuches (y no mapuches) de la comunidad de Ailfo en su lucha por recuperar y acceder a la tierra. Tierra referida necesariamente a la historia larga que nos habla de su radicación a comienzos del siglo XX por parte del Estado chileno. Pero también a las nuevas necesidades de tierras y relaciones que establecen con otros grupos para acceder a ella. Florencia juega a lo largo de todo el texto con dos principios de legitimación. El primero hace alusión a las tierras originales recibidas cuando son radicados por el Estado chileno, el segundo, a las necesidades de nuevas tierras para la supervivencia. Uno se centra en un criterio étnico, el otro, en las reivindicaciones de clase que se realizan junto con los otros grupos explotados y marginados del campo chileno. Pero lo interesante de su aproximación es que estas dos fuentes de legitimación se encuentran entrelazadas en el quehacer concreto que realizan los miembros de la comunidad de Ailfo. No hay, por tanto, esa falsa dicotomía entre etnia y clase, pero tampoco se subsumen una a la otra. Lo que nos propone Florencia es que al menos en este caso en particular, ambas dinámicas se presentan y ocultan en el accionar mapuche campesino, uniéndose o tomando rumbos distintos según sean las estructuras de oportunidades, las relaciones locales de poder y, por sobre todo, la deliberación que realizan los sujetos para enfrentar tales tareas, donde las historias de vida y la religiosidad cristiana cumplen un papel de gran importancia. No es de extrañar, por tanto, que los miembros de la comunidad de Ailfo encuentren en dicha religiosidad una fuente para la interpretación de su propia historia.

Para Florencia habría dos grandes ideas religiosas que legitimarían las conductas, por tanto la moralidad de la acción colectiva de esta comunidad. Una es la idea de autointerpretarse como el pueblo elegido que camina rumbo a la liberación de la opresión, basada principalmente en las ideas del Antiguo Testamento y posteriormente en la Teología de la Liberación. La otra, es la de un cristianismo más “sufrido”, donde los acontecimientos se juzgan como un destino que habría que asumir con “dignidad”, y aguantar porque su moralidad es superior a la del contrincante. Analíticamente el juego es perfecto. Sin embargo, habría que preguntarse hasta qué punto los principios morales aducidos se remiten exclusivamente a la experiencia cristiana. Es indudable que, en este caso, eso es así. Pero, a mi juicio, habría que interrogarse por otras fuentes de la moral de los miembros de la comunidad mapuche de Ailfo, que, junto con las distintas versiones del cristianismo, estén operando para legitimar la acción colectiva. Como veremos más adelante, Florencia nos entrega algunas pistas al respecto.

Otro aspecto interesante del texto de Florencia es que nos permite mirar toda la región, la constitución de la propiedad, las relaciones de clase, el desarrollo o subdesarrollo económico, así como las relaciones interétnicas implicadas como

telón de fondo. Si bien se trata de lo que en metodología conocemos como estudio de casos, en sus ires y venires, Florencia no solo juega entre el relato y la interpretación, también lo hace entre lo local y lo regional. Situándose en el margen del Leviatán, problematiza su instalación y contenidos más diversos. Desde la creación de las fortunas y la explotación campesina, las formas prácticas que adquiere la política hasta la constitución de las instituciones legales y sociales. Por eso que la contraparte necesaria de la argumentación de Florencia es siempre la presencia del Estado y las relaciones étnicas y de clase.

Los efectos de las políticas estatales quedan como una tensión permanente. Florencia dice que el Estado presenta continuidad en elaborar una política de doble faz ante los mapuches, por una parte, unas ciertas leyes de protección de las comunidades, por otra, la afirmación de la propiedad privada y de la economía capitalista que repercutirán en la suerte de las comunidades. Una variante de lo anterior es la relación conflictiva que se produce entre el derecho étnico y el derecho del Estado chileno. Con el primero no nos referimos a la legislación “indigenista”, sino a la legitimación de la acción en función de una moralidad y orden social basado en los principios del derecho consuetudinario. El derecho étnico no existe en la legislación chilena, ni siquiera en las políticas indigenistas. Más bien en este último se trata de regulaciones sobre los mapuches, no desde los mapuches. Por eso que la dicotomía que plantea en este caso Florencia habría que matizarla. El Estado nunca asumió la política de defender el derecho mapuche, más bien se trató de acciones de “protección” ante la voracidad de los latifundistas locales. La palabra clave en este sentido parece ser la de “reducción”. Reducción para que sobrevivieran como campesinos, pero no reconocimiento como sujetos de derechos anteriores al Estado o sujetos de deliberación de lo público. Por eso que la tensión se mantiene. Pero también es justo reconocer que la acción mapuche ha tenido efectos “no esperados”, como la misma creación de la legislación indigenista. ¿Cómo, si no, interpretar, por ejemplo, la promulgación de la Ley 17.729 del año 1972, que en la práctica reconoció la insuficiencia, para el caso mapuche, de la ley de Reforma Agraria 16.640 de 1967? ¿Podremos interpretar la ley indígena 19.253 solo como una ley sin movilización? ¿En la actualidad, la negociación del Gobierno con las comunidades en conflicto podrá ser entendida como un reconocimiento de las limitaciones de la ley vigente?

La Sangre del Copihue nos relata en tono minimalista la vida de gente “sin importancia”, sin el carácter “histórico”, al decir de más de alguno. La mayoría de sus voces están retratadas con nombre y apellido. ¿Por qué esta concesión de la autora? ¿Por qué esta concesión de los propios sujetos relatados? Como buena seguidora de las teorías de la subalternidad, trata de hacer visibles a aquellos sujetos “invisibilizados” que generalmente se les presenta como objetos de las políticas públicas. Estos sujetos subalternos construyen su propia reflexividad, reelaborando las relaciones discursivas y prácticas que establecen con los demás. Al ser sujetos y no solo objetos de discurso, recobran su historicidad. Del mismo modo, al entrar a la escena pública como interlocutores de otros, recobran su sentido político, su capacidad de establecer distinciones, oposiciones y actuar sobre ellas.

Y aquí una observación necesaria. Cuando se piensa la historia a partir de una unidad de análisis como la comunidad, no siempre encontraremos todos los niveles

del sistema social o, si se quiere, no están presentes con la nitidez suficiente de un análisis de lógica formal. Y eso lo agradecemos, porque si una cosa muestra este maravilloso libro de Florencia es que las instituciones, las organizaciones y las políticas públicas adquieren un significado muy distinto para los sujetos de carne y hueso que no están en condiciones de definir sus contenidos. Si el Estado, o mejor dicho sus agencias, como CONADI, pueden aparecer como el resultado de una negociación entre una parte de las organizaciones étnicas y los actores partidarios, a nivel de la comunidad, la negociación solo se plantea en términos de su aplicación. Lo mismo sucede en las relaciones comunidad-organizaciones étnicas. Esto es lo que explica que ciertos fenómenos, que se visualizan a cierto nivel del sistema social, aquí aparezcan de una manera más distante.

Las estrategias para el acceso a la tierra en Ailío fueron cambiando en el tiempo. La generación de líderes anterior a la década del '60 insistieron en sus demandas para recuperar las tierras por medios judiciales y circunscritos al título de Merced. Con la efervescencia política y las Reformas Agrarias, durante los gobiernos de Frei Montalva y Salvador Allende, los mapuches vieron una nueva posibilidad para sus reivindicaciones. Al mismo tiempo, en la comunidad se dan cuenta que aunque se recuperaran las tierras robadas al título de Merced, igual estas serían insuficientes para las necesidades de sus familias. Junto a ello, la formación de grupos eclesiales de base, así como del Movimiento Campesino Revolucionario en la zona facilitó la asesoría necesaria para emprender un nuevo derrotero de lucha en el marco de la movilización que existía en ese momento. Sin perjuicio de ello, la acción colectiva no contó con el consenso de toda la comunidad, donde hubo sectores que vieron con recelo eso de tomarse un fundo "por las malas". Más aún si no se trataba de las mismas tierras expoliadas al título de Merced. Como sea, con el tiempo la mayoría de la comunidad se plegó a la toma y, luego, explotación del fundo Rucalán que posteriormente se constituiría en el asentamiento Arnoldo Ríos.

Lo interesante y que nos lleva a reflexionar en este caso, es el completo tratamiento que realiza Florencia no solo de la toma, sino de lo que implicó participar en un proceso de movilización poco tradicional y las consecuencias que de ello se pueden derivar para el futuro. En el nuevo asentamiento se instalaron además de comuneros de Ailío, personas de varias otras comunidades del sector. También se incluyeron campesinos pobres de la zona y hasta una buena parte de los antiguos inquilinos y trabajadores del fundo expropiado. ¿Qué significó el asentamiento Arnoldo Ríos para los mapuche de Ailío? ¿Se trató de un quiebre definitivo con las antiguas demandas comunitarias? ¿Implicó el fin de la acción étnica para dar paso a la acción de clase como una subcultura de esta? Lo que nos muestra el texto de Florencia es que la tensión se mantuvo incluso en quienes participaron de este nuevo proceso. No se trata por tanto de hacer divisiones simplistas entre quienes se restaron y quienes participaron, como si unos fueran "étnicos" y otros "clasistas". Más bien se puede apreciar la complejidad con la que actuaron los mapuches, donde juntaron no sin poca tensión, ambos componentes de la acción colectiva. En el asentamiento se innovó la metodología para reivindicar tierras con la asesoría de movimientos de izquierda u organizaciones progresistas; se legitimó también el acceso a tierras "nuevas", que no estaban incluidas en el título de Merced; se

concertó con otras comunidades, que pertenecían –obviamente– a mapuches *lof*¹ diferentes; se alían con otros pobres y sin tierra que no son mapuches, generando todo un discurso e ideología campesinista; en fin, se trabajó colectivamente, pero con la asesoría técnica de expertos de la Reforma Agraria, con lo que llegó el *mini boom* y la bonanza. Pero también, la constitución del asentamiento significó la expulsión de la religiosidad desde el ámbito de lo público; la deslegitimación de las autoridades y modos tradicionales; la “modernización” productiva y social, así como la “ciudadanización” de la acción colectiva.

En el texto que nos entrega Florencia, la presencia del MIR queda flotando en el aire. Se habla del MIR y del MCR, pero nunca se sabe qué pactos y qué relación concreta se establece entre la comunidad y estos agentes partidarios. Este es un tema central, puesto que tiene que ver con la manera como la comunidad genera relaciones hacia su exterior, se consolidan liderazgos internos y se moviliza el consenso. Pero esto nos habla también de las dificultades de realizar investigación histórica y social sobre temas que todavía son conflictivos para sus miembros y para el conjunto de la sociedad chilena. De hecho, Florencia, en sus múltiples entrevistas, revisión de archivos y material secundario, logra ahondar como ninguna otra en estos temas. Tanto es así que al final don Heriberto le reconoce que hubo armas caseras y una escuela de formación política. Pero la memoria no es completa y seguramente nunca lo será.

Con la intervención del CERA Arnoldo Ríos, en agosto de 1973, así como con el posterior Golpe de Estado, le siguió todo el proceso de contrarreforma agraria. Con ello, la represión y la pérdida de las tierras “ganadas”, pero también la frustración, las recriminaciones mutuas, el miedo y la pobreza. Unos culpan a los activistas, otros, a los partidos políticos de izquierda. El dolor tenía que tener una explicación. De trasfondo queda la idea que la toma por “las malas” no fue un buen camino, según algunos de sus miembros. Pero también, de que la ley de asentamientos no logró comprender completamente las demandas mapuches, donde el título familiar juega un rol fundamental. Quizás esto explique que cuando con una nueva ley Pinochet trató de privatizar y colocar en el mercado estas tierras por medio de títulos individuales, la oposición al proceso no fue contundente. Aunque el texto no profundiza mucho en este aspecto, lo deja suficientemente claro como para compararlo con lo sucedido en otras comunidades del sector, así como con la nueva literatura que se está publicando al respecto. Aunque nuevamente no es políticamente correcto decirlo, la entrega de títulos individuales surtió el efecto no esperado de proporcionar mayor seguridad a los comuneros mapuches en circunstancias que lo menos que existía era justamente seguridad.

Las estrategias de sobrevivencia en la época de la dictadura fueron canalizadas por dos instituciones. Una es el Departamento de Acción Social del Obispado de Temuco, la otra, por el CET, una ONG que entregaba apoyo técnico y organizacional. Si bien en un comienzo se trabajó con pescadores y campesinos del sector, pronto se dieron cuenta que había intereses distintos que los hizo separarse organizacionalmente. La apertura política y la transición a la democracia,

¹ *Lof*, se traduce como comunidad, pero incluye tantos a las familias como sus tierras.

significó restablecer las confianzas y nuevamente construir relaciones de alianzas con partidos políticos y organizaciones sociales. Un antiguo ex mirista funda el Centro Simón Bolívar y en conjunto deciden participar en las campañas del NO y en las nuevas contiendas electorales. Esto nuevamente genera resquemores entre los miembros de la comunidad, muchos de los cuales no quieren –en especial los jóvenes– volver a reeditar alianzas que tanto dolor les habían infligido. Preferían seguir organizados más en términos productivos y sociales que políticos. Sin embargo, como hemos señalado, el recurso de la alianza política, es de larga data en el mundo mapuche y un instrumento eficaz a la hora de sobrepasar los límites de la comunidad.

La llegada de la democracia en 1990 y la nueva ley indígena en 1993, generó un nuevo escenario propicio para la movilización por la tierra. Pero ahora se realizaría con procedimientos totalmente distintos a los utilizados históricamente. Primero, hubo que legalizar la comunidad; luego, postular a los programas de subsidios de tierras y a los programas de desarrollo productivo. Lejos quedaron los tiempos de las tomas y de la lucha por derechos históricos en los títulos de Merced. Quienes insistieran por esos caminos serían rápidamente tildados de radicales y terroristas –o quizás nativistas–, con las consecuentes implicancias legales y la exclusión de los espacios públicos. En el caso de Ailfo, queda en evidencia la tensión entre la conformación de la comunidad en función del parentesco, como dice la tradición, y su organización según criterios de “socios que asisten”, es decir, como asociación gremial. Según Florencia, quienes participaron más activamente en la época del asentamiento Arnoldo Ríos según criterios de clase tendieron a utilizar esta segunda definición a la hora de conformar la nueva comunidad Ailfo II, a partir de las tierras que para el efecto les compró el gobierno en un sector lejano a las tierras del *lof* original. Esto permitió incorporar otras personas a la comunidad, como doña Juana y don Chami, pero también generar una fractura simbólica con la parte de la comunidad que decide quedarse en el antiguo predio. Fractura que no es completa, pero que significó redefinir los criterios de validez de la acción colectiva, la legitimidad de los liderazgos y los espacios de acción de cada familia, los que se quedaron y los que partieron. Si bien se hicieron esfuerzos para seguir trabajando juntos, es evidente que eso es difícil de mantener en el tiempo, sobre todo en los aspectos productivos.

Otra situación significativa sobre esta fractura es que en Ailfo I se siguió trabajando a partir de la propiedad individual de cada familia, en cambio en Ailfo II se organizaron para trabajar en conjunto la tierra, dejando solo dos hectáreas para uso privado de cada familia y espacios para la cancha de Palín y el Rehue. Sin embargo, la práctica de la alianza no es absoluta en Ailfo II. Sus miembros se negaron a incorporarse a la junta de vecinos local y tuvieron conflictos con los funcionarios municipales. Por eso, siguieron trabajando con ONGs como el CET, aunque con el tiempo comienzan a participar de ferias regionales y otras actividades locales.

Desde una perspectiva del “largo tiempo”, la historia de Ailfo nos muestra de forma dramática las luchas de esta comunidad por defender el pequeño patrimonio que les reconoció el Estado chileno a comienzos del siglo XX, pero también la lucha por la dignidad, el respeto personal y el acceso a mejores condiciones de vida.

¿Serán Ailío I y II los modelos tipo para comprender las nuevas movilizaciones mapuches durante la primera década del siglo XXI? ¿Tenderán estas a separarse excluyentemente? ¿Surgirán nuevas alternativas de movilización que combinen las reivindicaciones de clase con las reivindicaciones étnicas? La revisita histórica que nos ofrece Florencia nos deja nuevas pistas y preguntas que nos hacen reflexionar y repensar las miradas con que hemos mirado este complejo y amplio mundo mapuche. Sin duda un gran aporte para todos quienes nos interesamos en el tema.

CHRISTIAN MARTÍNEZ NEIRA
Universidad de Santiago de Chile

COLECTIVO DE OFICIOS VARIOS: *Arriba quemando el sol, Estudios de Historia Social Chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)*, Ed. Lom, 2004.

Polémica ha causado este libro compuesto por una serie de siete artículos realizados íntegramente por jóvenes historiadores de la Pontificia Universidad Católica. El historiador Pablo Artaza, por ejemplo, aludiendo a cierta ortodoxia historiográfica, sostuvo que “no toda historia es historia social” y en el caso de este libro, “sencillamente no lo es”.

Lo cierto es que “Arriba quemando el sol” sí se inscribe dentro de la llamada “nueva historia social”, manteniendo eso sí, cierta distancia con sus máximos exponentes, los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto.

Esto queda establecido en el estudio introductorio realizado por Luis Osandón, quien da cuenta de la trayectoria nacional e internacional que ha tenido la historia social, identificando sus vinculaciones ideológicas con el marxismo y su progresiva desideologización. Al respecto, señala que las nuevas generaciones de historiadores, donde podemos incluir al Colectivo de Oficios Varios, mantienen vivo el legado de sus predecesores, pero buscan ampliar los temas de estudio y revisar críticamente los viejos paradigmas historiográficos.

Osandón plantea la necesidad de superar la forma como se han estudiado los sectores populares, principalmente, en torno a las dinámicas de dominación. Para ello propone indagar en otras dimensiones de lo social, tales como la diversión, la locura, el encierro carcelario, el género, la cultura. Buscando indicios en lo menos evidente y rescatando la subjetividad de sus actores.

Lo cierto es que “Arriba quemando el sol” busca caminos alternativos para trabajar lo social, ampliando el registro interpretativo por medio de una apertura multidisciplinaria.

Los siete artículos que componen este libro los podemos dividir en tres grupos que presentan características similares y que representan las cercanías y distancias con la historia social clásica.

Los más cercanos a la historiografía tradicional, sobre todo por la utilización de variables económicas, son los trabajos de Daniel Palma “Historias de cangalleros.

La sociedad minera y el robo en Atacama, 1830-1870” y Fernando Purcell “Benditos sean los que no olvidan el país donde nacieron. Chilenos y mexicanos en California, 1848-1880”.

En el primer caso el autor centra su mirada en el tráfico de metales en la ciudad minera de Atacama. Por medio de un exhaustivo trabajo de fuentes, Palma da cuenta de las transformaciones sociales que van generando los cambios en las condiciones económicas. Al respecto, analiza cómo la “fiebre minera” constituyó un verdadero imán, tanto para empresarios como para peones en busca de fortuna. Este proceso produjo una serie de relaciones entre los diversos actores sociales, donde el robo y la corrupción, se convirtieron en redes informales y alternativas de intercambio comercial tanto de empresarios como de peones.

El trabajo de Palma es una historia de sueños y violencia, de disciplinamiento y resistencia, de los usos y abusos propios del mundo minero de mediados del siglo XIX. En aquel lugar, la cangalla constituyó un medio de intercambio comercial informal y masivo, en el cual participaban una compleja y heterogénea red de cómplices. Mediante el estudio del robo de metales, el autor entrega una ingeniosa descripción de las complejas y singulares relaciones sociales en el mundo minero, de la paulatina proletarización del peonaje y de los modos de vida de los mineros nortinos.

Al igual que el trabajo anterior, el artículo de Fernando Purcell es más cercano a la historiografía social tradicional. El autor, a través de un extenso cúmulo de fuentes norteamericanas, da cuenta de las redes de solidaridad forjadas entre chilenos y mexicanos erradicados en California durante la fiebre del oro. De este modo Purcell, bajo una perspectiva “transnacional”, analiza los lazos sociales de los latinoamericanos frente a la violencia y discriminación de que fueron víctimas. Además, da cuenta de los lazos que estos emigrantes mantuvieron con sus países de origen, sobre todo, en momentos de conflictos.

Una vez más es la fiebre del oro la que moviliza a los contingentes en búsqueda de riqueza y de una mejor vida. Los chilenos y los mexicanos fueron de los primeros en emprender esta aventura, convirtiéndose en los principales contribuyentes hispanoamericanos. Sin embargo, el paraíso californiano no fue lo esperado, y al poco andar fueron víctimas de la cruda realidad minera y de las constantes injusticias a las que se vieron expuestos: robos, la expulsión de las minas de oro, el pago de impuestos alevosos y los constantes ataques de los angloamericanos catalogados como “la gente menos hospitalaria del mundo”.

Fue este ambiente adverso el que facilitó la formación de diversas sociedades de beneficencia mutua tanto de chilenos y mexicanos como de hispanoamericanos.

El segundo grupo de artículos constituye una especie de transición entre la historiografía social clásica y las nuevas perspectivas de análisis. El primero de estos trabajos es el artículo de Cecilia Osorio “Ser hombre en la pampa. Aproximación hacia los rasgos de masculinidad del peón chileno en las tierras del salitre, 1860-1880”. La autora, desde una perspectiva de género, indaga en los espacios y modos de ser del hombre de las salitreras, comentando sus rasgos identitarios, más allá de la categoría de clase social.

Al igual que los trabajos anteriores, Osorio da cuenta de los procesos de proletarización del peonaje minero y de lo heterogéneo de los oficios que desempeñó.

Además, da cuenta de las formas de esparcimiento en el mundo minero y de la violencia como denominador común entre los hombres de la pampa.

El eje central del trabajo está enfocado en el análisis del entorno, el cual es calificado por la autora como “monosexuado”, producto de la escasa presencia del género femenino concentrado principalmente en prostíbulos, cantinas y pulperías. Este factor provocó una ausencia de espacios donde los hombres pudiesen hacer valer su masculinidad, necesidad imperante en un ambiente principalmente masculino.

Producto de esto la violencia, según la autora, constituyó el principal espacio de masculinidad. Esta se manifestaba principalmente como transgresiones al orden, ya sea por la ebriedad, por los pleitos o por actitudes desafiantes frente a la policía o el ejército. Es así como la violencia salitrera permitió superar este espacio monosexuado.

El segundo artículo de este grupo, es el trabajo de Rodrigo Henríquez “La jarana del desierto: Burdeles, prostitutas y pampinos en Tarapacá, 1890-1910”. El autor, trabajando las relaciones de poder existentes entre burgueses y proletarios, da cuenta de las distintas lecturas posibles de los usos y costumbres sociales. En ese sentido, Henríquez pone en cuestión el discurso liberal decimonónico, que por un lado reivindicaba las perspectivas terapéuticas, positivistas y eugenésicas en cuanto a las costumbres y la moral, y al mismo tiempo lucra de las formas de esparcimiento minero.

Lo cierto es que las denuncias frente a los vicios obreros eran esparcidas tanto por autoridades políticas como dirigentes obreros. Esto, producto de las constantes borracheras, la agitada vida en los burdeles y las cuantiosas enfermedades venéreas. El artículo de Henríquez da cuenta de los dispositivos de poder de la elite para mantener un orden social y productivo bajo control. Es por dicho motivo que los grupos de poder promueven constantemente intensas supervisiones y reglamentos, de tal manera de mantener bajo control los modos de esparcimiento obrero, en este caso, la prostitución.

El tercer grupo, que en nuestra opinión mantiene una considerable distancia con la historia social clásica y constituye una novedosa aproximación histórica, está encabezado por el artículo de Alberto Harambour “Gesto y palabra, idea y acción, La historia de Efraín Plaza Olmedo”. El autor, desde una perspectiva microhistórica, da cuenta de prácticas del movimiento anarquista chileno a través de la biografía de uno de sus adherentes, el ácrata individualista, Efraín Plaza Olmedo, quien asesinó, al mejor estilo del ácrata italiano Severino di Giovanni, a un par de jóvenes burgueses en venganza por la violencia ejercida contra la clase obrera.

Este artículo posee una serie de virtudes, en primer lugar, trabaja y analiza al movimiento anarquista de forma moderada y precisa, a diferencia de la historiografía marxista clásica que conscientemente los había omitido. Harambour, desarrolla de una manera muy sugerente las ideas y consignas anarquistas y cómo estas escandalizaban a la elite de la primera década del siglo XX. Por otra parte, el tratamiento narrativo del tema demuestra una gran originalidad, con sus juegos y saltos temporales y con una investigación documental exhaustiva y bien expuesta.

En una línea similar se encuentra el artículo de Marcos Fernández Labbé “Ansias de tumba y de la nada: Prácticas sociales del suicidio en el mundo pampino.

Chile, 1874-1948". El autor ingresa profundamente en la sensibilidad humana, en la desesperación, en las frustraciones de los obreros de la pampa.

Fernández, a través de un cuidadoso lenguaje, da cuenta de cómo la muerte permitió a los sujetos populares ingresar en la historia. Escudriñando en archivos judiciales, desenterró una serie de cartas dejadas por obreros antes de suicidarse. A través de dichos documentos, logra descifrar los móviles que ocasionaron su trágica decisión. El desamor, la enfermedad y el alcohol fueron en gran medida los factores que impulsaron a estos hombres a quitarse la vida. Por otra parte, el miedo y la repugnancia de los testigos frente a los cadáveres, convirtió al suicidio en un fenómeno colectivo.

Por último, tenemos el artículo de Jorge Iturriaga "La violencia es actualidad. Fotografías de una huelga-matanza. Revista Sucesos, Valparaíso, 1903". Este trabajo es realmente notable. A través de una serie de fotografías publicadas en la revista *Sucesos*, Iturriaga logra deconstruir los discursos ocultos tras el lente de la cámara.

Lo novedoso del trabajo de este autor es que trasciende a la fuente escrita y logra por medio de las imágenes, desentrañar las representaciones de la cuestión social. De esta manera el autor demuestra con gran elocuencia cómo los historiadores han subestimado el valor de la fotografía como fuente.

La revista *Sucesos* nos presenta a los actores involucrados en las manifestaciones de 1903 prefigurando sus identidades y determinando axiológicamente sus roles. Las fotos en ese sentido dan cuenta de la muerte y la destrucción, sirven de modelo y advertencia, purifican y condenan, pero por sobre todo, congelan un fragmento de la realidad, desde la subjetividad del fotógrafo que hace de intermediario.

En síntesis "Arriba quemando el sol" es mucho más que un compilado inconexo de artículos. Da cuenta de forma progresiva de las transformaciones que ha tenido y que debe seguir teniendo la historia social desde la utilización de variables económicas, hasta el rescate de las subjetividades y la conciencia. Posee una columna vertebral plasmada en el mundo social, la influencia de Julio Pinto está presente en todos los artículos, pero además, demuestra que las tendencias historiográficas no son patrimonio de escuelas determinadas y que es necesario revisar los viejos planteamientos y, por qué no, superarlos.

FELIPE DEL SOLAR

Historia de la vida cotidiana en México. Dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru. Cuatro volúmenes, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2004-2005.

En una época en que la disciplina histórica ha juzgado como inapropiada la elaboración de grandes relatos generalizadores del estilo de las decimonónicas historias nacionales –tanto por la imposibilidad de la síntesis representativa como por las evidentes condicionantes ideológicas de todo relato fundacional– el espacio de la recolección sistemática y variada de las huellas del pasado de una sociedad

determinada lo han llenado las denominadas Historias de la Vida Privada. En la búsqueda de iluminar los aspectos más desconocidos del pasado de los hombres y mujeres comunes y corrientes, distintas obras de carácter colectivo han asumido una tarea de compilación que, sin contar con perspectivas de interpretación general, se han propuesto la revisión de largos períodos temporales en los marcos de una sociedad determinada. Complementando la labor de historiadores e historiadoras de países como Francia, Argentina, Uruguay y Chile, la “Historia de la vida cotidiana en México” representa a la vez una renovación apasionante de este tipo de esfuerzos, como una demostración contundente de la calidad y rigurosidad de los estudios historiográficos mexicanos.

Editada por El Colegio de México y el FCE, la obra que reseñamos se propone la revisión, a todo lo largo de la historia de México –desde el remoto pasado prehispánico hasta la víspera de la Revolución en los cuatro volúmenes hasta ahora publicados– de una multitud de aspectos que, más que relacionados con la vida privada o íntima de las personas, se vinculan a los hábitos, comportamientos, instituciones y rutinas del día a día de los distintos grupos sociales convivientes en el pasado de México. Esta primera definición, desarrollada en la introducción general a la obra realizada por Pilar Gonzalbo Aizpuru, indica al lector que en los 72 estudios compilados no se encontrarán acontecimientos excepcionales y fuera de la norma, especímenes únicos e irrepetibles, secretos; sino que por el contrario, lo que cada uno de los autores y autoras quiso reflejar son las formas de vida, muerte, sociabilidad, ocio, jerarquía y ritual que en cada época estudiada eran experimentadas por el común de los habitantes, ya fuera de forma colectiva o, frecuentemente, diferenciado por las posiciones de clase, etnia, género y estatus social de cada individuo. Por ello, la representatividad de las investigaciones alcanza la cuota de lucidez e ilustración histórica que muchas veces los estudios intimistas o anclados en la subjetividad entendida como patrimonio individual pierden como herramientas para comprender el devenir de una sociedad en el tiempo.

Siguiendo de forma sistemática tres ejes centrales en cada uno de sus volúmenes, la “Historia de la vida cotidiana en México” posee una coherencia total que permite revisar y reflexionar en torno al conjunto de la historia mexicana. De esa forma, una parte importante de los artículos reunidos toman como punto de referencia central a la ciudad, sus dinámicas de ordenamiento y las diversas formas de habitar que sus poblaciones desempeñaron a lo largo de los siglos. Desde Tenochtitlán hasta la Ciudad de México del porfiriato, pasando por centros urbanos regionales y las construcciones del barroco novohispano, autoras y autores comprenden al espacio urbano como marco de análisis segregado socialmente a la vez que unificador de experiencias, en tanto la multitud, las élites y los rituales del poder toman a la ciudad como escenario y campo de batalla, como ejercicio de planificación y reforma, como lugar de padecimiento y carnaval. Abundando así en la topografía como en la incansable práctica del demoler y reconstruir, la urbe demuestra su vida histórica, sus mutaciones, sus conflictos, siempre reflejados en la experiencia diaria de todos y cada uno de sus habitantes.

Un segundo eje de análisis presente en el conjunto de la obra dice relación con la introducción, con una suerte de mirada etnológica y escrutadora, en el tipo de

vivencia que ayer y hoy vinculamos a la subjetividad, es decir, los comportamientos que los individuos experimentan, disfrutan o sufren en la intimidad, en soledad o en compañía de unos pocos. La sexualidad, la cercanía de la muerte, las relaciones familiares, los afectos: con el ejemplo de casos individuales pero siempre en la senda de la comprensión colectiva, este tipo de experiencias son entendidas como facetas ineludibles del sujeto histórico, pero que no por ello son autónomas del conjunto de normas, juicios y criterios mayoritarios –o al menos hegemónicos– de cada época en particular. Es decir, al momento de reconstruir históricamente este tipo de situaciones –la prostitución y la homosexualidad, la crianza de los hijos, los artes del buen morir– se pretende instalarlas, aun reconociendo su en ocasiones entidad transgresora y persistente dificultad de verificación documental, en el contexto general de la sociedad en la cual se desarrollaron, como comportamientos que a pesar de su pretendida intimidad no escapaban a la mirada de los otros, por lo general más inquisitiva que la reconstrucción histórica actual.

El tercer y último eje de investigación y narración de los artículos presentes en esta colección está representado por la reconstitución de experiencias cotidianas similares para el total de la sociedad, fenómenos y prácticas que por su masividad, corresponden de forma exacta al calificativo de cotidianas. Son las experiencias concretas de las grandes mayorías, los ritmos de la vida y de la muerte, de la diversión y el trabajo, las rutinas institucionales, los hábitos que se modifican a largo plazo y que no dejan de contener dentro de sí el sincretismo y los movimientos lentos y acompasados del cambio y la pervivencia. De esa forma, el espacio de la cocina y la alimentación, los usos del vestuario, el hambre, el préstamo, la enfermedad, el viaje, el insulto, el ejercicio de la justicia, la vida conventual, las labores del campo y el obraje, son analizados como ejemplos del bagaje común de experiencia compartido por la inmensa mayoría de los habitantes de una región, un tiempo, una nación. Ya sean traumas o afecciones, rituales o condenas, obligaciones u opciones, cada una de las esferas corrientes de la vida cotidiana poseen la sustancia de lo repetitivo, de lo normal, de ese telón de fondo que, dada su concurrencia diaria o estacional, representa el marco efectivo en el cual transcurre la vida en sociedad.

El logro de dar a la luz del presente todas y cada una de las facetas de este pasado cotidiano está en gran medida avalado por un tratamiento de fuentes que otorga a esta obra un carácter ejemplar. Por medio a la vez de relatos de viajeros y códices prehispánicos, de documentación judicial y materiales de prensa, de cuadros y monumentos, planos, cartas privadas, listas de precios, publicidad, testamentos, bandos de gobierno, pasquines o literatura –muestras de las cuales acompañan, así como ilustraciones, a cada uno de los artículos– los investigadores e investigadoras dan cuenta así de un notable manejo de las fuentes a su alcance, como de una creativa relectura de documentos clásicos, visitados una y otra vez para el estudio del pasado. Asimismo, los artículos dejan hablar a las voces contenidas en cada legajo o descripción, consecuentes en ello con la naturaleza coloquial y cotidiana de gran parte de sus insumos de información. Ajenos a la disputa por la efectiva representación social de los discursos que heredamos del pasado, autoras y autores se decantan por la tonalidad de las palabras tal y como fueron escritas, tal y como la memoria de sus trazos las ha conservado hasta ahora.

De esa forma, y por medio de la conjunción del trabajo de investigadores e investigadoras de larga y reconocida trayectoria así como de aquellos más jóvenes, lo que esta obra –voluminosa, de excelente edición, cuidada en sus detalles, de bella ilustración y aún a la espera de dos tomos dedicados al siglo XX– logra es dar cuenta de la posibilidad real de la historiografía de reconstruir de forma significativa, rigurosa y amena las experiencias de un pasado propio a millones de personas, y que como tales son parte constitutiva del México de hoy, jalonado como a todo lo largo de su historia por las tensiones entre proyectos de sociedad, vivencias y conflictos con horizontes diversos, pero anclados cada cual en una continuidad histórica que no por múltiple deja de ser común.

MARCOS FERNÁNDEZ LABBÉ
Pontificia Universidad Católica de Chile

RENÉ MILLAR CARVACHO, *Pasión de servicio. Julio Phillipi Izquierdo*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005, 461 pp. Fotografías

La publicación de este libro vuelve a poner de relieve la “importancia del actor”. Sin duda en los últimos tiempos, y a lo mejor justificado por la ingente cantidad de información a que tenemos acceso con facilidad, el trabajo historiográfico vuelve a centrarse en personas, en actores, que encarnaron momentos decisivos o que tuvieron participación destacada en esos acontecimientos. En este sentido la biografía permite una doble aproximación: una, directa, respecto del personaje, y otra, más sutil, pero menos directa al tiempo en que vivió. Desde este punto de vista es posible afirmar que por medio de la biografía de Phillipi, accedemos al más completo estudio que, hasta ahora, se ha elaborado sobre el gobierno de Jorge Alessandri. Y se trata de un efecto muy bien logrado, que da cuenta prácticamente de todas las políticas públicas aplicadas en ese gobierno con un exhaustivo acopio de antecedentes. Junto a una abundante y completa bibliografía, el autor ha consultado al menos ocho fondos de archivos, la prensa periódica y realizado más de 40 entrevistas.

El resultado es un trabajo de gran profundidad, que se propone simultáneamente “reconstruir con detalle [...] su vida pública y de manera especial el aporte que realizó como servidor del país”, así como “penetrar en otros aspectos de su vida, ya sea de carácter familiar o vinculados a su desarrollo personal y profesional.

El trabajo se presenta en doce capítulos. El primero, sobre el hogar paterno y la vida colegial es interesante aunque demasiado breve, sobre todo si se tiene presente que Phillipi ya en esa época tuvo contacto con gente muy determinante de la elite, tanto a nivel familiar como en ambiente escolar.

El capítulo segundo da cuenta de “Los años universitarios”. Como resume el autor son tiempos decisivos: “descubrirá su vocación docente, asumirá un compromiso social muy fuerte; conocerá una espiritualidad que... estará presente en los años venideros; consolidará su amor a la naturaleza; hará nuevas amistades; tomará

conciencia de su capacidad de liderazgo; elegirá su camino para hacer realidad sus inquietudes de servicio público, y, por último, contraerá matrimonio y formará un hogar...” (p. 35). Se trata de su ingreso a la Facultad de Derecho de la Universidad Católica y del desarrollo de sus estudios, interrumpidos por un viaje a Alemania en busca de atención médica para la enfermedad de su padre; su participación junto a otros jóvenes en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos y en la Liga Social con la cual pretendían “renovar el espíritu decaído con tantas claudicaciones, derrotismos y oscurecimiento de ideales” (p. 54). Y es también la época en que se vincula con el pensamiento milenarista y aparecen sus primeros escritos en la revista *Estudios* dedicados a la doctrina corporativista.

El capítulo tercero está dedicado a la familia. Da cuenta del nacimiento de sus hijos, de la prematura muerte de su hijo Vicente a la edad de 6 años, de las costumbres y las fiestas familiares tanto en el hogar como en las vacaciones en las localidades de Nos e Illapel, o en la larga serie de excursiones y campamentos en diversos lugares del país. En este ámbito se echa de menos la confección de un árbol genealógico que ayude a entender el mapa familiar en el que se repiten muchos nombres y apellidos, y que haría más fácil comprender las vinculaciones.

El capítulo cuarto está dedicado a mostrar los diferentes intereses y preocupaciones intelectuales del personaje: temas de botánica, zoología y entomología; historia, humanidades y ciencias sociales; relatos de viajeros, literatura y autores clásicos; todo lo cual queda reflejado en sus escritos y en su biblioteca.

En cuanto a sus creencias, la religión católica tiene un papel decisivo y definitivo. No solo es hombre de creencias sino de ferviente oración personal y familiar. Respetuoso de la jerarquía pero preocupado por la destrucción y modificación de las estructuras y temeroso de la Teología de la Liberación. Juntó la fe con las preocupaciones intelectuales: los ángeles y los demonios ocuparon un lugar privilegiado entre sus preocupaciones religiosas que se plasmaron en su libro *Ángeles y demonios* de 1995.

En materia de política contingente fue distante de la política partidista aunque fue ministro de Estado durante seis años. Contrario a Ibáñez; colaborador estrecho y directo de Alessandri, crítico y desconfiado de Frei Montalva. En 1969 participó activamente en la segunda campaña de Jorge Alessandri y la derrota de su candidato le significó un “duro golpe”. Vio en forma muy negativa a la coalición de la Unidad Popular y consideró el golpe de septiembre de 1973 como una salvación de última hora. Valoraba la obra del gobierno militar, pero estaba consciente “de que se habían cometido abusos y errores y de que existieron problemas con los derechos humanos” (p.112), y desde el Consejo de Estado y del Tribunal Constitucional “hizo todo lo posible para que el marco jurídico que regularía la transición y el nuevo régimen resguardara de manera efectiva los derechos de las personas...” (p. 113).

El capítulo quinto da cuenta brevemente de las actividades y avatares de su estudio de abogado, de sus funciones como árbitro y de su participación en la administración de justicia como abogado integrante de la Corte Suprema por casi 20 años.

El capítulo sexto está dedicado a su larga y prolífica actividad académica. Fue por más de 30 años profesor en la Facultad de Derecho en las cátedras de Derecho Civil y Filosofía del Derecho; colaboró en numerosas iniciativas editoriales... y por un tiempo largo se desempeñó en la Dirección Superior de la Universidad y en

el Consejo Superior de la misma. Desde ahí colaboró en la “institucionalización de la gestión universitaria” y en la modificación de las estructuras de casi todas las Facultades hasta los inicios del proceso de reforma en agosto de 1967, aunque continuó con la cátedra hasta 1974. En 1978 la Universidad le concedió el grado académico honorífico de *Doctor Scientiae et Honoris Causa*.

El capítulo séptimo es especial, y ciertamente el más extenso. Está dedicado a la participación de Philippi en el gobierno de Jorge Alessandri de quien fue ministro durante los seis años de su gobierno en carteras tan diferentes como Justicia, Tierras y Colonización, Economía y Relaciones Exteriores, convirtiéndose en “el ministro universal” como lo llama el autor (p. 16).

Respecto a la labor realizada en cada uno de estos ministerios, los antecedentes entregados son abundantes. En su paso por el Ministerio de Justicia hay que destacar su preocupación por la reforma del Código Penal, y las materias referidas al indulto y al régimen carcelario. Asimismo, se destacan los intentos por redactar un Código Tributario, por realizar los nombramientos del personal de los Tribunales considerando los méritos de los postulantes, por la modernización del Instituto Médico Legal y por la creación de juzgados de menores.

En el caso del Ministerio de Tierras y Colonización que ocupó en dos oportunidades la labor fue ímproba, abordando temas tan variados como el saneamiento de los títulos de las tierras magallánicas, la legislación indígena y lo que el propio Alessandri llamó “una eficaz reforma agraria” a través de la Caja de Colonización Agrícola (p. 194). A lo anterior hay que agregar la urgente labor de reconstrucción a raíz de los terremotos de mayo de 1960 que afectaron prácticamente a toda la zona centro-sur de Chile.

El segundo período en el Ministerio de Tierras “buena parte de la labor de Julio Philippi ... se centró en la aplicación de la legislación dictada en período anterior” (p. 234), intentando sanear el problema de la propiedad en Magallanes, de solucionar la situación de muchos campesinos de la zona sur que carecían de títulos de dominio. Lo propio sucedió en los terrenos de algunos valles del norte del país, ligado al Plan Arica; en la zona de San Pedro de Atacama y en las “comunidades agrícolas históricas” de Coquimbo y Atacama. A todo ello hay que sumar la preocupación por las tierras de los indígenas en La Araucanía.

Asunto relevante de este segundo paso por el Ministerio de Tierras es lo relativo a la dictación de la ley de reforma agraria (N° 15.020) en noviembre de 1962, cuyos objetivos eran “dar acceso a la propiedad de la tierra a quienes la trabajaban, mejorar el nivel de vida de la población campesina y aumentar la producción y la productividad del suelo” (p. 257).

También en dos oportunidades Philippi ocupó la cartera de Economía. En la primera, a partir del 15 de septiembre de 1960, le correspondió hacerse cargo por designación presidencial de las tareas de reconstrucción de la zona comprendida entre Ñuble y Aysén afectada por el terremoto que tuvo lugar ese mes. Para ello fue necesaria una ley especial que se promulgó en octubre de 1960 que establecía los procedimientos para poder operar con la rapidez requerida, asignaba los fondos necesarios y vinculaba a la CORFO en el proceso. La implementación de todo ello significaba la presencia casi semanal del ministro en terreno.

Igualmente debió ocuparse de las negociaciones internacionales que tuvieron lugar con ocasión de la firma del Tratado de Montevideo en febrero de 1960 que constituía una zona de libre comercio en América Latina

En septiembre de 1963 y por un breve período, volvió a ocupar el cargo de ministro de Economía, pero “este segundo y breve paso por el Ministerio... no resultó especialmente interesante y tampoco grato para Julio Philippi. El grueso de su labor se centró en la tarea de fijar precios a los productos o servicios que... tendían a experimentar alzas significativas que incidían negativamente en los índices inflacionarios” (p. 266).

Por último, a partir de diciembre de 1963, Philippi asumió la cartera de Relaciones Exteriores. En esa calidad, además de las funciones permanentes de la Cancillería, le correspondió recibir a diversas delegaciones extranjeras; participar en la conferencia interamericana de Alta Gracia y coordinar las actividades de la participación chilena en la primera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo. En asuntos americanos tuvo que “contrarrestar la acción de propaganda y desprestigio llevada a cabo por las autoridades bolivianas” a raíz de la utilización de las aguas del río Lauca (p. 275) e implementar la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba de acuerdo a lo acordado por la OEA. Finalmente también tuvo que intervenir en la controversia con Argentina sobre la zona de Palena que terminó siendo sometida al arbitraje británico de acuerdo al tratado de 1902. Por su parte el gobierno argentino comunicó la intención de someter a la consideración de la Corte Internacional de Justicia el caso del canal Beagle.

En directa relación con este paso de Philippi por el Ministerio de Relaciones Exteriores se sitúan los contenidos de los tres capítulos siguientes.

El capítulo octavo da cuenta de su participación como asesor en “El Caso Palena” y que se zanjó en diciembre de 1966 con el laudo de S. M. Británica que Philippi consideró “muy bueno para Chile” (p. 308).

El capítulo nueve se refiere al “caso del Beagle” que fue bastante más complejo. Los intentos por llevar la controversia a La Haya fracasaron reiteradamente hasta que en diciembre de 1967 el gobierno chileno invitó al gobierno británico a intervenir en su calidad de árbitro. Solo en febrero de 1972 ambos países lograron ponerse de acuerdo y se designó la corte arbitral. En diciembre de 1971 Philippi se incorporó a la Comisión de Estudios que, a tal efecto, creó la Cancillería chilena, en la que se prepararon las memorias y contramemorias, la visita del tribunal a la zona del litigio y los demás pasos del proceso. Recién en abril de 1977 se entregó a las partes el fallo y pocos días después Chile se “comprometió a cumplir fielmente la sentencia” (p. 343). Sin embargo, en enero de 1978 el gobierno argentino declaró la nulidad del laudo.

Una serie de alternativas y negociaciones fracasaron reiteradamente hasta que en enero de 1979 las partes aceptaron la mediación papal. A ella está dedicado el capítulo décimo. De inmediato se iniciaron los trabajos para las presentaciones que debían hacerse al mediador y en las que a Philippi le cupo especial participación, hasta noviembre de 1984 en que se firmó un nuevo tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina con el que se resolvía la controversia austral, y “también concluyó... la participación de Julio Philippi como asesor del Ministerio de Relaciones en

los asuntos limítrofes del país. Habían sido más de 30 años dedicados en cuerpo y alma a esas labores” (p. 384).

El conjunto de estos tres capítulos dan cuenta, con gran e interesante acopio de antecedentes de la gran contribución de Philippi a Chile. Inevitablemente las labores ministeriales responden a los intereses del gobierno de turno. Las negociaciones limítrofes en cambio constituyen políticas de Estado. En ellas el aporte de Philippi fue permanente, contundente y desinteresado.

El capítulo undécimo nos informa de otras negociaciones diplomáticas, que tuvieron que ver con el cobre y el corredor boliviano.

Desde los años 60 el cobre y las compañías que explotaban las minas habían constituido una preocupación política muy importante, y habían pasado por el proceso de chilenización asociado al gobierno de Frei Montalva, y de nacionalización asociado al de Salvador Allende. En la normativa de la nacionalización, aprobada por unanimidad en el Congreso Nacional, se consultaba la indemnización a las compañías nacionalizadas que tenía que fijar el Contralor. Después de estudiar los antecedentes el Contralor determinó que no correspondía pagar indemnización a ninguna de las tres más grandes compañías. Naturalmente estas sintieron vulnerados sus derechos y apelaron a un Tribunal Especial del Cobre (TEC), que la propia ley había establecido, el que terminó declarándose incompetente. En virtud de esta situación las compañías “perdieron todo interés en continuar litigando” (399).

En noviembre de 1973, con el aparato productivo en crisis, con la incertidumbre que generaba la represión del gobierno que había provocado adversas y airadas reacciones en el exterior, el deterioro progresivo de las relaciones de Chile con casi con todos los países del mundo, con el crédito internacional cerrado y con el Club de París renuente a renegociar la deuda externa, el Estado debió enfrentar “numerosas demandas judiciales ante tribunales de diversos países interpuestas por las compañías nacionalizadas” (388). Fue en estas circunstancias que el gobierno militar recurrió a Philippi, quien procedió a conformar un equipo de trabajo y fijar una estrategia que consistió fundamentalmente en respetar el texto constitucional que había consagrado la nacionalización, y a partir de esa premisa se negoció con las compañías y con la aseguradora. El autor dedica numerosas páginas al análisis de cada caso entregando valiosa información tanto en cifras como en los procesos mismos de negociación. Cada caso, en verdad, constituyó una situación especial, y en su conjunto “los resultados de las negociaciones fueron altamente convenientes para el país...” (p. 412).

Otras gestiones diplomáticas de Philippi tuvieron que ver con las conversaciones con Perú a propósito de la oferta chilena de un corredor para Bolivia en 1975, pero que tenía que ser consensuado con Perú de acuerdo a lo dispuesto en el protocolo del Tratado de 1929. Durante las negociaciones el Perú insistió en una fórmula que significaba la internacionalización de Arica, cuestión que a Philippi le parecía inadmisibile. Y como Bolivia negara la posibilidad de un canje territorial, las conversaciones definitivamente fracasaron.

El último capítulo de la obra está dedicado a “las últimas responsabilidades” que, dando cuenta nuevamente de la variada gama de intereses profesionales e intelectuales que el personaje asumió a lo largo de su vida, tuvieron que ver con la

Fundación de Sergio Larraín para la creación, en conjunto con la Municipalidad de Santiago, del Museo Precolombino y en la cual se desempeñó como secretario por trece años; con su calidad de miembro del directorio de la Editorial Universitaria; con el cargo de vicepresidente del Centro de Estudios Públicos y con el de miembro del Consejo Superior de la Universidad Finis Terrae.

A lo anterior es necesario agregar su participación en la Comisión de Reforma del Código Civil en la que participó desde 1975 y hasta 1979; en el Consejo de Estado establecido por la junta militar entre 1976 y 1979; y en el Tribunal Constitucional desde 1981 a 1987 año en el que tuvo que cesar en sus funciones al cumplir 75 años. Diez años más tarde falleció.

Tal como señala el autor en la introducción, la lectura del libro permite apreciar y conocer “una persona que se destacaba por poseer de manera muy desarrollada determinadas cualidades naturales, como la inteligencia, la memoria y la curiosidad; y otras adquiridas, como la responsabilidad, la tenacidad y la laboriosidad, unidas a una sencillez en el actuar. ... una persona moralmente excepcional” (p.16).

MATÍAS TAGLE DOMÍNGUEZ
Pontificia Universidad Católica de Chile

MÓNICA KAST RITT. *Testimonios de los sobrevivientes. Chile y la Segunda Guerra Mundial*. Centro de Estudios Bicentenario. Santiago 2005.

En el célebre prólogo de *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* Fernand Braudel señalaba, al proponer la organización del tiempo histórico que desde entonces se le asocia, que el tiempo del acontecimiento es el más fascinante y cautivador y al mismo tiempo el más engañoso.

Traigo a colación esta observación del historiador francés pues en la obra que reseño se pueden apreciar los alcances, su juicio, sobre el acontecimiento similar a las olas que se agitan en la superficie del mar. El libro de Mónica Kast es, como ella misma precisa, la edición de una serie de 21 entrevistas con hombres de edad avanzada, que fueron testigos y protagonistas de la Segunda Guerra Mundial. El propósito fundamental de la autora de este trabajo es rescatar la experiencia de vida de una serie de personas que, de diversos modos, se relacionan con Chile, y que al mismo tiempo fueron testigos de una serie de acontecimientos de envergadura planetaria. Como suele suceder con la historia con fuente oral la autora presta un valioso servicio a la sociedad y a la historiografía al inducir fuentes que se mantenían como memoria privada, cargada de un gran potencial pero que requerían del estímulo de la entrevista para ser vertidas en un formato consultable. Salvo en un caso, en el cual el entrevistado había escrito parte de sus recuerdos de la época de la guerra, la experiencia de vida y el trabajo de su preservación a través de la memoria no había tenido posibilidad de trascender más allá de los círculos familiares y de amistades, quedando siempre en el ámbito de la oralidad y, en ocasiones, mitos de estos círculos. Es pues meritorio el esfuerzo por rescatar estos relatos y de

contribuir a construir el recuerdo a través de las preguntas que la historiadora formula.

Meritorio es también, en mi opinión, el que la autora cuide el dar espacio a la “no historia”, a la cotidianeidad de este grupo de testigos que representa la experiencia de muchos miles de seres humanos. El carácter fascinante al que hacía referencia Braudel aflora en estas conversaciones donde la vivencia de lo pequeño, del detalle inadvertido en la mayor parte de los libros de historia pasa a ser central. Las experiencias límites que la guerra plantea son evocadas de diversas maneras por los entrevistados de acuerdo a sus rasgos de personalidad, origen nacional u oficio, encontrándose sin embargo coincidencias notables que van más allá del lugar común o de la obviedad, por otra parte inevitables en este tipo de testimonios. Los recuerdos de quienes combatieron en el frente africano son en general coincidentes, con observaciones notables como las referentes a la percepción del cuerpo y del cabello en particular. A modo de ejemplo en el testimonio de Rodolfo Haymann se cuenta que “Para comer había una técnica. Porque si bien no siempre hay tormenta [en el desierto] siempre hay un poco de viento. Entonces tú tenías que buscar una ubicación respecto al viento. Comías en lugar de tallarines con harina, arena con tallarines. Lo peor era el asunto del pelo: No se podía peinar, porque estaba tan tieso como alambres y se quebraba, y ¡duele! Tocar el pelo era un dolor inmenso” concluyendo el mismo entrevistado “sí, todas estas cosas impresionaban a veces más que el combate” (página 69).

No cabe duda que esta aproximación a la vida cotidiana en tiempos de guerra es de enorme atractivo y de gran vitalidad. Aquí es donde cobra vigencia la admonición de Braudel pues todos estos testimonios son fragmentos de un tejido en extremo complejo que se construye socialmente y con la participación de los historiadores como cultores de un oficio consagrado a la preservación de la experiencia humana en todas sus dimensiones. En mi opinión falta en el texto una aproximación más crítica al testimonio de los protagonistas produciéndose, quizás, un fenómeno de encandilamiento ante la intensidad de las experiencias relatadas y ante el privilegio de poder rescatar esos testimonios de un olvido casi irremisible de no mediar la acción de la historiadora. Con seguridad impresiona ver recordar a los ancianos y compartir con ellos el revivir pasajes esenciales de su largo recorrido vital. Como recuerdan varios de ellos esos años, y en particular la experiencia como soldados, fueron decisivos en el curso de sus vidas. Varias veces a lo largo de la presentación del relato nos encontramos con expresiones como las de Meter Velasco que declara “francamente, si tuviese que vivir mi vida de nuevo, iría otra vez a la guerra” (página 156).

El indagar en el misterioso y recóndito territorio de los recuerdos de guerra, más o menos traumático según los casos, es una actividad que requiere delicadeza y sensibilidad despierta para no violar códigos inexplicables relacionados con el proceso de recordar y de olvidar así como también un programa de trabajo que establezca las bases para la comprensión adecuada de estas fuentes inferidas. En este sentido el trabajo de Mónica Kast propone como criterio unificador de los testimonios que nos entrega por una parte la mirada de participantes anónimos en acontecimientos y procesos de gran magnitud y por otra el hecho de que se evocan y recuerdan estos hechos desde este *finis terrae* que es Chile.

La autora se mantiene fiel a estos dos criterios a lo largo de todas las entrevistas que estructuran su relato polifónico sobre la Segunda Guerra Mundial y utiliza su condición de entrevistadora para solucionar dudas, para precisar datos y sobre todo para dar espacio a las personas corrientes para que nos muestren fragmentos de un cuadro muchísimo mayor del que un individuo puede percibir por sí mismo. Mónica Kast hace así un ejercicio de artesana de la memoria construyendo con sus entrevistados una representación de un pasado emblemático no solo para quienes dan su testimonio sino para millones de personas que hemos vivido después de esos trágicos años donde el mundo estuvo en guerra. Con cuidado, estando atenta a no cortar el fluir de los recuerdos aun en los casos de evidentes equivocaciones, Mónica Kast ayuda a estos sobrevivientes a construir su memoria. Esto implica riesgos grandes dada la gran exposición de imágenes, sonidos y relatos del conflicto que “contaminan” el recuerdo de quienes evocan después de más de medio siglo eventos que fueron vividos de modo muy distinto cuando fueron presente. Esto no sucede con los diarios personales —a diferencia de lo que ocurre con las memorias y las autobiografías— pues hay en ese tipo de registro de la experiencia una sensación difícil de transmitir y que se relaciona con la sensación de incertidumbre frente a lo que está por venir. En las entrevistas a los sobrevivientes se percibe que ha pasado un caudal muy grande de lecturas, filmes, reportajes y otros testimonios que condicionan involuntariamente el modo de recordar. Especialmente significativo es en este sentido el tema de los recuerdos de los ex combatientes alemanes y su relación con el nacional socialismo. En varios casos hay un esfuerzo por explicar qué sentían los jóvenes combatientes respecto de este fenómeno, pero es natural que en una materia tan sensible se ordene el recuerdo con trazados más o menos involuntarios y que exista una impresión seguramente distinta de la del “presente del pasado” de Hitler por ejemplo. También se percibe esto en el constatar a lo largo de varios testimonios el peso de determinados estereotipos que durante décadas han marcado el recuerdo social de la guerra. Orientada a trabajar con los aportes de los “testigos a pesar de sí mismos” Mónica Kast opta por presentar un caudal rico en sensaciones y emociones de quienes lograron sobrevivir a la guerra, desentendiéndose de la interpretación crítica de estos testimonios. Esa es su opción y la manifiesta claramente.

El segundo criterio general, el de la mirada y evocación desde Chile, es importante no solo porque estos entrevistados han enriquecido con su experiencia la construcción diaria de este país sino también porque nos da señales de cómo hubo un aporte significativo de jóvenes chilenos descendientes de europeos que optaron por participar en “la guerra que había que ganar”. Las dimensiones de ese tipo de compromiso emotivo de personas que sentían debían lealtad a dos naciones simultáneamente es una contribución interesante y atrayente de este cuadro de memoria. Como en los casos de la experiencia de la cotidianeidad de la guerra en los frentes militares también aquí, en la relación con Chile, la autora de las entrevistas se muestra sensible a dejar espacio para lo que podríamos llamar el relato espontáneo de quienes han hecho de Chile su segunda patria.

El libro se estructura como se ha señalado en base a 21 entrevistas, asimilables a secuencias de tomas que luego son trabajadas en un proceso de montaje que da su lógica y armazón a la publicación. En efecto, la autora trabaja con los testimonios

que desagrega libremente para proponer un ordenamiento cronológico territorial que permite al lector seguir a través de los recuerdos de algunos protagonistas los años previos al conflicto, el estallido de la guerra, las experiencias de varios frentes, la ocupación y los campos de prisioneros para terminar en los años posteriores a la gran conflagración. Explicitada por la autora, la técnica de montaje resulta por momentos lograda y en otros se percibe el corte abrupto del fluir de un recuerdo, cuando se debe someter al dictado del guión prefijado por la historiadora.

Sintetizando, el libro de Mónica Kast hace una contribución a la preservación de la memoria al “crear” formalmente fuentes que son la base de su texto y que ella respeta y presenta con cuidado, insertándolas en una representación de la Segunda Guerra Mundial en cierto modo convencional. No es un libro de interpretación de ese fenómeno y tampoco es una interpretación de Chile y la Segunda Guerra Mundial como señala engañosamente el título de la obra. Es más bien una obra de rescate de un patrimonio en riesgo de extinción y su articulación en clave de actores anónimos y de cotidianidad lo que por cierto es una contribución significativa y meritoria. Probablemente el libro adolezca de cierta precipitación, dado por la urgencia de transmitir estos testimonios ya que en mi opinión con un poco más de trabajo de contextualización y de reflexión crítica sobre la naturaleza de las fuentes y las formas de hacer historia la obra se habría enriquecido y hubiese contribuido no solo a establecer un contacto con la aventura humana de esos 21 testigos de la guerra, sino también al debate sobre las formas del conocimiento histórico. Con todo el esfuerzo de Mónica Kast y sus 21 entrevistados por transmitir sensaciones y emociones es digno de ser destacado y agradecido en cuanto nos da más elementos para entender el pasado, el presente y el futuro.

CLAUDIO ROLLE

Pontificia Universidad Católica de Chile

VIAL, GONZALO, *Salvador Allende. El fracaso de una ilusión*, Santiago, Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2005, 168 págs.

Constantemente se evoca nuestra historia reciente. Quienes lo hacen recuerdan preferentemente acontecimientos ocurridos durante la Unidad Popular y el Gobierno Militar y más esporádicamente de períodos anteriores, porque no cabe duda que todavía ellos influyen en el acontecer político actual. Se entiende la inquietud, toda vez que los hechos sucedidos desde la década de los sesenta en adelante, son de importancia decisiva, dado que condujeron a la crisis más grande que ha experimentado el país.

Cabe preguntarse ¿cuánto y qué se ha escrito sobre el período? Si hacemos una bibliografía relativamente completa, nos encontraremos con un gran cantidad de títulos –sin duda importantes en general–, pero con escaso número de obras propiamente analíticas. La mayoría son del tipo autobiográfico y es posible atribuirlo a la necesidad de dejar testimonio y constancia de la propia actuación en el periodo o la propia

impresión de los hechos. Otro tipo de textos son de carácter cronológicos, crónicas, o bien compilaciones de documentos, que contienen únicamente el registro y catalogación de acontecimientos importantes. Un tercer grupo son obras de tipo biográfico, siendo los personajes más estudiados aquellos que fueron protagonistas relevantes. Su tonelaje ciertamente es variado, pero los mejores estudios poseen la virtud de procurar entender al biografiado situándolo en su contexto y, consecuentemente, recrean la época. Un cuarto grupo de libros son los de carácter monográfico, más específicos, porque abordan un aspecto o un fragmento de esta compleja época. Aquí igualmente hay una gama de calidades muy amplia. Por último, los más escasos de encontrar, son aquellos que tratan de reconstituir e interpretar y entregan una visión de conjunto.

Toda esta bibliografía sobre la cuestión, junto con aportar antecedentes, visiones, perspectivas y “sensibilidades” —como se dice ahora—, revela de otro modo la preocupación que señalábamos más arriba por la historia del “tiempo presente”.

El libro que comento se viene a sumar a la larga lista, pero tiene la cualidad de entregar una visión de conjunto sobre el período 1970-1973, donde figuran articuladamente los diferentes acontecimientos y las actuaciones de los principales protagonistas. Corresponde a los textos completos de las exposiciones realizadas por el historiador Gonzalo Vial en el ciclo organizado por la Universidad Finis Terrae titulado “A treinta años de la muerte de Salvador Allende”.

Consiste en un esfuerzo del autor por explicar el inicio, desarrollo y conclusión del gobierno de la Unidad Popular. No es corriente —como dije— encontrar este tipo de observaciones de síntesis, tan necesarias. Muchos de quienes vivieron el momento —inclusive testigos cultos, de todo el espectro de posiciones políticas—, recuerdan por alguna razón episodios significativos, pero sueltos, sin que hayan logrado establecer las debidas relaciones que permiten observar el cuadro completo, por aquello de que “los árboles no permiten ver el bosque”. Este trabajo sin duda permite visualizar el bosque y además en forma amena, bien expuesta o escrita, con el sabor de los relatos tan propios de Vial. Un gran mérito, porque se trata de un bosque muy denso.

El propio expositor revela hacia el final del texto, la complejidad del problema que abordó en forma pintoresca, al señalar que la “Unidad Popular es como esas novelas gordas, a veces aburridas y a veces entretenidas, que tienen varias tramas que se van desarrollando paralelamente, y que confluyen a un solo final. El final, en este caso, es el golpe. Y las tramas a veces tienen los mismos protagonistas, a veces distintos protagonistas, a veces parcialmente los mismos y parcialmente distintos protagonistas. Aquí —termina diciendo—, por necesidad del análisis, se han expuesto separadamente, pero en realidad cada paso va encauzando hacia el mismo final, hacia el golpe, con la fatalidad de lo inevitable”.

Los temas que se tratan en las exposiciones son cinco y ellos abordan las diversas “tramas” y “personajes”. La primera está dedicada a comprender el comportamiento del principal protagonista de esta historia: Salvador Allende. Otros personajes importantes también se analizan, a medida que se desenvuelven los acontecimientos: el general Carlos Prats, el cardenal Raúl Silva Henríquez, por ejemplo. Respecto de Allende, destaca los aspectos que mejor lo caracterizan, en su opinión. De partida tres facetas: su consecuencia política. “... Desde su adolescencia... nunca dejó de ser

socialista... Tuvo como meta encabezar un gobierno a favor de las mayorías populares... Reemplazar la propiedad individual capitalista por la colectiva". Considera que su suicidio fue, precisamente, "culminación" de esta consecuencia. Le sigue su consecuencia social: "Como Presidente continuó viviendo la misma vida (cómoda desde la niñez), con el mismo grupo de amigos de su edad", trasladando así su "consecuencia política al plano social". En este sentido era una persona sin "ningún resentimiento social... se reía de esas cosas..." Y, en último término, su probidad. "Desde el poder no incrementó en nada su patrimonio personal" y desacredita una serie de "dichos" que han circulado al respecto. Profundizando en la personalidad de Allende, el autor indica, por otra parte, las que le parecen fueron sus principales cualidades y sus peores defectos. De las primeras, subraya una larga lista –sencillo y delicado en el trato, sin odios, simpático, expansivo, animado, generoso, memoria impresionante– y destaca también como cualidad "su muñeca", pero se trataría de una condición que se habría tornado en defecto, porque no fue "siempre leal con el manipulado". Entre los defectos, denota algunos que le parecen graves: el haber creído en el "poder compartido" con la amplia gama de partidos unipolares; el haber sido incapaz de "imponer autoridad" entre esas entidades "...sencillamente no logró mandar... ni ser el gran conductor que había soñado". Pero el defecto fundamental de Allende, según Vial, fue "la insuficiencia de sus conocimientos" sobre lo que "proyectaba hacer".

La segunda exposición se refiere a la "Naturaleza, programa y estrategia de la Unidad Popular". Explica su origen más remoto: el FRAP, nacido en 1957, de la unión de comunistas y socialistas, para encarar juntos las elecciones presidenciales de 1958; prosigue con su evolución, influida por el contexto internacional (Guerra Fría), especialmente latinoamericano (la Revolución Cubana), y la forma como devino en Unidad Popular, al quedar constituida en 1969 en una multipartidaria con la integración de otras entidades izquierdistas, pero subrayando la gravitación en ella de las originarias, con sus diferencias ideológicas. Los comunistas siempre representaron la interpretación más ortodoxa del marxismo, "la soviética", mientras que los socialistas adhirieron en forma progresiva a la interpretación emanada de la Revolución Cubana y promovida en América Latina por el guerrillero Ernesto Che Guevara, la cual postulaba, como verdad doctrinaria, la inevitabilidad de la lucha armada para conquistar el poder (guevarismo). Y, por cierto, analiza la situación de Salvador Allende frente a las posiciones existentes al interior del bloque y, particularmente, del socialismo, cargando además tres derrotas electorales consecutivas (1952, 1958 y 1964). De manera que para ser candidato por cuarta vez, tuvo que conquistar las simpatías de los socialistas, que no lo querían como candidato –ni la vertiente de Aniceto Rodríguez (moderada), ni la de Carlos Altamirano (guevarista)–, y acomodarse incluso a las exigencias de los demás. Finalmente Allende se habría impuesto por descarte. Los socialistas lo hicieron pasar –dice Vial– por "esta última horca caudina: serás nuestro precandidato ante la Unidad Popular, pero lo serás porque no tenemos otro..." Con todo, era el único político de izquierda capaz de hacer frente a los contendores de 1970 (Alessandri y Tomić).

Sin embargo, la Unidad Popular era ante todo un pacto electoral y de gobierno, firmado por sus integrantes, al cual debería adherir el candidato que acordaran postular. Es decir, el candidato quedaba supeditado al pacto y, para hacer efectiva esa

dependencia, se creó un “Comité” donde estaban representados todos los partidos del bloque y sería el encargado de adoptar las decisiones fundamentales, por la unanimidad de sus miembros. Es decir, Allende quedó desde el momento de su candidatura sometido al cogobierno y al vicio legendario del “cuoteo”, pero confiando siempre en “su muñeca para contrarrestar la adversidad”. A este pacto y lo que representaba, incluido el candidato, no concurrió el MIR, por ser un grupo de fuerte vocación guevarista en tales momentos, partidario intransigente de la vía armada para conquistar el poder, muy contrario a la vía pacífica que enarbolaba Allende.

En seguida, pasa revista a los aspectos esenciales del programa de la Unidad Popular, económicos y políticos, así como a la estrategia implementada para materializarlo, luego de que el Gobierno quedara tempranamente impedido de hacerlo por los cauces constitucionales o legales: no tenía mayoría en el Congreso ni el país y tampoco era posible un acuerdo con la Democracia Cristiana. El plan estratégico contempló operaciones (dos económicas y una política) que debían desarrollarse simultáneamente y en breve plazo, pero fracasó la operación política –instaurar la Asamblea del Pueblo– y con ello se vinieron al suelo “los fines últimos, crear el socialismo legalmente en Chile”.

La tercera exposición titulada “Los fines y los medios. Una contradicción fatal”, está destinada a explicar el significado de una serie de hechos que fueron ocurriendo entre 1971 y 1972, paralelamente al desenvolvimiento de las operaciones del plan estratégico señalado y que terminaron por alterar definitivamente el cuadro político. Entre los más relevantes, cuenta los siguientes: la unión de la oposición (Democracia Cristiana y Partido Nacional); la propagación y profundización de la violencia política; el guevarismo, que se introdujo en el país a través del MIR, pero en el curso de 1971 era moneda corriente entre algunos partidos de la Unidad Popular (el Mapu-Garretón, la Izquierda Cristiana, que desgajada de la DC se había sumado recientemente, y el Partido Socialista dirigido por Altamirano). Siguiendo con el recuento de acontecimientos, apunta que, a la propagación de la vía revolucionaria ultraizquierdista –contrariando al propio Allende–, contribuyó bastante la visita de tres semanas que hizo al país Fidel Castro, lo mismo que la retórica mirista, que afirmaba poseer armas y estar empeñado exitosamente en infiltrar a las Fuerzas Armadas, amén de incitar, junto con los otros grupos guevaristas de la UP, las ocupaciones ilegales, “tomas” de predios, fábricas y comercios. En este sentido, el historiador Vial reitera una afirmación suya que ha ocasionado gran revuelo en el último tiempo, sobre todo entre quienes se jactaban de ser auténticos revolucionarios en aquellos años: “En Chile, la violencia como método y necesidad insoslayable, la introdujo el guevarismo y suscitó la contraviolencia adversaria”.

Mientras sucedían todos estos sucesos, sostiene el autor, Allende oscilaba entre la vía violenta y la vía pacífica. Y su indecisión en este punto dejaba lugar a la duda. De manera que los miembros de las Fuerzas Armadas, en especial sus mandos, nunca tuvieron claro “lo que pensaba el Presidente... y menos aún lo que hacía el gobierno”.

En la cuarta exposición –“Itinerario de un fracaso”–, analiza el tramo más duro del proceso político en cuestión, cuando se produjeron los peores enfrentamientos y el conflicto se presentó crudamente, sin dejar ninguna puerta abierta para soluciones pacíficas. Así, 1972, habría sido el año del “desastre”.

Porque fue evidente, en su opinión, que la economía y la situación social quedaron fuera de control, según las cifras que cita, dando paso a un descontento que se manifestó desde varios frentes. A los partidos políticos de oposición –que habían sido hasta ese momento ineficaces en la lucha contra el Gobierno–, se le sumaron los gremios empresariales tradicionales y nuevas entidades que agruparon a los transportistas y comercio detallista, más “toda clase de gente que tenía algo que reclamar”. Se llegó así al famoso “Paro de Octubre”. Un hito importante, porque significó “técnicamente el fin del programa político, social y económico de la Unidad Popular”. El oficialismo, había perdido la iniciativa y hubo serias repercusiones al interior de la coalición de gobierno, porque se dividieron las “fuerzas populares”: el sector de ultraizquierda era partidario de profundizar el proceso revolucionario, mientras que el institucional, con Allende a la cabeza, decidió apoyarse en las Fuerzas Armadas.

Aquí entra en escena el general Carlos Prats. Vial trae un esbozo de su “misteriosa personalidad” –dice– y expresa ideas muy interesantes sobre el papel que le correspondió desempeñar en esos críticos momentos. En este sentido formula una serie de hipótesis novedosas que debieran ser analizadas para llegar a comprender en profundidad la importancia de Prats en el proceso. Las más sugerentes son: cómo en contacto con Allende y varios de sus colaboradores cercanos, le perdió el “temor” (histórico) que profesaba por el marxismo-leninismo; los esfuerzos que realizó –y errores que cometió– para lograr un acuerdo entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana; cómo asumió un papel claramente político entre 1972 y 1973, luego de cuarenta años de imperturbable y profesional servicio militar y, por último, algunas imprudencias cometidas, al involucrarse excesivamente en políticas de gobierno. Habría olvidado, al respecto, “que un jefe militar siempre debe guardar distancia del núcleo propiamente político del gobierno al cual sirve”. De este modo –sostiene–, su actuación generó una serie de “contradicciones internas” y tuvo un efecto “catastrófico” en las filas castrenses. “Poco a poco el alto mando se fue distanciando de su comandante... Quedó aislado arriba”.

En el intertanto, la crisis (política, económica y social) alcanzó tal magnitud que el país se hizo ingobernable, entonces Allende realizó tres últimos intentos de solución. A saber, según Vial: “entenderse con la Democracia Cristiana, oficializar la participación militar en una especie de cogobierno, o apelar a un plebiscito, el arma final y desesperada del Mandatario”. Cada uno de estos ensayos son explicados cuidadosamente, con detalles muy sabrosos y todas sus derivadas, señalando la forma como los protagonistas los fueron urdiendo y las razones de su fracaso. La que más se reitera, son los desacuerdos que existieron al interior de la misma Unidad Popular (el Comité), sobre tales iniciativas, sindicando como particularmente grave, la oposición del sector ultraizquierdista, más concretamente el Partido Socialista. “El guevarismo torpedeaba todo lo que no sirviera para acelerar y profundizar el proceso revolucionario”.

“Y cuando el último ensayo fracasó –agrega–, la intervención militar se hizo inevitable”.

Este es el tema de la última exposición, llamada “El desenlace”. Formula la siguiente pregunta: “¿Por qué intervinieron las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de 1973, prescindiendo de los civiles y aplicando su propia solución a la crisis?”. Y responde, que se habrían hecho desafectas al Gobierno por cuatro pro-

blemas que pasa a analizar. A saber: el desorden público; el aumento del armamento; la existencia de milicias paramilitares –muy relacionado con el punto anterior– y la “cara violenta” que mostró el marxismo leninismo propugnado por la gama existente de grupos guevaristas.

A estos problemas se le agregaron dos consideraciones definitivas. Definitivas porque impulsaron la decisión final en los altos mando de las Fuerzas Armadas. La primera, que el cuadro caótico creaba una situación de extremo peligro para el país, porque lo hacía objetivamente vulnerable a un ataque proveniente del exterior (de Perú ciertamente y de Argentina, luego). Ataque que a la sazón se presumía muy probable, dado que el centenario de la Guerra del Pacífico se aproximaba. La segunda, provino del hecho que se pensaba muy posible que las Fuerzas Armadas se dividieran si el conflicto y la violencia se incrementaban, como de hecho ocurría, frente a lo cual, la guerra civil se presumió inminente.

El último párrafo dice así: “Casi todas las fuerzas políticas y, en general, casi toda la población, querían la guerra civil, o al menos la aceptaban, resignadamente, como una tragedia inevitable, porque cada bando pensaba hallarse en juego valores que la merecían y justificaban, no habiendo –en apariencia– otra salida. El general Pinochet torció el destino de la historia y de su propia biografía al aceptar el reto y hacer el gesto que impidió la división de las fuerzas uniformadas y consiguientemente la guerra civil. Desde ese instante, Allende era hombre muerto, pues no podía aceptar rendirse. Y así ocurrió aquel 11 de septiembre”.

Estas conferencias en verdad reafirman una interpretación expuesta en otras ocasiones por el autor, sobre la Historia Contemporánea de Chile. O sea, acerca del proceso que afectó al país durante la segunda mitad del siglo XX². El proceso básicamente consistió en una crisis de grandes proporciones, que comprometió a toda la sociedad, cuyos componentes fueron políticos, económicos, sociales y culturales y cada uno de estos aspectos tuvo innumerables derivaciones. Esta crisis “integral”, como dice, patente hacia 1950, se profundizó en los años siguientes, porque ninguno de los gobiernos elegidos hasta 1970 (Ibáñez, Alessandri, Frei) logró aminorarla siquiera. Al revés, se fueron incorporando nuevos elementos de tensión y desajuste. Uno de los fenómenos determinantes en este sentido es que para entonces existía un campo de partidos políticos –agrupado en tres tercios, como era característico desde los años treinta–, pero ahora polarizado en extremo, marcado por el signo de las ideologías y la intransigencia.

Este sería el telón de fondo: “Nadie tenía fuerza electoral, fuerza parlamentaria, ni fuerza social como para imponer su propio programa. Pero al mismo tiempo, nadie, ni la Democracia Cristiana (el centro), ni la Unidad Popular (la izquierda), ni el Partido Nacional (la derecha), estaba dispuesto a transigir para generar esa mayoría”. De este modo, Allende, en la etapa postrera de la crisis, se encontró sin instrumentos para hacer lo que había prometido. No tenía instrumentos legales, ni mayoría parlamentaria para adquirirlos.

² Vial, Gonzalo, “Las grandes crisis chilenas del siglo XX” en revista *Finis Terrae*, N° 8, Santiago, Universidad Finis Terrae, 2000 y en la obra colectiva *Chile 1541-2000. Una interpretación de su historia política*, Santiago, Editorial Santillana, 2000.

Me parece una interpretación coherente, clara y bien desarrollada, que plantea ideas maduradas durante largo tiempo. Alguien podría señalar que el texto tiene escasas referencias bibliográficas. Es cierto, son conferencias transcritas, pero de la simple lectura se concluye que consultó información de primera mano. A lo largo de las exposiciones, cita documentos de variada índole, publicaciones y sus propias vivencias. Es frecuente encontrar en el texto expresiones como estas: “Me contaba una persona muy íntimamente ligada a él (está hablando de Allende), que sobrevive...” o “Me contaba una delegación de viñateros que fue a visitarlo...” o “Yo conocí mucho a los mandos medios de la Unidad Popular...” o, un caso más elocuente, “...Poco después del golpe, cuando llegué a mi oficina de *Qué Pasa*, prácticamente en medio del humo, encontré el comunicado del MIR encima de mi escritorio. Fue mandado por correo a toda la prensa y había llegado probablemente el 10 en la tarde...”.

Por otra parte, he podido revisar el archivo de Gonzalo Vial sobre la Unidad Popular. Está constituido por un conjunto de cartas, de diferentes personas que cuentan episodios vividos; por entrevistas realizadas a una gama de personalidades; por documentos que circularon en la época: declaraciones de partidos, incluso de circulación muy restringida (mimeografiados); boletines de prensa extranjera; panfletos de todo tipo, fichas de prensa, *memoranda*; etc. En fin, pienso que es quizás una de las personas que mejor conoce el período. No solo porque fue testigo, sino porque ha recopilado y consultado una cantidad gigantesca de fuentes de información, que por cierto incluyen libros de todos los géneros. Además se trata un historiador de un tonelaje cultural superior, de especiales capacidades intelectuales y dotado de un genuino y muy acendrado interés por la historia.

ÁLVARO GÓNGORA E.
Universidad Finis Terrae
Santiago, Chile

FUNDACIÓN PEDRO GRASES, *Andrés Bello: Documentos para el estudio de sus Obras Completas, 1948-1985*, 2 tomos, Fundación Pedro Grases, 2004, 1.408 páginas.

Un verdadero acontecimiento para el bellísimo internacional, y para la historia cultural de América Latina en la segunda mitad del siglo XX, es esta publicación compilada y anotada por el investigador Ildefonso Méndez Salcedo bajo la coordinación general de María A. Grases Galofré y Carlos Maldonado-Bourgoin. Este valioso aporte a la historia y a las letras hispanoamericanas destaca un aspecto fundamental de la investigación bellista que culminó en la edición venezolana de las *Obras Completas*, cuyo primer tomo, *Poesías*, se publicó en 1952, y el último, *Estudios Filológicos*, en 1987 (aunque lleva fecha de 1986). Se trata de uno de los grandes logros editoriales del siglo XX.

En efecto, por tratarse de una obra que requería de la colección de documentos dispersos en numerosos países de dos continentes, y porque el talento necesario

también estaba ampliamente distribuido en una diversidad de naciones, la labor de coordinación puede considerarse como simplemente titánica. Esto, en una época en que no existía ni la tecnología ni la rapidez de las comunicaciones que aun hoy hacen difícil la realización de una tarea de tal envergadura.

El peso de esta tarea, a partir de 1948, cayó sobre los hombros de Pedro Grases, lamentablemente fallecido en Caracas en septiembre del año recién pasado. Su labor como miembro de la Comisión en la que tuvo también un papel destacado Rafael Caldera, tenía dos objetivos fundamentales: localizar toda la información posible sobre la biografía de Andrés Bello, y coordinar la edición de las obras completas, que en su versión final llegaría a 26 tomos (fueron quince los de la edición chilena de 1881-1893). Para estos efectos, sostuvo una nutrida correspondencia, claramente representada por los 63 corresponsales que aparecen en los dos tomos. Estos incluyen a figuras importantes del mundo académico, cultural, diplomático y político hispano de la segunda mitad del siglo pasado, incluyendo a Amado Alonso, Jorge Basadre, Ricardo Donoso, Guillermo Feliú Cruz, Rómulo Gallegos, Juan David García Bacca, Pedro Lira Urquieta, Mariano Picón Salas, José Manuel Rivas Sacconi y Raúl Silva Castro, entre muchos otros.

La correspondencia más nutrida fue sostenida con Carlos Pi Sunyer (191 páginas de la compilación), Guillermo Feliú Cruz (146), Ricardo Donoso (129), Héctor Paúl Viale-Rigo (124), y José Manuel Rivas Sacconi (103), el notable académico y diplomático colombiano, director en su momento del Instituto Caro y Cuervo. Esta abundancia de cartas se explica, en el caso de Pi Sunyer, por el hecho de saberse tan poco sobre lo que Rafael Caldera llamó en su momento "La incomprendida escala de Bello en Londres". El catalán Pi Sunyer, quien residía en esa ciudad luego de la guerra civil española, y en colaboración con Miriam Blanco-Fombona de Hood, investigó pacientemente las pocas pistas existentes, muchas de las cuales no rindieron mayores frutos, pero que al final logró lo que nadie había logrado hasta entonces: el identificar las residencias de Bello, y algunas de sus ocupaciones durante el período más difícil de su estadía.

La larga correspondencia con los chilenos Ricardo Donoso y Guillermo Feliú Cruz, a la que debe agregarse la correspondencia con Pedro Lira Urquieta, Raúl Silva Castro, Carlos Stuardo Ortiz, Jorge Gamboa Correa, y varios descendientes de las familias Bello y Amunátegui, se explica por lo enorme de la tarea que aún faltaba por hacer desde la publicación de la edición chilena: la identificación de los textos de gobierno, la labor parlamentaria, y los escritos periodísticos publicados anónimamente. Además, la complejidad inherente a toda edición de unas obras completas. Por ejemplo, los proyectos de ley de Bello, ¿debían ir entre los textos de gobierno, o los temas jurídicos y sociales? ¿Cuáles documentos de la Cancillería debían consignarse en los tomos de derecho internacional, o en los referidos textos de gobierno? Finalmente, estaba el problema de las variaciones de redacción, ejemplificado por los artículos del Código Civil. El criterio de la comisión editora era que se registrara cada cambio de redacción, lo que planteaba serios problemas a juristas como Pedro Lira Urquieta, para quienes los cambios de redacción solo eran importantes cuando afectaban el contenido jurídico. En materias de poesía, sin embargo, las variantes fueron rápidamente entendidas como cruciales.

Pero ¿qué ortografía debía usarse de manera consistente en las obras completas? ¿La de Bello, o la académica? La *Gramática*, ¿debía ir con las notas de Cuervo, o en su versión original? La tarea de coordinación, compatibilización, y acuerdo, fue realmente gigantesca.

Uno de los aspectos más novedosos de esta publicación es la correspondencia entre Pedro Grases y el consul venezolano en Chile Héctor Paúl Viale-Rigo durante las décadas de 1940 y 1950, a quien le cupo no solo representar los intereses de la Comisión en momentos en que estaban suspendidas las relaciones entre Chile y Venezuela, sino que además hubo de lidiar con un serio problema de sucesión una vez que falleció don Miguel Luis Amunátegui Reyes en 1949. Amunátegui había hecho algunos obsequios a Venezuela, y su esposa, Josefina Johnson de Amunátegui, había facilitado la mayor parte del archivo manuscrito para su cotejo en Venezuela. Esto creó serias dificultades, puesto que se exigió el retorno de los documentos, generándose un entredicho que pudo en su momento amenazar seriamente la colaboración entre chilenos y venezolanos. Afortunadamente, este incidente se pudo superar, pero representó una verdadera saga.

Quizás lo que más resalta en esta notable colección es la construcción de redes de colaboración internacional, y la medida en la cual esta dependía de los lazos de fraternidad y amistad entre intelectuales. Si bien es cierto que algunos de los trabajos fueron remunerados, en especial los prólogos y las bibliografías especializadas, es notable la cantidad de académicos, bibliotecarios, y personas diversas que voluntariamente prestaron materiales o tiempo para investigar puntos no esclarecidos de la biografía y bibliografía de Bello.

Esta publicación también representa un verdadero manual de investigación. Quienes se inician en la investigación histórica, o quienes disfrutan de su realización, encontrarán aquí todas las dificultades, y todos los felices hallazgos, que acompañan cualquier investigación seria y prolongada. Pocos podrán imaginar que en toda Colombia en la década de 1940 no había una sola máquina de microfilme, lo que en un momento amenazó la reproducción de documentos valiosos por el alto costo de fotografiarlos. O que sin la valija diplomática, o el traslado de personas particulares de un país a otro, los materiales no hubieran llegado a su destino. O que la imprenta de J.M. López Soto, que imprimía las obras completas en Buenos Aires (allí se publicaron 19 tomos), se vio seriamente asediada con el advenimiento del régimen peronista, y en donde los paros y otros percances complicaron la publicación. O cómo el fallecimiento, la enfermedad, o los destinos políticos y diplomáticos de algunas personas hicieron cambiar la asignación y configuración de los prólogos en múltiples ocasiones.

En suma, se trata de una obra notable, que ayuda a comprender la magnitud de la tarea realizada por la Comisión Editora de las Obras Completas, y en especial por Pedro Grases. Renueva además las esperanzas que la continua investigación, siguiendo esta misma senda, ayude a la cada vez mayor comprensión de la figura de Andrés Bello.

IVÁN JAKSIC
Universidad de Stanford
Estados Unidos de Norteamérica

JORGE HIDALGO, *Historia andina en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 2004, 705 págs.

Apenas secaba la tinta de la imprenta cuando el autor de la presente obra era galardonado con el Premio Nacional de Historia. Abocado desde sus más tempranos trabajos, cuando recién egresaba de las aulas de la Casa de Bello al estudio de las sociedades indígenas del norte del territorio nacional, Jorge Hidalgo Lehuedé ha hecho de la etnohistoria andina la pasión de toda su vida. Más allá de la polémica que generó esta distinción, plasmada en el grito de una sola voz disonante, el aplauso generalizado de historiadores, etnohistoriadores, antropólogos y arqueólogos, dentro y fuera de nuestras fronteras, ha sido la manifestación del reconocimiento a una dilatada trayectoria hacia quien es considerado uno de los padres de la etnohistoria moderna en nuestro país. Como es de esperarse, tan vasta obra se halla desperdigada en las páginas de revistas, actas y libros que vieron la luz editorial tanto dentro como fuera del medio chileno, por lo que no es casualidad que los especialistas centrados en las problemáticas interdisciplinarias que envuelve el estudio de las sociedades indígenas del norte de nuestro país, consideren a este libro de síntesis como una obra no solo digna de elogios, sino también necesaria: difícil era pesquisar los trabajos del señor Hidalgo, pues muchos de ellos eran apenas accesibles a través de las bibliotecas, del préstamo que los colegas hacían de las revistas ya agotadas en las librerías y bodegas de las universidades, o conseguir por medios engorrosos y costosos algún ejemplar publicado en el extranjero.

Gracias a los esfuerzos del autor y la Editorial Universitaria, hoy disponemos de un libro que sintetiza poco más de tres décadas de investigaciones, con trabajos pioneros para el conocimiento del desarrollo histórico de las comunidades nativas del ámbito costero, desértico y altiplánico que abarca la extensa área ecológica y cultural que envuelve el espacio fronterizo que comparten el sur del Perú, occidente de Bolivia, norte de Chile y noroeste argentino. Estructurado en treinta capítulos que, contra lo que podría esperarse, no siguen una organización cronológica sino más bien temática, el autor nos adentra en aspectos variados del mundo indígena, como el problema de la organización dual en las comunidades del semiárido chileno para los días del contacto, la pervivencia de estrategias económicas como la complementariedad ecológica para fases coloniales en la zona de Atacama, el impacto de la rebelión encabezada por Túpac Amaru en las comunidades del norte chileno, o las relaciones que enlazaban a las poblaciones pescadoras y agricultoras de los valles y quebradas del sector de Arica, entre muchos otros.

Uno de los puntos más dignos de resaltar en la elaboración de estos trabajos, es la implementación de una intensa labor archivística que lo llevó a hurgar en algunos de los principales repositorios del Viejo y Nuevo Mundo. Inspirado en los principios metodológicos que le entregara su colega y amigo John Murra, nuestro autor expandió el corpus documental sobre el que sustenta sus trabajos en una numerosa documentación inédita, sin restringirla al clásico uso de las crónicas que entregan una amplia pero siempre mezquina información sobre variados tópicos del diario vivir de las sociedades indígenas. De esta forma, han sido objeto de sus indagaciones los papeles depositados en el Archivo Nacional de Chile, el Archivo

General de Indias (Sevilla), la British Library (Londres), el Archivo Nacional de Bolivia (Sucre), la Biblioteca Nacional de Argentina, el Archivo General de la Nación Argentina (Buenos Aires), el Archivo Nacional del Perú (Lima), el Archivo Arzobispal de Arequipa y el Archivo del Departamento de Tacna. No pocos artículos son acompañados de algunos de los documentos que los sustentan, detalle que no solo facilita la evaluación de los especialistas, sino que también contribuye a la elaboración de nuevos trabajos al alero de nuevas perspectivas y/o considerando información a la que prestó menos importancia el autor en comento. Junto a ello, su compromiso docente en tanto formador de nuevas generaciones de investigadores, queda en evidencia en los numerosos trabajos escritos en coautoría con jóvenes que recién se inician en el arduo trabajo académico.

Como ya indicamos, los treinta trabajos que dan vida a los capítulos del libro siguen un ordenamiento temático, el que se sustenta en variables de índole diversa. Aspectos espaciales y temporales son los que sitúan a los dos primeros en la antecala de la secuencia: escritos como parte de su memoria de título, son las primeras investigaciones que realizara en los inicios de su carrera profesional. El primero, titulado “Algunos datos sobre la organización dual en las sociedades protohistóricas del Norte Chico de Chile: el testimonio de los cronistas” (1971), fue la primera propuesta documentada de la existencia de la organización dual en alguna etnia de Chile: los diaguitas del semiárido. De esta manera, el trabajo etnohistórico hizo ver a Hidalgo la existencia de dos cabezas de poder en los valles de Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Aconcagua al momento del arribo hispano a estas australes regiones. A la luz del conocimiento actual, se hace tentador preguntarnos por qué el autor no reflexionó en torno a la profundidad cronológica de dicho sistema organizativo: ¿obedeció a un proceso de estructuración sociopolítica de larga data en el contexto de influencias provenientes del corazón del área andina anteriores al período Inca, o, como propone Osvaldo Silva, fue el resultado de un cambio más drástico que se gestó en pleno tránsito de incorporación al Tawantinsuyu? Empero, podríamos obviar esta crítica dado que se trataba de un trabajo pionero para nuestro medio académico, lo que no obsta que exijamos a otras disciplinas, como la arqueología, que dé respuesta prontamente a esta pregunta.

El segundo trabajo, también centrado en la cultura diaguita chilena y que se titula “Población protohistórica del Norte Chico” (1972), es un intento por cuantificar la demografía de esta población aborigen en el temprano contacto. Si bien la información en que sustenta su planteamiento es fragmentaria y de una credibilidad en ocasiones cuestionable, es hasta hoy la única elaboración de una reconstrucción demográfica de los habitantes del semiárido a fines de la primera mitad del siglo XVI. Es de esperar que otros investigadores sigan la ruta trazada hace treinta y dos años por nuestro autor y procuren elaborar, no solo con nuevas fuentes sino también con otras metodologías –la geografía de poblaciones, por ejemplo–, un cuadro más acabado de un aspecto tan interesante como este.

El siguiente artículo rompe con el carácter regional de los anteriores y se identifica con las síntesis descriptivas de áreas multiétnicas. Titulado “Culturas y etnias protohistóricas: área andina y meridional” (1982), representa su contribución a la célebre *Historia de América Latina* de la Universidad de Cambridge que editara

Leslie Bethel. Demostrando un amplio conocimiento y un buen manejo bibliográfico de las sociedades que habitaban al meridión del trópico de Capricornio en el continente sudamericano, Jorge Hidalgo las divide en cuatro grandes grupos: agricultores andinos meridionales, agricultores amazónicos del área del Chaco, cazadores-recolectores de la Patagonia, y pescadores-recolectores de los archipiélagos australes. Reconociendo las dificultades que implica confeccionar un bosquejo sintetizado, pero lo suficientemente ilustrador de los numerosos grupos culturales que se desenvolvían en esta vasta extensión —mérito incuestionable del señor Hidalgo—, no deben pasarse por alto los numerosos avances que desde su redacción se han hecho en lo referente a las características sociales, políticas, económicas y culturales de dichas sociedades. En otras palabras, se trata de un trabajo orientador que brinda un buen esbozo de los diversos sistemas adaptativos que es posible distinguir en dicha área, pero que bajo el escrutinio y las exigencias del lector especializado debe complementarse con la información de trabajos de más reciente edición.

Los siguientes once trabajos están circunscritos al estudio de las poblaciones del corregimiento de Atacama. La labor de archivo aparece con nitidez en estos artículos, en que el protagonismo de las crónicas —elocuente en los anteriores— cede su puesto a las fuentes burocráticas, destacando el empleo de los censos de indígenas (visitas) coloniales. Los tres primeros de esta serie, titulados “Incidencia de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804. Las revisitas inéditas de 1785, 1792 y 1804” (1978), “Complementariedad ecológica y tributo en Atacama, 1683-1792” (1984), y “Mercado y etnicidad: lecturas de la revisita de Atacama de 1683” (1992, en coautoría con Viviana Manríquez), analizan los patrones de asentamiento de los atacamas desde el siglo XVII a fines del XVIII, explicando el fenómeno de la disminución demográfica de las poblaciones locales en sus pueblos de origen como una consecuencia de los abusos coloniales: uno de los factores más determinantes de este proceso de abandono era evadir el exceso de tributos.

En el capítulo siguiente, nominado “Cambios culturales de Atacama en el siglo XVIII: lengua, escuelas, fugas y complementariedad ecológica” (1984), se adentra en el impacto cultural del contacto hispano-indígena, acontecimiento que tuvo en la creación de las primeras escuelas laicas la punta de lanza de la penetración aculturizadora entre los habitantes locales: su más inmediata consecuencia fue el aumento de la población bilingüe y la pérdida paulatina de la lengua vernácula. Es interesante el dato que consigna en la página 159, ya que según un documento las poblaciones costeras hablaban una lengua propia y totalmente ininteligible para los atacameños, con lo que el autor aventura la hipótesis de que el poblado costero de Cobija estaba habitada por un grupo cuyo ancestro cultural respondería a una tradición costera que abarcaba un rango geográfico más extenso que el de la provincia de la costa de Atacama. En el último tiempo autores como Juan Alberto Herrera, siguiendo el ejemplo de figuras emblemáticas en la investigación etnohistórica del litoral costino como es el caso de Bente Bittmann y José María Casassas, están realizando interesantes aportes para el conocimiento de los grupos que se desenvolvían en este espacio ecológico.

Sigue a este trabajo una investigación centrada en el tema del impacto de las reformas borbónicas en las poblaciones originarias de San Pedro de Atacama a raíz de la fundación de Toconao, el primer pueblo hispano de Atacama, muy especial-

mente en lo que respecta a los asentamientos y su organización espacial. Este se titula “Fechas coloniales de fundación de Toconao y urbanización de San Pedro de Atacama” (1982). En años más recientes el autor Alan Durston, desde un enfoque teórico distinto, ha profundizado en esta problemática que inaugurara para el norte de nuestro territorio el señor Jorge Hidalgo: caminos incipientemente explorados invitan a las nuevas generaciones a seguir los pasos de los pioneros.

El noveno capítulo, de breve extensión, se llama “Dos documentos inéditos y un mapa de Cobija: informes del comisionado Dr. José Agustín de Arze, 1786-1787” (1983). En él se sopesan las medidas implementadas por las autoridades de Potosí para el aprovechamiento económico del puerto de Cobija, lo que se relaciona con una posible pérdida del rol preponderante que jugaba Arica en el tráfico de los productos importados y exportados hacia y desde ese enclave minero altiplánico. Estudios como este implican llevar la mirada hacia otros ámbitos espaciales de los tradicionalmente estudiados: los sectores históricamente reconocidos como “marginales” también jugaron un papel de importancia de acuerdo a las diversas coyunturas sociales, políticas y económicas que se tejieron en el complejo entramado del mundo colonial andino.

Los tres trabajos que continúan, los que llevan por título “Fases de la rebelión indígena de 1781 en el corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la precede, 1749-1781” (1982), “Atacama antes y después de la rebelión de 1781: siete documentos inéditos del Archivo General de la Nación Argentina” (1987) y “Rebeliones andinas en Arica, Tarapacá y Atacama, 1770-1781” (1996), conforman uno de los legados más trascendentales de nuestro autor. Nacidos en el contexto de su tesis doctoral realizada en la Universidad de Londres, todos confluyen en las insospechadas consecuencias que tuvo la rebelión de Túpac Amaru en el área meridional andina, vinculando de esta manera el impacto que tuvo, en el actual norte chileno, un fenómeno social ocurrido en las postrimerías de la colonia en el corazón de andinoamérica. De esta manera, Hidalgo nuevamente rompe con el tradicional descuido que la historiografía tradicional ha tenido respecto al estudio de las zonas marginales del área cultural andina.

Enseguida se presentan dos trabajos enmarcados en el terreno de la religiosidad y las creencias, pero que abordan esta temática global desde perspectivas diversas. El primero de ellos se nomina “Amarus y Cataris: aspectos mesiánicos de la rebelión indígena de 1781 en Cusco, Chayanta, La Paz y Arica” (1983), y es una profundización de los aspectos tratados en la tríada anteriormente señalada, pero considerando algunos rasgos mesiánicos de este movimiento a un nivel más global. El segundo, de redacción más tardía, llamado “Fiscalidad, punición y brujerías. Atacama, 1749-1755” (1998, en coautoría con Nelson Castro), muestra la contradicción que se gestó entre la política evangelizadora de la Corona española en dicha región, implementando una férrea actividad de extirpación de idolatrías, y la lucha que libraron los chamanes por obtener mayores cuotas de prestigio en un contexto tan adverso. Estos trabajos muestran el nivel de sincretismo religioso a que se había llegado en el sector de Atacama en las postreras décadas del período colonial.

Los tres trabajos que siguen en la secuencia están enlazados por referirse, con distintos temas, al espacio tarapaqueño. Los dos artículos que principian esta trilogía se titulan “La obra cartográfica y literaria del primer corregidor de Tarapacá,

Antonio O'Brien" (1999) y "Proyectos coloniales idéritos del desierto: Azapa (Cabildo de Arica, 1619), pampa Iluga (O'Brien, 1765) y Tarapacá (Mendizábal, 1807)" (1985), y ambos tienen el común denominador de un personaje que, a decir del propio Hidalgo, fue "tanto actor como testigo de su tiempo": Antonio O'Brien, primer corregidor de Tarapacá. El tercero, "Dominación y resistencia en el cacicazgo de Pica" (1999-2000), es una excelente radiografía de la intensa actividad política que eran capaces de llevar adelante los indígenas en el contexto colonial del siglo XVIII, proceso en el que se cuestionaron la legitimidad de la dinastía de caciques locales a la luz de la memoria comunitaria que retrotraía a las centurias precedentes, erigiéndose el derecho comunitario de elegir a sus líderes étnicos, tema que ha sido tratado, para otras zonas, por estudiosos de la talla de María Rostworowski, Scarlett O'Phelan o Frank Salomon, entre tantos otros. Con esto, vemos que Jorge Hidalgo se inscribe en una corriente de investigación generalizada entre los especialistas del mundo andino, todos ellos herederos en algún grado de la innovación teórica y metodológica que encabezara John Murra.

Una decena de artículos están dedicados al corregimiento de Arica. El primero en la correlación se titula "Elementos estructurales en la cerámica del estadio aldeano" (1982, en coautoría con Juan Chacama y Guillermo Focacci), y es un intento de interpretación de las cerámicas de Arica a partir de un análisis del ordenamiento y disposición de los motivos decorativos en las vasijas. En una época en que recién comenzaban a implementarse trabajos arqueológicos sistemáticos para el estudio de aspectos estructurales en los conjuntos cerámicos –Mauricio Massone fue, por esos días, uno de los pioneros al estudiar las particularidades morfológicas y decorativas de la cerámica adscrita a la cultura Aconcagua–, el artículo en comento fue una importante fuente de inspiración para otros investigadores ligados a la disciplina arqueológica –Carlos Thomas, por citar un caso–, que procuraron testear las potencialidades interpretativas de un estudio de esta naturaleza. Especialistas más recientes –Mauricio Uribe– han reevaluado las tradicionales adscripciones temporales para la cerámica Arica, llevando un paso más allá este primer aporte realizado por estos autores. Paralelo a esto, un trabajo interdisciplinar como este es una clara muestra de la versatilidad investigativa de nuestro autor.

Ligado al anterior, el artículo que se titula "Multiétnicidad en Arica, siglo XVI. Evidencias etnohistóricas y arqueológicas" (1986, en coautoría con Guillermo Focacci), es una muestra más del constante apoyo que Hidalgo busca en disciplinas afines a su especialidad. El tema central es la concepción del sector de Arica como un espacio de interdigitación multiétnico, en que se entrelazaban bajo formas armónicas de intercambio y disarmónicas de conflicto, las diversas entidades culturales comprometidas en un mismo escenario geográfico.

Siguiendo en la misma línea, el trabajo llamado "Pescadores del litoral árido de valles y quebradas del norte de Chile y su relación con agricultores, siglos XVI y XVII" (2003), representa una visión novedosa de la organización política y económica de los pescadores de los valles transversales del norte de Chile y sur del Perú que integraban el corregimiento colonial de Arica.

En los cinco capítulos siguientes se discute el asunto del origen y evolución de los cacicazgos coloniales, los procesos de etnogénesis y el impacto de la intervención

española en dichas estructuras sociopolíticas. El primero de ellos, titulado “Cacicazgos del sur occidental andino: origen y evolución colonial” (1987), se centra estrictamente en los contenidos antedichos, cuyas propuestas se complementan muy bien con los contenidos del segundo artículo, nominado “La presencia andina en los valles de Arica, siglos XVI y XVIII: casos de regeneración colonial de estructuras archipelágicas” (1999, en coautoría con Alan Durston), el cual es una constatación de las continuidades adaptativas de las sociedades indígenas para fases de poscontacto, teniendo siempre a la vista el modelo de la complementariedad ecológica que fuera indicado previamente por John Murra. En los tres siguientes, que llevan por título “Reconstitución étnica colonial en la sierra de Arica: el cacicazgo de Codpa, 1650-1780” (1998, en coautoría con Alan Durston), “El cacicazgo de Tacna: un proceso de etnogénesis colonial, siglos XVI y XVIII” (1997, en coautoría con Alan Durston, Viviana Briones y Nelson Castro) y “Los yungas de Tarata en el siglo XVIII” (1997), se vuelve a insistir en la temática general que aúna a los cinco trabajos secuenciales, centrando la mirada en la comunidad que se indica para cada caso.

En los tres capítulos cuyos títulos a continuación se indican: “Algunas notas para la historia del olivo en Arica” (1993), “Composición de tierras en el corregimiento de Arica: la visita de Diego Baños y Sotomayor en 1643” (1990, en coautoría con María Marsilli y Carlos Ruiz) y “La mita de Azapa, 1680-1752: un nuevo caso de mita local” (1989, en coautoría con Ana María Farías, Luis Guzmán y Patricia Arévalo), se analizan algunos aspectos de las relaciones de los hacendados y las comunidades andinas, con lo que el autor insiste en indagar las secuencias que derivaron del contacto interétnico a lo largo del período colonial.

Los dos últimos aportes, titulados respectivamente “La historia de los grupos étnicos: un aporte a la cultura chilena y a la autoidentificación regional” (1977) y “Etnohistoria e interdisciplinariedad en Chile desde sus orígenes hasta 1980” (inérito, redactado en 1982), constituyen reflexiones enfocadas desde el campo de la etnohistoria, siendo el primero de ellos un llamado de atención sobre la necesidad de construir historias regionales que salieran del marco urbano y de los sectores dirigentes de la sociedad –toda una innovación para una época en que se imponía la visión generalizante de la historia como análisis de procesos globales, siendo Sergio Villalobos su máximo representante–, y el segundo un ensayo en el que se divaga sobre la tardía aparición de la historia indígena en nuestro medio, después del largo hiato de silencio que separa a la década de los 70 con los lejanos aportes de José Toribio Medina, Ricardo Latcham y Tomás Guevara.

Situados poco más de treinta años después de la aparición del primero de estos artículos, sabemos que el reconocimiento con que ha sido agraciado su autor se extenderá al legado de esta obra, que sintetiza su infatigable labor de conocimiento hacia esa realidad tradicionalmente obviada en nuestra historia e identidad: lo indígena. Por ello, nos sumamos al aplauso por tan merecido galardón y participamos del juicio general que define a este libro de síntesis como una obra no solo admirable, sino también necesaria.

RENÉ MILLAR CARVACHO, *La Inquisición de Lima. Signos de su decadencia, 1726-1750*. Santiago, Ediciones Lom; DIBAM; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, 196 págs.

En este su más reciente aporte a los estudios de la Inquisición en Lima, René Millar nos presenta con lujo de detalle dos episodios, relacionados entre sí, de la historia del Santo Oficio. Gracias a su ya bien demostrada proeza en la investigación de archivo, Millar cuenta con una serie de documentos que le permiten trazar un panorama bastante completo del estado financiero, administrativo y moral de la Inquisición de Lima en la primera mitad del siglo XVIII. En la primera parte del libro, examina el proceso judicial del caso de la española Mariana de Castro, encarcelada por la Inquisición en 1726 y sentenciada a muerte por judaizante 10 años después. Este proceso es uno de los pocos disponibles de la Inquisición de Lima; los investigadores de ese tribunal se han visto obligados a trabajar más que nada con los resúmenes de casos que los inquisidores coloniales mandaban a sus superiores de la Suprema en Madrid, dando cuenta de sus actividades. Estas relaciones, como se llamaban, distan mucho de los procesos en términos de los detalles proporcionados; no incluyen ni los testimonios completos de los testigos ni las interrogaciones íntegras de los reos, elementos claves al momento de comprender las torpezas de un caso como el de Mariana de Castro.

En la segunda parte del libro, René Millar hace buen uso de otro tipo de fuente poco estudiada para América, el expediente de la visita inquisitorial de un delegado de la Suprema en Madrid, que pretendía controlar los abusos y mala gestión de los funcionarios del tribunal local. Al tomar la decisión de analizar la visita entre 1744 y 1750 al tribunal limeño junto con el proceso de Mariana de Castro, René Millar nos ayuda a entender mucho mejor las circunstancias que produjeron cada episodio. El proceso de la mujer acusada de judaizante demuestra cómo los inquisidores actuaron con gran lentitud y saltaron pasos, dando más importancia al despliegue aparatoso de su propio prestigio y poder que a cualquier consideración real por el estado del alma de la denunciada. Esta misma mezcla de pereza, vanidad y decadencia moral está confirmada en los abundantes detalles revelados por el visitador, y explica las acciones que llevaron a Mariana de Castro a su muerte.

Como observa Jean Pierre Dedieu en el prólogo del libro, “tanto o más que de inquisición, se trata del imperio” (p. 9). La suerte de Mariana de Castro fue echada por un pariente político en Maracaibo, Venezuela, cuya autodenuncia provocó el encarcelamiento primero de sus parientes en España, y luego el de Mariana, en Lima. La persecución de una red de supuestos criptojudíos en varias ciudades en dos continentes es una demostración del largo brazo del poder imperial español y de su obsesión con la amenaza judía y conversa. Cuando la denuncia de Mariana de Castro llegó a la Inquisición de Lima, esta actuó conforme a sus deberes, encarcelando a la mujer, y, durante 10 años, de cuando en cuando someténdola a interrogaciones, hasta finalmente, entregarla al brazo seglar para su muerte por garrote. El mismo poder imperial se percibe en la decisión de mandar a un hombre de confianza del Inquisidor General de España, Pedro Antonio de Arenaza para averiguar el funcionamiento del Santo Oficio de Lima, revisar sus decisiones, y

recolectar las cuantiosas remesas debidas a la Suprema. Y, en cierta medida, estas conexiones de poder transatlánticas son demostradas de nuevo cuando la gestión del visitador fracasa, en parte porque un inquisidor local procura mover desde América los hilos de sus alianzas en Madrid.

Por otra parte, los episodios que René Millar presenta en forma precisa y clara nos hacen conjeturar que la lejanía de la Suprema en Madrid hizo que la institución fuera por una parte menos activa que su contraparte española, pero por otra, y de cierta manera, más temible. En los años estudiados en este libro, la falta de supervisión directa del tribunal americano creaba un clima de pereza e inactividad. Mientras que en los tribunales de la metrópolis se procesó más de mil presuntos criptojudíos en las primeras décadas del siglo XVIII –176 de los cuales fueron quemados–, en Lima esta trágica suerte fue limitada a la atractiva española de vida accidentada, a todas luces una cristiana convencida, Mariana de Castro. Debido a que los inquisidores limeños de principios del XVIII gozaban de márgenes de libertad más amplios que sus congéneres de la península, pudieron actuar en forma arbitraria e incompetente. Por ejemplo, hicieron caso omiso de los procedimientos establecidos cuando no acogieron el arrepentimiento de último momento de Mariana, una confesión poco creíble, quizás, pero según las normas del Santo Oficio suficiente para salvarla del garrote. O sea, si la Inquisición de Lima hubiera estado en territorio español, donde reinaba la pasión por descubrir y procesar judaizantes, esta sin duda habría producido más víctimas mortales, pero Mariana de Castro probablemente no habría sido uno de ellos.

Este libro alude a la decadencia financiera, administrativa y moral de la Inquisición. A pesar de que René Millar nos advierte que la visita muestra solo un momento en la vida de la Inquisición, y un momento no precisamente positivo en su historia, uno sospecha que las condiciones que él describe para el período entre 1726 y 1750 representan un momento crítico de lo que fue una mezcla duradera de mezquindad y ambición, disipación y venalidad personal. Estas condiciones de corrupción, arbitrariedad e ineficiencia que llegaron a un extremo en las primeras décadas del siglo XVIII habrían tenido un impacto no solo en la gestión administrativa o el correcto desempeño en materias doctrinales de la Inquisición, sino habría generado repercusiones negativas en las percepciones generales que los limeños tuvieron de la institución. De hecho, frecuentemente en los episodios relatados se expresa una preocupación por la imagen y prestigio del Santo Oficio. En este sentido, a través de los casos que comenta y los documentos que describe, el autor de este libro abre interrogantes y ofrece pistas para estudios futuros sobre la manera en que los limeños interpretaron las demostraciones y representaciones del poder de la Inquisición, una institución que a menudo estaba en competencia o conflicto con las otras instancias de poder en el virreinato, y que se situaba al medio de la sociedad para intervenir desde las redes comerciales hasta los lazos de sociabilidad que unían a familiares, vecinos y conocidos.

Los que estudian la historia religiosa de la época colonial conocen bien la tendencia del Santo Oficio de Lima a levantar su cabeza tenebrosa en forma bastante arbitraria, como cuando cuestiona los conocimientos teológicos de Santa Rosa, reprehende a los predicadores de Lima la incorporación ocasional del humor

en sus homilías dominicales, y efectivamente pone fin al proceso de beatificación del indio Nicolás de Ayllón a pesar de las órdenes del Vaticano mismo. Pero los documentos que René Millar nos describe, plantean la posibilidad de avanzar en un importante tema poco explorado principalmente por falta de fuentes: la manera en que los limeños entendían las acciones de la Inquisición y a su vez reproducían las normas tocantes a la transgresión de la fe. Las sospechas, denuncias y envidias de los vecinos de Mariana de Castro ¿están estructuradas de acuerdo a un discurso de criminalidad religiosa diseminado por la Inquisición a través de su historia y hecho explícito en sus edictos y sentencias? René Millar nos dice que el visitador Arenaza averiguó por encuesta las opiniones de diversas personas sobre las recientes actividades controvertidas de la Inquisición. Sería interesante examinar sus respuestas para ver la forma en que los limeños entendían las acciones tan notorias como la sentencia a muerte de la desventurada española.

Es de esperar que René Millar siga indagando en los archivos de América y de España para descubrir los documentos que completen nuestra visión de la Inquisición de Lima en distintos momentos de su historia, permitiéndonos ver con mayor nitidez esa institución y el poder imperial que la creó. Nos permitiría también conocer mejor la sociedad en que operó, sus funcionarios con todos sus debilidades, las víctimas que sufrieron su persecución y sus sentencias, y los hombres y mujeres que convivían con un Santo Oficio cuyas acciones solían ser cambiantes, imprevisibles y abrumadoras.

CELIA L. CUSSEN
Universidad de Chile

BLENGINO, VANNI. *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes, escritores*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, 216 pp.

Ruggiero Romano, autor del prólogo de *La zanja de la Patagonia*, señala que el libro de Vanni Blengino le parece ejemplar, apasionante y apasionado. Y son aquellas impresiones las que van sirviendo de telón de fondo para introducirnos en la temática de la conquista de la Patagonia en el siglo XIX: un espacio que durante siglos ejerció una fuerte atracción en el imaginario europeo y también americano. Fue la Patagonia el lugar de la ciudad utópica, la Ciudad de los Césares. Fue también el espacio habitado por hombres de estatura gigante, los patagones. En el imaginario de los siglos XVI y XVIII, la Patagonia, era el espacio de lo maravilloso, de lo extraordinario, y lo nunca visto.

Ruggiero Romano indica que el libro de Vanni Blengino recorre aquella conquista de la Patagonia en el siglo XIX proponiendo una mirada histórica, más allá de la reconstrucción de las vicisitudes militares, políticas y culturales, con el objetivo de llevar al lector a otro terreno. Lo que le interesa mostrar de aquel fragmento de la historia es “cómo, en realidad, esto planteaba el problema de la separación

entre ‘civilización’ y ‘barbarie’ o, más exactamente, entre pueblos ya en la historia (y en una cierta historia...) y los pueblos ya condenados a entrar en aquella historia” (p. 15). Y es aquí donde reside su actualidad histórica, vale decir, en la vinculación entre conquista (del siglo XIX) y la ética de la eliminación.

En *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes, escritores*, Vanni Blengino va construyendo un mosaico cuyas piezas fundamentales son dos hombres: Adolfo Alsina y el general Julio A. Roca, ambos ministros de Guerra del Presidente Nicolás de Avellaneda, en la Argentina de los años de 1870. Por aquella época, el territorio que se extendía al sur del río Colorado, era un espacio sobre el cual la soberanía nacional era nominal. Aquel era un territorio controlado por los indígenas, y la existencia de una frontera interna comprometía la organización territorial, social y económica, que a su vez estaba relacionada con el tema de la identidad nacional. Así y cuando “Nicolás de Avellaneda asume la presidencia en 1874, tanto el gobierno como la oposición saben que la solución al problema de la frontera interna no puede ser postergada” (p. 25).

Vanni Blengino va exponiendo cómo se fue afrontando el problema de la frontera, y cómo dos proyectos se juegan en la historia de la conquista. Por una parte, el proyecto de Adolfo Alsina (1875), cuya estrategia en la guerra contra los indios era defensiva. Y por otra, la estrategia del general Roca (1877) quien sucedió a Alsina, como ministro de Guerra, cuando este murió. La estrategia que triunfó era decididamente ofensiva: la campaña del desierto.

El proyecto de Alsina “consistía en consolidar la frontera sobre el río Colorado para después, con el tiempo, avanzar gradualmente hacia el sur y alcanzar el río Negro. Su estrategia se basaba en la construcción de un larguísimo foso, la zanja, que atravesaría el país de este a oeste. Se trataba, pues, de excavar un canal de 610 kilómetros de largo desde el Atlántico hasta la cordillera” (p. 34). Con esta zanja, se pretendía crear un obstáculo a la incursión de los indios. Cuando Alsina muere, el general Roca lo sustituye, y no duda en traspasar aquella línea defensiva y avanzar ‘arrolladoramente’ sobre el territorio y sus habitantes. Para el autor, la terminología ‘campaña del desierto’ se adecua con los acontecimientos. Y es que la palabra *desierto* “no es sinónimo de aridez del suelo, de ausencia de vida humana, sino que remite a una presencia y a un poder, el del indio” (p. 82). Es decir, la conquista del desierto, remite a la conquista del indígena.

Pero al autor no le interesa discutir sobre la materialidad de las estrategias. Para él es un tema secundario si el problema de la frontera se quiso resolver mediante la construcción de una zanja, con toda la connotación de muralla visible que aquella estrategia quería generar. Tampoco le interesa dar cuenta de las vicisitudes militares que implicó la puesta en marcha de la estrategia de la avanzada ofensiva. Para Vanni Blengino “lo que está en juego es cómo se configuran las relaciones con la sociedad ‘otra’” (p. 41).

Así, sus observaciones históricas se dirigen a dar cuenta de los debates que se originaron en la sociedad de la época, y en el ámbito de los poderes políticos y de la prensa, a fin de ir reconociendo que lo que subsiste en aquella disputa es “el dominio de un territorio, de un espacio, pero cuya justificación ideológica se define en términos de la lucha entre dos dimensiones temporales: la primitiva, anclada

en el pasado, y la moderna, ya instalada en el futuro". A un lado estaba la Patagonia, con sus habitantes, que representaban la prehistoria. Al otro, estaba la contemporaneidad-modernidad. Señala el autor que "no es casual que en aquellos años el término *desaparecer*, referido a los indios y a los animales de la Pampa y de la Patagonia, circule frecuentemente en artículos, ensayos, relatos científicos y boletines militares" (p. 34).

Vanni Blengino, a lo largo de su primer capítulo, nos sitúa en este escenario histórico para finalizar con una imagen denominada por el autor como "una poética militar positivista", cuyo contenido va a articular los capítulos siguientes: "en un cuadro célebre, el pintor uruguayo Juan Manuel Blanes conmemora la expedición al desierto. En el fondo se ve el ejército –caballería y artillería–; en el centro el general Roca, rodeado por sus colaboradores militares: más allá los ingenieros y los naturalistas que lo acompañan; mientras que en el extremo derecho, a pie y en contacto con los indios, los sacerdotes salesianos" (pp. 55-56).

De esta manera, los capítulos segundo y tercero tienen como temática central la consideración de que la conquista de la Patagonia no fue solo una empresa militar, sino que también fue una empresa científica. En el segundo capítulo, el autor nos lleva a la historia de Alfred Ebélot, el ingeniero francés quien había tenido a su cargo el proyecto de la zanja de Alsina, y que había vigilado su construcción. Cuando Alsina muere, Roca requiere de su colaboración, y a través de los artículos que escribe, desde la Patagonia, a la *Revue des Deux Mondes*, va articulando la estrategia de Alsina y la de Roca. Y la mediación que Ebélot efectúa es la de "orientar [a] sus lectores en el contexto histórico, geográfico y antropológico en el que se encuadra la guerra contra el indio" (p. 71). Como señala el autor en este capítulo, el viaje de Ebélot y sus observaciones son *un viaje alrededor de la prehistoria*. Y utilizando la analogía de los binoculares, Blengino nos muestra que Ebélot al mirar lo está haciendo bajo el juego de lo cercano-lo lejano: "el indio visto de cerca es feo, sucio, a menudo torpe. Cuando se mueve con toda su gente en largas caravanas o cabalga belicoso con los guerreros de su tribu, el malón amenazante que atraviesa el desierto se vuelve protagonista de un espectáculo grandioso y fascinante" (p. 79). Y esta perspectiva de binoculares está en concordancia con la solución de la avanzada ofensiva, en sintonía con la conquista del desierto.

Los capítulos tercero y cuarto también están enfocados en la constitución de un saber científico acerca de las habitantes de la Patagonia. Un aspecto que resulta muy interesante es la reflexión que Blengino lleva a cabo, en el tercer capítulo, sobre el naturalista argentino Francisco P. Moreno, puesto que observa al indio de la Patagonia desde una posición distinta. Moreno "convive con las poblaciones indígenas, explora sus montañas y sus mesetas, las observa, las estudia, la fotografía" (p. 87). El naturalista está consciente que está observando algo que desaparecerá en forma definitiva. Desde esta perspectiva "el indígena se convierte en un objeto de estudio como antepasado del hombre contemporáneo" (p. 107).

El viaje de Moreno a la Patagonia se inscribe en el marco de un discurso científico cuya voluntad de verdad era inventariar los elementos constitutivos de la evolución humana. Como expone Blengino, el viaje de exploración, el viaje de

recopilación de informaciones, se constituye en uno de los instrumentos fundamentales del quehacer científico. El viaje es el verdadero observatorio, e incluso se da un paso más allá. La gran obra de Moreno fue la puesta en marcha de un proyecto: el Museo de Historia Natural de La Plata, y aquel sí que era “la nueva biblioteca, la biblioteca positivista por excelencia, aquella que a partir de este viaje cobra vida” (p. 104). El museo se convierte en un lugar vivo, pues allí queda registrada la cultura para la posteridad.

A lo largo del capítulo cuarto, Vanni Blengino nos traza otro viaje que también dio cuenta de las poblaciones indígenas. Aquella travesía fue la de los salesianos. Ellos sabían que aquel territorio y sus habitantes estaban sufriendo una transformación radical, que los volvería irreconocibles. Los salesianos quieren a los indígenas vivos, y “la inmensidad del territorio constituye el signo tangible de la cantidad de almas que deberán evangelizar” (p. 125). La acción salesiana no se lleva a cabo sin antes efectuar lo que el autor denomina como el tejido de una red de conocimientos: “los salesianos recogen una densa red de informaciones históricas, geográficas y lingüísticas sobre el territorio soñado por Don Bosco y no se limitan a los estudios ya existentes, sino que los enriquecen con datos e investigaciones que ellos mismos con tenacidad construyen” (p. 125).

Cuentan además con el *Boletín Salesiano*, no solo órgano difusor de la obra y acción salesiana, sino que también, órgano difusor del conocimiento científico, convirtiéndose, por ende, en el lugar necesario y obligado para dar cuenta de las investigaciones científicas relevadas. Es solo en la difusión y circulación de aquel conocimiento sobre las poblaciones y sus territorios que aquel ‘saber’ tiene el estatus de científico.

Finalmente, y en el capítulo quinto, el autor nos lleva a otra disciplina del saber, a la literatura, la que también y respecto de la Patagonia, tuvo la responsabilidad de expresar una identidad nacional. A lo largo de un análisis que alcanza hasta mediados del siglo XX y a partir de una serie de producciones literarias, el autor nos lleva a “una Patagonia trágicamente realista” que “convive con la antigua mitología de Eldorado, la mitología científica y la mitología de los colonos. Desde fines de siglo, la Patagonia adquiere los contornos de un espacio en el que las contradicciones sociales, la ferocidad contra los hombres y la represión alcanzan su punto más alto” (p. 203).

Creemos que *La zanja de la Patagonia* de Vanni Blengino ofrece innumerables respuestas, pero también innumerables preguntas. Y se convierte en una reflexión necesaria y obligatoria acerca de cómo, en el caso de la conquista del desierto, se resolvió el lugar que debía ocupar la alteridad. Pero además, nos abre a nuevos problemas y uno de ellos es profundizar respecto de la conformación del saber científico de las poblaciones indígenas y sus territorios, en la Patagonia y en el contexto tanto de los Estados nacionales, a la luz de los presupuestos del positivismo y del modernismo.

RAFAEL SAGREDO y CRISTIÁN GAZMURI (directores), *Historia de la vida privada en Chile*. Tomo I. *El Chile tradicional. De la Conquista a 1840*. Taurus-Aguilar Chilena de Ediciones, Santiago, 2005, 378 págs.

El principal aporte del primer tomo de la *Historia de la vida privada en Chile*, en breves palabras, es su “carácter precursor” en la historiografía de nuestro país. Precursor en el sentido de ser la primera obra que logra reunir un conjunto de monografías (doce en total) que pretenden dar una mirada retrospectiva sobre lo que se entiende por “lo privado”^{*}.

Evidentemente influenciada y seguidora de la obra que hace casi dos décadas publicaran Georges Duby y Philippe Ariès, que en varios volúmenes dio cuenta, atravesando toda Europa, de una historia de lo privado de más de dos mil años hasta llegar al siglo XX, la versión nacional forma parte de la recepción que en América Latina tuvo esa obra francesa, que fue particularmente fructífera. En México bajo la dirección de Pilar Gonzalbo Aizpuru, se publicaron cinco tomos de la *Historia de la vida cotidiana en México*, dedicando el primer volumen a los pueblos indígenas en la Nueva España y terminando en el siglo XX. En Brasil, su historia de la vida privada ya va en el volumen cuatro. Uruguay realizó lo propio en 1996 y en Argentina se realizaron incluso dos versiones (de igual nombre), una escrita por Ricardo Cicerchia y la otra una obra colectiva en tres tomos dirigida por Fernando Devoto y Marta Madero; agregándose a estas, historias de la vida privada en áreas regionales como Cuyo y Córdoba.

En el volumen que reseñamos, los estudios comprenden la intimidad de la familia tradicional (René Salinas), la fidelidad conyugal (Julio Retamal Ávila), el prestigio y la apariencia de la elite (Jaime Valenzuela), las mujeres (Juan Guillermo Muñoz), el lenguaje del vestido (Isabel Cruz), la vida en los claustros (René Millar y Carmen Gloria Duhart), el habla popular y la religión (Maximiliano Salinas), la correspondencia (Cristián Gazmuri), la vida de un comerciante (Eduardo Cavieres), las relaciones entre sirvientes y amos (Alejandra Araya), la vida de niños y jóvenes populares (Igor Goicovic) y el mundo mestizo fronterizo (Leonardo León).

Con respecto al concepto de vida privada en la presentación de la obra se plantea que es “aquella dimensión de la existencia en que la persona está sola o actúa en cuanto ‘particular’ frente a otros...” (pág. 6). Más específicamente se señala que “la vida privada estudia la intimidad del individuo en soledad: su higiene, sus costumbres y manías, sus formas de ocio, su actividad física, su reacción frente a la enfermedad como sentimiento íntimo, su temor o ansia de muerte, etcétera” (pág. 6). Sin embargo, prácticamente todos los autores hacen referencias a la dificultad de distinguir claramente entre lo público y lo privado, optando por presentar sus particulares acepciones acerca de lo que entienden como vida privada.

El estudio de René Salinas, “Población, habitación e intimidad en el Chile tradicional”, se inicia con el análisis de una serie de indicadores demográficos,

^{*} Con anterioridad la Fundación Mario Góngora publicó en 2000 otra obra referida a lo público y lo privado, pero ella se refiere al ámbito de la historia americana.

entre ellos, la composición etaria y por sexo de la población. Luego distingue entre los conceptos de hogar y familia, explicando que en las zonas rurales los hogares solían estar habitados por más de una familia, En su concepto, “todo hace pensar que en el Chile tradicional la familia nuclear pequeña fue predominante, tanto en los sectores populares como en los elitarios, aunque los porcentajes exactos sean difíciles de precisar” (pág. 13); agrega que el número de hijos por familia era más bien modesto, contrariamente a lo que puede suponerse para una sociedad en que la contracepción, estimativamente, no tenía cauces expeditos. La edad media al matrimonio, otro indicador de carácter demográfico, parece aumentar con el tiempo, lo que contribuiría a limitar las posibilidades de proles numerosas. Considera también el autor, el pronunciado desequilibrio por sexo, que dejó a muchas mujeres fuera del mercado matrimonial, aunque no de la fecundidad extramarital.

En materia de patrimonios y sentimientos, Salinas reitera el planteamiento sostenido por él en otros trabajos y por otros historiadores como Eduardo Cavieres, en cuanto a que el matrimonio era “en primer lugar, un asunto de interés, y solo secundariamente un asunto sentimental” (pág. 22).

Luego, en el acápite “Distribución y uso de los espacios domésticos en las casas señoriales”, el autor nos adentra en las características de la construcción y disposición de lugares en las viviendas patricias y en la precariedad de la vivienda popular. Asimismo nos informa sobre la alimentación, contrastando la cantidad, calidad y variedad del consumo alimentario entre ricos y pobres. Reconociendo el impedimento de establecer en una sociedad tradicional límites precisos entre vida pública y privada, Salinas destaca el papel de la mujer en aspectos tales como la economía familiar. Finaliza el estudio abordando la situación de niños y ancianos.

En síntesis, a partir de datos demográficos relativos a la población y a la familia, el autor logra aproximarse al ámbito de la vida privada en Chile tradicional.

Sin duda, dentro de la vida matrimonial y familiar, la fidelidad conyugal constituye un valor prioritario. Julio Retamal Ávila, se ocupa de esta temática en su colaboración titulada “Fidelidad conyugal en el Chile colonial”, entendiendo por tal la “irrestricada lealtad sexual de una mujer hacia un hombre” (pág. 49). Es decir, solo a la mujer se le exige la observancia irrestricada de ese valor; no es que se aceptara sin más el adulterio masculino, era también una conducta reprochable, pero el oprobio y el rechazo social recaía solo en la mujer. Sobre esta transgresión en el plano privado, se hizo sentir el peso condenatorio de la autoridad pública, civil y eclesiástica, llegándose a estimular y hasta a premiar la delación como práctica sana y deseable. No obstante, “la irrupción de gente nueva aportada por la migración de sujetos vinculados al naciente ejército real, la mengua de los controles sociales, las largas ausencias de los maridos de las casas de campo o de la ciudad, la vida solitaria de muchos campesinos hombres y mujeres, ayudaban al relajamiento de las relaciones íntimas de aquellos matrimonios que se formaban por mera conveniencia, que eran los más, y posibilitaban encuentros extraconyugales nacidos del afecto, la soledad y el abandono” (pág. 58). Todo ello y otras prácticas como el abuso de los patrones sobre las mujeres del campo, hacía que más que tratarse de un problema de infidelidad, era un asunto de desenfreno sexual, que se dio no solo a través del mestizaje, sino en el

seno de la propia sociedad hispano-criolla, envolviendo incluso a autoridades, como fue el caso del gobernador Francisco de Meneses.

De acuerdo a las conclusiones del autor, del desenfreno y libertinaje se pasó “a un mayor recato en las relaciones íntimas de las personas” (pág. 67). En ello influyó la incesante prédica de la Iglesia, a favor de las relaciones monógamas y de la indisolubilidad del matrimonio como modelo de la familia cristiana.

La colaboración de Jaime Valenzuela se titula “Afán de prestigio y movilidad social: los espejos de la apariencia”. La movilidad social o la aspiración de ascender socialmente, está presente desde el inicio de la Conquista. Concordando con los estudios dedicados al origen social de los conquistadores, el autor afirma que la mayor parte de los conquistadores pertenecía a los sectores populares de la sociedad española; pero atraídos por las riquezas fabulosas, reales o imaginarias, pensaban cambiar su triste condición y transformarse en señores. Es lo que se ha llamado la mentalidad señorial, adquirir la apariencia de señores. Andando los siglos coloniales, será la gran propiedad, la hacienda, la base de sustentación económica y social de la elite, reforzando y perpetuando el “espíritu señorial” de los primeros tiempos. Sin embargo, el espacio exclusivo de la elite terrateniente se vio amenazado por “hombres nuevos” que iniciaron su camino a la riqueza a través de las gestiones mercantiles. Pero no predominó en la relación entre ambos sectores el conflicto, salvo inicialmente en la ocupación de cargos públicos; por el contrario, se necesitaron mutuamente, los nuevos arribistas como los denomina Valenzuela, procuraron vincularse a las familias principales para insertarse en la cúspide social, mientras que los antiguos tuvieron la oportunidad de incorporarse a las redes mercantiles. Expediente expedito para esta alianza fueron las uniones matrimoniales. El autor cita algunos casos emblemáticos de ascenso social. Lo que caracterizaba y distinguía a la elite así conformada, era el modo de vida que implicaba una apariencia y un comportamiento, usar vestimentas lujosas, poseer una casa en un lugar destacado de la ciudad.

En este proceso de movilidad y recomposición social resulta difícil discernir entre lo público y lo privado. En palabras de Valenzuela, “estamos en presencia, por lo tanto, de una conjunción permanente y profunda entre los anhelos y la *vida privada* de las personas, por un lado, y lo que era su *vida pública*, por otro, sin que podamos disociar los comportamientos de cada uno de estos universos como prácticas y sentimientos diferentes...” (pág. 79).

De las mujeres se ocupa Juan Guillermo Muñoz en su artículo “Mujeres y vida privada en el Chile colonial”. Explica que no es posible referirse a ellas en singular, puesto que presentan una gran heterogeneidad a partir de los tres troncos étnicos que concurrieron a la formación de la sociedad indiana: el autóctono o indígena, el español o blanco y el de origen africano, cuya mixtura ocasionará los variados tipos de mestizaje. “Claramente –dice –, su pertenencia a un sector étnico-social determinado es una de las constataciones más íntimas de la mujer y en gran medida condiciona su vida privada” (pág. 95). Con su reconocido dominio del método prosopográfico, Muñoz presenta casos paradigmáticos de mujeres españolas llegadas durante la Conquista, de mestizas venidas desde el Perú, de moriscas y mujeres de color. Hace referencia a la infidelidad, al amancebamiento y al adulte-

rio; sin embargo, apartándose un tanto del desenfreno aludido por Retamal, destaca que “lo normal es que las relaciones sexuales sean realizadas dentro del matrimonio o rematen en él, ejerciendo la mujer de esta manera su rol de esposa y el consecuente de madre” (pág. 106). Incluye en su análisis a la prostitución y, en el opuesto, a las mujeres que ingresaban a los claustros. En los matrimonios se ocupa de los bienes dotales y de otros bienes aportados a la sociedad conyugal. Hay también una breve referencia a un asunto más íntimo, el de la consumación o no del matrimonio. Analiza la participación económica femenina, subrayando que una de las gestiones más importantes que desempeñaron las mujeres se verificó en el mercado crediticio.

En fin, el artículo de este autor proporciona una gran cantidad de informaciones, echándose de menos una síntesis conclusiva que permitiera asimilar en mejor forma los datos. Su finalización resulta abrupta.

Interesante, atractivo y sugerente es el tema escogido por Isabel Cruz, “Seducciones de lo íntimo, persuasiones de lo público. El lenguaje del vestido en Chile (1650-1820)”. Se advierte cómo algo tan cotidiano como lo es el vestir, deviene en simbólico y trascendente. La autora afirma que la relación entre cuerpo y vestido ha sido regida en la historia por dos tradiciones, la del desnudamiento griego y la del recubrimiento judeo-cristiano. La sociedad colonial naturalmente se rigió por esta última. Sobre todo durante el Barroco se acentuó el recubrimiento del cuerpo, presentándose situaciones tragicómicas por la voluminosidad de las vestimentas de las damas de la elite, “las mujeres literalmente no cabían por la puerta de las iglesias...” (pág. 131). Pero no se trataba solo de cubrir recargadamente el cuerpo, se buscaba la ostentación del prestigio, a cuyo efecto se recurría a los accesorios expresados en las más variadas joyas. La autora contrasta la pesadez y pomposidad de la ropa patricia, con la sencilla indumentaria de los sectores populares que dejaba traslucir el cuerpo.

La ropa blanca (llamada ropa interior posiblemente solo desde el siglo XIX), simbolizaba la pureza, implicando no solo la limpieza física sino también moral. En la limpieza se prescindió del agua, salvo para la cara y las manos, prevaleciendo la ética de la época por sobre la higiene. La misma ética impulsaba la intervención de la autoridad eclesiástica en el vestuario, prohibiendo, por ejemplo, el uso de escotes. Tal prohibición debió haber sido en respuesta a la difusión de los escotes desde principios del XVIII. A fines de ese siglo el traje se fue apartando del modelo europeo, adquiriendo una identidad local; así el poncho, en la vestimenta masculina, fue reemplazando a la capa española. La influencia europea, específicamente de la Revolución Francesa, resurgió en las dos primeras décadas del XIX; se tiende a la desocultación del cuerpo, haciéndose presente, ahora, la tradición de origen griego. Asimismo la limpieza del cuerpo se hizo más frecuente.

René Millar y Carmen Gloria Duhart presentan “La vida en los claustros. Monjas y frailes, disciplinas y devociones”. Los autores plantean la interrogante acerca de si la descripción de lo que ocurre en los conventos corresponde al ámbito público o al privado. Nuevamente surge pues esta dificultad de discernimiento. Sin embargo, distinguiendo entre la vida al interior de los conventos y lo que sucedía muros afuera, rescatan la pertinencia conventual al ámbito privado.

El trabajo está dividido en dos partes, correspondiendo la primera a los conventos de religiosas. Describen los edificios. El financiamiento, a través de las donaciones de particulares, las públicas y las dotes que se pagaban al ingresar a la vida claustral. Las elecciones de las superiores por las comunidades religiosas. La distinción de categorías: las de velo negro o monjas de coro, que pertenecían a la elite social, y las de velo blanco o de servicio. Se hace un relato minucioso de las actividades diarias. Asimismo de la disciplina interna, en la que la obediencia era una observancia principal, como también las *disciplinas* o *mortificaciones* para someter al cuerpo. No obstante, había espacio para el quebrantamiento de la clausura; escenario de ello eran los locutorios en los que se establecían “ambiguas relaciones de amistad entre monjas y seglares, que en el fondo eran una forma de galanteo y que se conocían con el nombre de *devociones*” (pág. 138). Esta práctica llegó a ser motivo de escándalo.

La segunda parte, dedicada a los conventos masculinos es más breve y el relato resulta menos vívido que el de la parte anterior. Comprende prácticamente los mismos acápites de los conventos femeninos, entre ellos, los edificios, destacándose por su antigüedad el convento de San Francisco, única obra arquitectónica del siglo XVI que se conserva en Santiago; el financiamiento; la distribución del tiempo diario y la disciplina.

Maximiliano Salinas desde hace ya varios años, con obras tales como *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile*, 1991, o *En el cielo están trillando: para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamérica*, 2000, ha venido desarrollando una historiografía que se escapa de los cánones habituales desde los que se ha observado al mundo popular. Alejándose de una visión clásica que ha visto lo popular desde su accionar político, de sus formas de sociabilidad, o desde el quebrantamiento de la ley, Salinas ve en lo popular el ámbito preciso en donde se puede observar la más interesante forma de construcción de una identidad no dirigida desde las elites, ni siquiera en contraposición con sus directrices, sino más bien, con una serie de elementos que la hacen formar una cultura propia. En el texto que aporta al volumen que reseñamos, “Las hablas populares sobre la religión en Chile (1541-1840)”, nuevamente enfoca la temática religiosa, pero una “religiosidad doméstica que transitaba de boca en boca por las familias y las amistades, por la coloquialidad del habla popular, a través de las creencias y las convicciones personales y privadas” (pág. 200). Salinas no pretende dar cuenta de una religiosidad impuesta, sino de una popular que se fue construyendo “contando con los más diversos horizontes culturales que estaban perfectamente disponibles en el Chile tradicional” (pág. 201).

Estos elementos serían la comprensión de una religiosidad morisca y la recepción de algunos de sus rasgos característicos, entre ellos, el de la religión al servicio de la experiencia del amor, la unión entre lo sagrado y lo profano, las fiestas religiosas que los cristianos celebraban “a lo moro”, la burla a los clérigos. Elementos que Salinas presenta a través de coplas, refranes y cantares populares, o sea, centrados en la cultura oral. Observa el habla religiosa de los pueblos indígenas, esencialmente festiva, y en enfrentamiento con el “habla patriarcal del Estado cristianizante” (pág. 211). Considera las hablas religiosas

españolas y africanas condenadas por la Inquisición, recordando en el primer caso a soldados, silleros o plateros que blasfemaban, reflejando una visión morisca sobre Jesús. En cuanto a la influencia africana, su habla religiosa estuvo presente “ante todo como una protesta frente a la sociedad esclavista que se estaba construyendo en el país” (pág. 219).

El autor demuestra que las fiestas religiosas populares mezclaban los elementos antes aludidos, configurando desde la cultura oral un habla propia, en que se fundían las tradiciones musulmanas, indígenas y españolas.

Sin duda que como fuente para el estudio de la vida privada, la correspondencia constituye una veta riquísima como enfatiza Cristián Gazmuri en “Angustia y correspondencia”, señalando como limitación que ello se circunscribe, obviamente, para aquellos que sabían leer y escribir, lo que “reduce el horizonte cuantitativo y social del estudio” (pág. 357). Se ocupa de las cartas de Carmen Arriagada al pintor alemán Mauricio Rugendas, enmarcadas en la cultura romántica de la época, pero también en la lucha contra la soledad y la angustia. El autor intercala acertadamente citas que vivifican el relato. A modo de ejemplo: “Desde que pude pensar busqué siempre un corazón que supiese responder al mío; la necesidad de amar a un objeto digno y ser amada de él me atormentaba desde luego, y buscando qué de errores no he cometido, qué de engaños no he sufrido” (pág. 359). Se adentra en la personalidad de la remitente y desvela una maternidad frustrada, su relativa estrechez económica, la dependencia del correo para seguir viviendo, su tibia fe religiosa, la depresión, la hipocondría, la neurosis y hasta su locura.

Como complemento se refiere a las cartas de amor de Gabriela Mistral, justificando este inserto en que si bien el volumen abarca hasta 1840, la importancia de la correspondencia en la vida privada se extendió hasta mediados del siglo XX. Las cartas de la Mistral muestran también angustia, soledad y necesidad de amor.

Por último, el autor termina lamentando que la correspondencia íntima se haya desvanecido, condenada por el teléfono, fax, email, satélites, pantallas, cablería y fibra óptica.

En la historiografía económica chilena una de las ramas que ha cobrado mayor impulso es la historia empresarial. Más allá de las gestiones mercantiles y de la acumulación, que no están ausentes, Eduardo Cavieres (“Del comercio y de un comerciante del siglo XVIII. Los finos límites entre la privacidad y la sociabilidad”) procura analizar aspectos de la vida privada de un mercader. El personaje elegido es el español Lucas Fernández de Leiba, llegado a Chile a mediados del XVIII y que realizó su proceso de acumulación a través del comercio de importación del azúcar y de ropas de la tierra, ambos procedentes del Perú. Durante su vida contrajo tres matrimonios; el primero con una joven de condición más bien modesta, el segundo con una dama de mejor condición social, y de la tercera esposa, cuyo matrimonio fue de muy corta duración, no se proporcionan antecedentes. El autor repara en la parquedad de las referencias de don Lucas a las esposas fallecidas, lo cual podría obedecer a la falta o escasez de expresiones afectivas en aquella época, o bien a que esos sentimientos podía haberlos reservado para el silencio de las oraciones. El plano secundario al que quedaban relegadas las mujeres, se denota, por ejemplo, en la preferencia por nombrar

como guardadores de fortunas a parientes, amigos o señores influyentes, antes que a las propias esposas.

Penetramos en la casa habitación del comerciante. Como era usual en los mercaderes, las salas de venta estaban incluidas en la misma casa y los cuartos destinados a habitación se encontraban repletos de mercaderías, confundiendo lo privado con lo público, problema en que insiste el autor. En el concepto de Cavieres los anhelos de sobriedad y austeridad del comerciante correspondían a “los cánones de la moralidad católica y de la ética hidalga” (pág. 346); bien pueden corresponder también al modelo del burgués moderado que describe Weber al reproducir una carta de Benjamín Franklin.

En suma, el trabajo de Cavieres estimula a investigar las historias de vida de comerciantes o de otros actores sociales, por difícil que sea ubicar los finos límites entre la privacidad y la vida pública.

Alejandra Araya en su artículo titulado “Sirvientes contra amos: Las heridas en lo íntimo propio”, plasma una vez más la originalidad de su obra historiográfica que ya conocimos en *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial*, 1999, y que ha ratificado en diversos artículos, por ejemplo en “Cuerpos aprisionados y gestos cautivos: el problema de la identidad femenina en una sociedad tradicional (Chile 1700-1850)”, 1999. El estudio que presenta en el volumen que reseñamos, que formó parte de su tesis de maestría, nos conduce al entramado de una sociedad tradicional (siguiendo la definición de Magnus Mörner), en donde las relaciones sociales son muy personales y paternalistas y están destinadas a mantener el equilibrio del “orden natural de las cosas”, que conlleva la existencia de superiores e inferiores, y en donde este equilibrio se reconstruye diariamente a través de prácticas, símbolos y ritos.

El mantenimiento del orden natural contemplaba también la protección que debían dispensar los superiores a los inferiores, que se patentizaba en la obligación de cuidado por una parte y de fidelidad por la otra, cuando se entraba a servir en alguna casa, cuando se depositaban o empeñaban los niños para que los “padrinos amos” los alimentaran y educaran en la fe católica o cuando se recluía a las mujeres en las “Casas de Recogidas” hasta que se reeducasen. “Lo público era cuestión de lo privado y lo privado era cuestión pública”, señala la autora.

Este tipo de relaciones sociales (derechos y obligaciones entre poderosos y subordinados) a pesar de estar muy arraigadas, no significaba que tuvieran una aceptación pasiva cuando una de las partes no cumplía con las obligaciones que su ubicación social exigía, generándose conflictos que llegaban a ventilarse en la justicia ordinaria. Entrado el siglo XIX las relaciones de subordinación no disminuyeron, permanecieron vigentes. En el caso específico de la esclavitud, la autora apunta que “es hora de dejar de ignorar la presencia de esclavos y sus descendientes en nuestra sociedad hasta bien entrado el siglo XIX, como puede verse en los numerosos casos que se encuentran en fondos como el de la Real Audiencia, de la Capitanía General de Chile o judiciales locales...” (pág. 171).

Los vínculos de dependencia que se establecían entre superiores e inferiores chocaban con el espíritu “republicano” que se trataba de imponer a través de la legislación, pero que contradecía el diario accionar de la población, que aún creía

que “quien sirve no es libre”. Debe actuar como tal, debe ser sumiso, fiel y agradecido, no levantar la voz ni la mirada. Pero también se acogían las quejas de los subordinados, cuando no se cumplían promesas o se sobrepassaba el maltrato físico.

En síntesis, el supuesto equilibrio de una sociedad tradicional, que se prolonga hasta buena parte del XIX, se basaba en lazos de dependencia, donde el sistema de poder tradicional se ejercía directamente en y sobre los cuerpos de los subordinados.

Igor Goicovic en el texto “Sociabilidad de niños y jóvenes populares en el Chile tradicional”, nos introduce en una de las temáticas que la nueva historiografía, principalmente francesa, ha venido desarrollando desde el inicial trabajo de Philippe Ariès *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, 1960. En el plano nacional esta vertiente fue recepcionada por Rolando Mellafe, René Salinas y Eduardo Cavieres, y en el caso de Goicovic creemos ver en su obra una continuación de esta corriente, en la publicación de numerosas monografías (algunas de ellas en coautoría con Salinas). Destacamos de la colaboración de este autor, el distanciamiento de las temáticas que comúnmente trabaja la historiografía nacional, centradas en el protagonismo social y político que tiene el mundo adulto (varón de preferencia y perteneciente a la elite dominante). Además la capacidad de insertar en el texto las concepciones teóricas que fundamentan su propuesta historiográfica (por ejemplo, Hugh Cunningham y Agnes Heller) sin por ello alejarse del relato; asimismo la actualización sobre los trabajos realizados en otros países respecto a la temática que aborda.

El estudio en sí nos permite conocer las características de las familias populares en cuanto a la ocupación del espacio, algunos aspectos demográficos, y desde ahí el papel que jugaban niños y jóvenes populares, como actores vinculados a un proceso de reproducción social y de subsistencia. Pero antes de esto, se encontraban expuestos a los altísimos niveles de mortalidad infantil, al infanticidio, al abandono o a la entrega a otras familias para su crianza y mantenimiento.

El hogar les servía a niñas y niños para iniciar el proceso de integración social “a través de los aprendizajes sociales diferenciados según la condición de sexo” (pág. 247). Mientras las niñas ayudaban a hacer las compras, llevar y traer recados y cuidar a los menores, los niños, en tanto, se vinculaban al cuidado de las aves de corral, al pastoreo del ganado y luego al trabajo directo con la tierra. Un punto importante en este artículo son los afectos hacia los niños, que los puede determinar en los legados testamentarios; así, en 1762 “la labradora Eugenia Valencia dejaba a su hija natural Estefanía Veas, el sitio donde ambas vivían y el equipamiento de la casa en reconocimiento de los ‘servicios personales’ que esta le había brindado desde pequeña” (pág. 251). La iniciación en el amor de pareja y en las relaciones sexuales que comenzaban tempranamente, las recaba el autor en cartas contenidas en los expedientes judiciales. “No desmayo de tu amor –se lee en una de ellas–, pues te quiero mucho más que al vivir... luego lograrás de las delicias de un marido que ha sufrido lo que tú no ignoras por amor...” (pág. 253). Por último, se refiere al quiebre con la familia y al inicio del proceso de adultez, que según el autor llegaba para los jóvenes populares alrededor de los 15 años, cuando el vagabundeo y la itinerancia laboral se hacían condiciones propicias para la violencia, la riña y la revuelta.

Finalmente nos referimos a “Entre la alegría y la tragedia. Los intersticios del mundo mestizo en la frontera” de Leonardo León, quien plantea que la intervención estatal y eclesiástica, lo público, fue mucho menor en la plebe fronteriza que en el populacho urbano. El autor es enfático en afirmar que la verdadera frontera no era el Biobío, sino “el mundo bárbaro, mestizo y turbulento, que se situaba entre esos dos órdenes sociales y que, por sus escándalos, llamó la atención de los observadores más perspicaces de la época” (pág. 272). Fue en ese turbulento mundo mestizo donde surgió una nueva opción de vida, apartada de las disposiciones reglamentarias de las autoridades. En esa opción las fiestas, con sus ingredientes de alcohol, comida, juegos y mujeres, cumplían un rol fundamental. Solían terminar en trágicas agresiones que ocasionaban muertes, utilizándose para ello utensilios del entorno doméstico, como los cuchillos, mientras que pocos eran los que morían por las armas públicas que proporcionaba el Estado. En esa violenta cotidianidad el ámbito doméstico cobraba mayor presencia y efectividad que la acción de las autoridades.

El amancebamiento era también una forma de rompimiento de las ataduras que la moral institucionalizada trataba de imponer. En vano se dictaban disposiciones contra el amancebamiento, los juegos de chueca y las ramadas. Seguía predominando el desenfreno sensual de ese mundo anómalo. La respuesta de la autoridad fue el aumento de la represión que buscaba ser ejemplificadora, exponiéndose los cadáveres de los ahorcados (“y mando que ninguna persona sea osada de quitar o descolgar el cadáver de la horca sin mi orden”) (pág. 297) y exhibiendo sus miembros. Era la voluntad pública que buscaba disciplinar a un sector poblacional que se resistía a las normas. Por su parte, el peonaje mestizo fronterizo replicaba con la solidaridad mutua.

El estudio de León constituye un adecuado aporte referente al conflicto entre el ámbito privado y el público.

En definitiva, el texto que acabamos de reseñar es una contribución valiosa al desarrollo de la historiografía nacional, que esperamos abra nuevas perspectivas de análisis e invite al debate acerca de los diversos modos de concebir el ejercicio historiográfico. Al momento de finalizar estas líneas ya ha aparecido el tomo II de la *Historia de la vida privada*; de manera que el campo abierto sigue ensanchando su senda.

LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA
CARLOS VIVALLOS ESPINOZA
Universidad de Concepción, Chile

OTTMAR ETTE, *Zwischen Welten Schreiben. Literatur ohne festen Wohnsitz*, Kulturverlag Kadmos, Berlín, 2005. (Escritura entre mundos. Literatura sin domicilio fijo).

¿Cómo asir una literatura en movimiento? ¿Cómo representar lo que se escapa a aquellas formas tradicionales de delimitación, sean estas espaciales o temporales, a partir de las cuales hasta ahora se estudiaba un texto? Lo que el catedrático de

Lenguas Románicas Ottmar Ette aborda, en su más reciente libro, trata del problema de un tipo de escritura que no se deja interpretar atendiendo a nociones espaciales. La relación conflictiva entre el texto y el espacio donde este es producido se yergue como el elemento central del libro aquí reseñado. Si bien podría resultar ajena tal discusión teórica fuera de los límites de los estudios literarios es indudable que lo anterior solo se aleja en la medida en que se privilegia un *hacer* disciplinario desprovisto de toda reflexión respecto de sus propios límites epistemológicos. En este sentido el libro de Ottmar Ette hace reflexionar a todas aquellas prácticas disciplinarias que, de una u otra forma, deben tratar con textos escritos. ¿Es posible que las humanidades (*Geisteswissenschaft*), como la historia, ubiquen en el centro de sus preocupaciones la emergencia de un saber *deslocalizado* que incluso hasta llega a poner en duda aquellos elementos que tradicionalmente se han utilizado a fin de darle un marco explicativo a los textos que se examinan, tales como la idea de nación, literatura universal o incluso de literatura de viajes o de migraciones?

Este texto corresponde a la segunda entrega de una trilogía que, junto a su anterior libro titulado *ÜberLebenswissen* (Saber sobre el vivir/ saber sobrevivir) del año 2004, buscan desentrañar las múltiples relaciones que texto, vida y lugar tienden a establecer. Dicha preocupación, que de alguna forma había sido ya abordada por él en su *Literatur im Bewegung* (Literatura en movimiento) de 2001, localiza la preocupación respecto de la escritura más allá de una interpretación filológica, sociohistórica o discursiva. Este interés por tratar aquellos elementos que normalmente son considerados marginales o circunstanciales en tales interpretaciones (como el placer por la escritura o la influencia del espacio físico y corporal donde el texto es producido) ha sido puesto por Ottmar Ette como factor analítico de primer orden, ya sea en sus trabajos referidos a una reinterpretación de la obra de Alexander von Humboldt, tales como *Weltbewußtsein. Alexander von Humboldt und das Projekt einer anderen Moderne* (Conciencia universal. Alexander von Humboldt y el proyecto de una Modernidad incompleta) de 2002, o en relación a los relatos de viajes en sí mismos como *Literatura de viaje de Humboldt a Baudrillard* de 2001. Lo anterior le permite ir más allá de las fijaciones biográficas o contextuales, a menudo construidas como una suerte de canon, que inevitablemente fijan el tránsito de una escritura así como reducen su complejidad a una simple mecánica de causas y efectos.

A partir de nueve capítulos contruidos como figuras en permanente movimiento (con títulos tales como *Tránsito, oscilaciones o traslaciones*) se abordan desde diferentes entradas un tipo de escritura sin un sitio claramente identificable: la literatura del *Shoa* o del Exterminio como escritura sin patria (*Heimatlosigkeit*); la literatura de viajes como una simulación textual de un lugar sin domicilio fijo; las traducciones literarias como escritura-entre-mundos; la literatura árabe-americana como cruce entre guerras de cultura. En estas y otras formas de escritura no se trata de una literatura sin fronteras pero tampoco de un espacio que otorgue una localización cultural definida. Aquí Ette no busca fijar nuevas cartografías literarias puesto que lo que se intenta destacar es más bien una forma de escritura en movimiento de idas y vueltas: transcultural, translingüística, transreal. A partir de lo anterior se dinamiza el con-

cepto estático de la literatura, poniendo en entre dicho la vocación homogeneizante que esconde la llamada “literatura universal”. No hay contornos, sino más bien corrientes, traslados, desplazamientos tanto físicos como imaginativos.

Ottmar Ette privilegia el estudio de un saber emergiendo desde unos espacios intersticiales que median entre las partes (*Zwischenräume*) y entre los mundos (*Zwischenwelten*) como un desplazamiento de lo entre-medio (*Dazwischen*). No es posible determinar el lugar (sea nación, cultura o espacio físico) donde se produce el saber literario. ¿Es la literatura de América realmente americana? ¿Es Europa un punto de referencia –lo universal, el modelo– y el resto del mundo solo variantes regionales? ¿Se puede pensar Europa desvinculada de influencias extra-europeas?

Ottmar Ette llama la atención respecto de una literatura sin domicilio fijo; un saber de lo entre-medio: entre Europa y América; entre pasado y presente; entre experiencia e imaginación.

CARLOS SANHUEZA

Pontificia Universidad Católica de Chile

MARCUS KLEIN, *Im langen Schatten des Nationalsozialismus. Faschichistische Bewegungen in Chile zwischen der Weltwirtschaftskrise und dem Ende des Zweiten Weltkrieges*, Frankfurt am Main, 2004; 236 pp.

En el siglo XX, dentro de América Latina, Chile fue el campo de batalla ideológico por excelencia. Han estado presentes todas las grandes posturas de nuestra era. Si bien el marxismo, y comunismo, ha sido el ejemplo más claro y de mayores consecuencias para entender “el siglo XX chileno”, el nacionalismo ha sido otro de sus rasgos, aunque su contenido y perfil hayan sido considerablemente menores que en la región. En realidad, en Chile no solo se ha dado prácticamente casi todo lenguaje político típico del siglo XX, lo que se puede decir que en germen está en la mayoría de la sociedades de gran parte del planeta; en el país austral se dieron estos rasgos de manera más acusada, en una experiencia histórica de gran simultaneidad con la historia ideológica del siglo.

De esta manera en “la época del fascismo” también hubo una persuasión política de ese tipo en Chile. Eso hace tan patente que en la década de 1930 el arco político chileno reflejaba estrechamente lo que había sido la Alemania de Weimar o, sobre todo, la Francia de esa década. Claro que inconfundible país latinoamericano, se suponía que el Frente Popular, vencedor de la jornada del 25 de octubre de 1938, divisora de aguas en la historia política, se había organizado en el país y en el mundo para “detener al fascismo”; en el fin del mundo llegó al poder gracias al decisivo apoyo de un movimiento que con gran justicia se puede llamar “fascista”. Ciertamente operó una cadena del azar, y un hecho violento, pero ¿cuándo no ha sido el azar *también* un constituyente de la existencia histórica?

No es de extrañar entonces que la historia del Movimiento Nacional Socialista de Chile (MNS) y de su “Jefe”, Jorge González von Marées, hayan provocado un

fuerte interés historiográfico, a pesar de lo relativamente marginal de esta agrupación política. Hubo una serie de trabajos de época, incluyendo testimonios. Hubo un punto de inflexión, con la tesis doctoral de Michael Potashnik, de 1974 en la UCLA, que hasta ahora era como la obra de referencia para lo que se podría llamar una “historia positiva”. Desde aproximadamente esos años, hasta ahora, ha habido mucha literatura dispersa. Marcus Klein cita todo. Solo cabría agregar una tesis de licenciatura dirigida por mí, de Magdalena Moller, “El Movimiento Nacional Socialista Chileno (1932-1938)” (PUC, 2000). La obra de Klein, que debería ser traducida al español, constituye otro hito en crear esa obra definitiva, que en realidad la historiografía es incapaz de crear. Pero el autor ha creado, en un libro que tiene la virtud envidiable de ser corto y preciso, lo que más se aproxima a ese texto definitivo, *standwerk*, para usar un término alemán que querría decir algo así como el texto de referencia indispensable.

La novedad de la obra de Klein no estriba solo en haber incorporado exhaustivamente la literatura aparecida en los últimos treinta años, sino que coloca al desarrollo del caso chileno en la perspectiva del desarrollo ideológico general del siglo XX, como proyección del nazismo alemán. Se debe recordar que la gente del MNS era puntillosa en describirse como “nacis”, con “c”, y no como “nazis”, con “z”, para diferenciarse del fenómeno político alemán. Ciertamente, en esto se encuentra un gran aporte del libro, aunque también nos plantea algunas preguntas. Sigue el desarrollo de movimientos de tipo fascista después del inicio de la decadencia del MNS, como también desde 1945 hasta el presente, aunque sea un pequeño hilillo de gotas, el grueso de esta parte está concentrado en todo caso en los años 1940-1945. El uso de fuente reúne lo previsible con lo novedoso. Desde luego, emplea muy nutridamente la prensa y la gran cantidad de folletos que se imprimían en ese entonces. No era raro que sobresalga el diario *El Trabajo*, pero también toda la prensa que informaba sobre la realidad política como de las actividades del “nacismo”, o fascismo criollo, como preferiríamos llamarlo. Asimismo la vasta prensa que en esos años era columna vertebral de la comunicación social, aparece claramente investigada.

Aunque no es el primero en introducir los archivos diplomáticos, lo hace de manera más cabal con los archivos alemanes e ingleses. No los utiliza para analizar las relaciones entre Chile y Alemania o Inglaterra, sino por la información sobre política interna que contienen. Ha existido la tentación de ver todo lo que pasa en Chile como proyección consciente ordenada desde Berlín, o “tentación chilena” con políticas pro nazis”. Marcus Klein en cambio analiza la dinámica política interna en la que se insertó el MNS, y otras persuasiones parecidas, entre nacionalistas y fascistas. Siguiendo con su foco en el proceso político, muestra un empleo exhaustivo de los archivos chilenos en lo que concierne al Ministerio del Interior y organismos con él relacionados. Como ya señalé, hace una revisión completa de las publicaciones de las últimas décadas, incluyendo a todos los chilenos que han trabajado el tema.

Aparte de la nueva literatura, lo novedoso del autor radica en cómo relaciona los cambios de orientación y estrategia del MNS, con las probabilidades de ganar un grueso del electorado y de establecer alianzas políticas que le permitieran ejercer una influencia central en la política chilena. También, insiste mucho en la

orientación hacia el nazismo, y ve en las críticas que ocasionalmente Jorge González o el diario *El Trabajo* dirigieron al Tercer Reich como giros puramente tácticos, insistiendo desde un comienzo que el MNS no era una pura y simple “quinta columna” de Alemania, sino que era una organización autónoma (p. 14). Tal como han efectuado otros autores, separa claramente al MNS del movimiento nazi chileno, organizado desde Alemania, y que tenía como eje y meta la movilización de la colonia alemana en Chile, tal como lo demostrara la tesis doctoral de Christel Converse, de 1990, citada por el autor. Existieron diversas fases en el desarrollo de este movimiento. Se podrían dar aproximadamente tres momentos. El primero de ellos, entre su fundación en 1932 hasta 1935, donde aparece como un desprendimiento del extremismo de derecha (en la medida en que se pueda considerar como tal a la Milicia Republicana), en donde Marcus Kevin encuentra tanto su autoconciencia de ser primeramente anticomunista, o antimarxista más bien; y donde se muestra con más perfil que su paradigma sería el nazismo, alemán por cierto, incluyendo algunos elementos antisemitas, en general más o menos ausentes en la sociedad chilena.

Un segundo momento se encuentra cuando se va alejando de la derecha y, en su ilusión de transformarse en un movimiento de masas, se pueda constituir en alternativa a esta y, sobre todo, a la candidatura de Gustavo Ross. La violencia desatada por los nazis –hay que añadir, no solo por ellos, pero eran los más destacados en ellos– llevó a la confrontación con la administración de Arturo Alessandri, la que originó el proceso que condujo a la matanza del Seguro Obrero el 5 de septiembre de 1938. Es en este período en donde se clasifican de “izquierda” y, añado, esgrimieron la tesis de la “unidad popular” de las fuerzas de izquierda, para apoyar a su candidato, Carlos Ibáñez del Campo, repito, es en estos años donde se encuentran las expresiones críticas a la Alemania nazi y del racismo, especialmente ante la encíclica papal “Con ardiente pena”, de 1937, que condenaba al nazismo como paganismo.

Viene una tercera etapa, desde la matanza del Seguro Obrero –intento de golpe de Estado también– que se confunde con un proceso de paulatina decadencia hasta la casi extinción del movimiento a comienzos de la década de 1940. Culmina con la derrota electoral como diputado de Jorge González en 1945, aunque no será el final de su carrera política, ya que este líder exaltado y extremista tuvo un momento político como secretario general del Partido Liberal. Al mismo tiempo, lo que era la masa del “fascismo chileno” se va dividiendo en varias versiones, algunas más conservadoras que la dirección que le había imprimido González al MNS, o a la Vanguardia Popular Socialista después; o más de identificación con un nacionalismo latinoamericanista, de toques peronistas si se quiere, *avant la lettre*, en torno a la Unión Nacionalista, Marcus Klein toca a la figura de Juan Gómez Millas, que el autor se sorprende haya tenido tanta figuración después. Apunta a que tanto este grupo como el Partido Nacional Fascista, una pequeña fracción salida del MNS, simpatizaban en general con el Eje. Habrá que recordar no solo que Gómez Millas devino en una interesantísima figura intelectual, sino que una gran parte de la *intelligentsia* chilena del siglo XX transitó por el oscuro paso de la “tentación totalitaria”. La pregunta relevante es aquí se hubo un proceso de maduración al final de esa encrucijada, si es que hubo final.

En una última parte hace un breve retrato de movimientos fascistas después de la “época del fascismo”. Apunta a grupúsculos que sin embargo no carecen de raíces con su época, la de la posguerra. No parece haber un argumento para poner a Jorge Prat (p. 201) dentro de los continuadores del fascismo, o al poner a Patria y Libertad en la misma estela –aunque señala matices– olvida de hacer distinciones entre “fascismo” y “extrema derecha”, por muchas veces que el fenómeno real presente a veces la misma cara. Falta en este sentido alguna referencia mayor a la rica trayectoria de la “teoría *acerca* del fascismo”, para destacar más la individualidad del caso chileno en esa perspectiva del debate.

Hay algunos puntos donde me gustaría efectuar observaciones. El autor destaca más de lo que nos gustaría lo de la “larga sombra”, el nacismo chileno como proyección del nazismo alemán. Con largueza, prueba grandes paralelos entre el nacismo y el nazismo. ¿Significa ello una relación de causa y efecto? No lo dice así Marcus Klein, pero está implícita en toda la parte dedicada al MNS. Me parece que lo que se prueba por enésima vez no es tanto la reducción causal de un fenómeno histórico a otro, sino que la importancia del factor de *mimesis* en la existencia histórica. Surge una nueva persuasión política, o cualquier fenómeno social, cultural..., y en un espacio cultural de varios estados, o en el planeta entero se reproduce con velocidad pasmosa. Ello ocurrió con el comunismo en Chile, que tenía raíces chilenas de lo profundo del XIX, y a la vez fue potenciado por la Revolución Rusa. Ocurrió con este “fascismo chileno”.

Leyendo el libro, y muchos análisis sobre el nazismo y fascismo italiano, pareciera que solo la palabra “fanatismo”, y su inserción en una mentalidad cuasi patológica en lo síquico, pudiera explicar la movilización de los partidarios del MNS. Pero esos muchachos de los años treinta, como sus pares en el comunismo, en el socialismo y en la Falange, también estaban poseídos de ardor, de abnegación, de cierto “idealismo”, aunque por cierto esto último sea una noción resbaladiza. Salvo que hagamos “vidas de santos” –que tienen su contrapartida, la vida de Satán–, tenemos que vérnosla con el hombre histórico.

Y habrá que aceptar, a la luz del resultado de “época del fascismo”, y del siglo del comunismo, que en determinadas circunstancias los mejores sentimientos se convierten en acciones inhumanas. También, y en esto es muy claro Marcus Klein, el MNS estaba inserto en un estilo de hacer política en donde se usaba livianamente la violencia, y cualquiera de nosotros se puede imaginar que una vez apoderándose de un máquina de gobierno, podrían construir un sistema sanguinario. Pero perdieron la apuesta y fueron víctimas de una reacción completamente desproporcionada. Por ello, en Chile se les vio muchas veces, después del 5 de septiembre, bajo un velo romántico, de tragedia, y pasaron a ser una imagen más de la crítica “antilogárquica”. Esto tuvo sus huellas en la literatura (Fernando Alegría, Carlos Droguett).

Hay que recordar que de las filas del MNS surgieron líderes que fueron a todo el espectro político, entre ellos un futuro ministro de Salvador Allende, Oscar Jiménez Pinochet, y el mismo Jorge González terminó en el Partido Liberal (j). Muchos otros se repartieron en un amplio abanico, no solo en la derecha. Y una última observación. Marcus Klein pone, creo, demasiado énfasis en que el MNS fracasó en convertirse en un partido de masas y ser un partido de gobierno a través del éxito electoral.

Con la perspectiva del tiempo, se puede decir que estaba condenado a un aislamiento; que comunismo y socialismo tuvieron éxito cuando sumaron sus votos y que, salvo la Democracia Cristiana, no hubo nunca una coalición de gobierno de partido único. ¿Pequeño el MNS? Depende en qué perspectiva se analice. Como partido de movilización, con un fuerte acento en la juventud, sobre todo universitaria, de carácter paramilitar, extremista, antisistema, no era nada de pequeño, y el gobierno de Arturo Alessandri tenía todos los motivos para tenerlo entre ceja y ceja. Tuvo la misma votación que la Falange en 1941; y en su época, Frei y su gente tenían peso, aunque no constituyeran un movimiento de masas; y además tenían futuro. En la “época del fascismo”, hasta Max Horkheimer creía que duraría largo tiempo.

Son inquietudes que surgen de este libro, investigación completísima sobre un momento fascinante de la historia de Chile, pero que en algunos de sus rasgos, también es un proceso de larga duración. Exige una pronta traducción y publicación en Chile.

JOAQUÍN FERMANDOIS

Pontificia Universidad Católica de Chile

ARNOLD BAUER, *Chile y algo más. Estudios de Historia Latinoamericana*, Instituto de Historia, Centro de Investigaciones Barros Arana, Santiago, 2005

Desde “Chile en el corazón”, el profesor e historiador norteamericano Arnold Bauer nos entrega a los chilenos, a través de este texto que comentamos, algunos de los escritos más relevantes de sus investigaciones recientes, fruto de una permanente inquietud por renovar y ampliar su campo de reflexión histórica.

Latinoamericanista de vocación, el profesor Bauer inscribe en su escritura su viaje cognitivo por Chile y nuestra América, haciendo de la historia un camino de búsqueda de las raíces que arbolan el presente. De esta manera, su propuesta historiográfica arranca de su biografía itinerante por el suelo de Chile y América, enseñándonos a “pensar históricamente” la *realidad viva* que emerge desde la mirada atenta y profunda que la interroga.

En el primer escrito de este texto que comentamos –“Chile en el corazón”–, el profesor Bauer puntualiza cuál ha sido su motivación y su pregunta central al momento de estudiar la historia chilena y latinoamericana: la pregunta de “*por qué los chilenos y los latinoamericanos en general pensaron y sintieron y ahora piensan y sienten en la forma que lo hacen*” (p. 37). Esta pregunta lo instala de inmediato en un lugar inquisitivo que podríamos identificar como “de la diferencia”. Bauer, así, no anula sus propias raíces, sino que desde ellas busca al latinoamericano que se constituye en su “otro” a quien quiere comprender; un “otro” que, al mismo tiempo, define su propio ser-quehacer.

Bauer se define a sí mismo como “traductor cultural” (p. 37), asumiendo la difícil misión de instalar la pregunta señalada en el propio corazón de los estudiantes norteamericanos interesados en el estudio de Latinoamérica, ofreciendo su es-

critura y su cátedra como lengua de comunicación y conversación. No solo ha entregado su escritura y docencia para dicha labor de “traducción”, sino que también, a través de un arduo trabajo de muchos años como gestor de un programa de estadía de estudiantes norteamericanos en Chile, ha entregado a estos la oportunidad de realizar, por su propia cuenta, la experiencia del “viaje inquisitivo” por nuestro presente-pasado, sembrando la semilla de nuevos “traductores culturales”.

El objetivo e ideologema central de este trabajo y misión de “traductor cultural” de Latinoamérica para Norteamérica que asume Bauer, es conjurar el centenario prejuicio existente en “muchos norteamericanos” que tienden a ver a Nuestra América con “desdén” y como el “patio trasero” de aquella su patronal casa-blanca: el patio donde “se guarda la basura, donde se tiende la ropa a secar, donde se mantiene la caseta del perro: un lugar desarreglado y fuera de la vista”. Este *desdén* no solo se grafica a través de la imagen del orden arquitectónico del lugar del habitar, sino que se inscribe, más profundamente, en el orden del cuerpo: “debajo del cinturón”, en las partes bajas “oscuras, húmedas, vergonzosas” (p. 38).

Imaginario arquitectónico que, afortunadamente, para tranquilidad del buen Arnold, no logra “entrar” en el esquema de la casa colonial hispanoamericana, con sus diversos patios centrales y sus piletas de agua, sus naranjos y papayos y donde, al vaivén de la ropa tendida y el jugueteo de las palomas escapando del perro Lucifer, se preparan los más deliciosos manjares y se narran alucinantes cuentos sobre mágicos acaecimientos ocurridos en el pueblo. Imaginario corporal, que tampoco y, afortunadamente, no logra “entrar” en el bello cuerpo de Nuestra-América, mestizo, multicolor, carnavalesco, que luce sus piernas desnudas al son de la salsa, el merengue, la cueca y el tango.

Pero a Bauer le preocupa la factibilidad de ser “traductor cultural” de la historia e idiosincrasia de “otro” pueblo. Ante este problema, el autor opta, en primer lugar, por la “modestia” y, en segundo lugar, por la certera aseveración de que “un forastero puede vislumbrar cosas que los nativos no ven”. A partir de esta doble postura, Bauer plantea que no pretende “dictar cátedra”, sino que solo “ver desde afuera” (p. 75). Posición que sin duda lo caracteriza y que hace de Bauer un estudioso respetuoso y amable y un gran aporte para nuestra cultura historiográfica.

El texto que comentamos abre sus estudios históricos ofreciéndonos dos trabajos sobre historia rural chilena. El primero de ellos, titulado “Ciudad y campo en 1850”, retrata la sociedad rural y urbana chilena de mediados de siglo XIX, ofreciéndonos importantes cuadros sobre listas de terratenientes y comerciantes, revelándonos el “núcleo de la elite de mediados de siglo”, la que, aunque se daba “aires principescos” tenía, en realidad, un estilo de vida, a juicio de Bauer, “netamente provinciano”; estilo caracterizado por una forma de vida “rústica” e “iletrada”, a pesar de sus posesiones de miles de hectáreas de tierra. Bauer retrata también la vida social santiaguina de la época, centrada en los ritos religiosos y las tertulias sociales, bañadas de chismes, música al piano y abundante comida. Los grupos nuevos, conformados por mineros, comerciantes extranjeros y profesionales, se habrían “entremezclado” con los más antiguos y tradicionales, fueron conformando, a juicio de Bauer, “una sociedad pequeña, estable, y geográficamente compacta”, unida por lazos de sangre y “parentescos informales”. Esta sociedad constituía

la clase dirigente de una “república autocrática”, la que, políticamente, dice el autor, “casi nunca fue cuestionada”. Las guerras civiles de 1851 y 1859 tienen, para Bauer, solo el carácter de “disputas” y de “excepciones” (pp. 60-61). Finalmente y basándose mucho en el testimonio de Claudio Gay, el autor nos ofrece una mirada a la sociedad campesina de la época, especialmente del inquilinato, el que habría llegado a conformar algunos verdaderos linajes de familias de inquilinos, semejando, a su propia escala, los propios linajes de terratenientes (cf. p. 71). En este “campo” y tal como Bauer lo señala, su objetivo es “describir” una sociedad rural en el momento *anterior* a su transformación, es decir, cuando aún perviven los rasgos, en plena república, de su “formación colonial”. Esta es, a mi juicio, la lógica de todo este artículo: detener la mirada sobre una sociedad que, a juicio del autor, pervive, que se mantiene, que se conserva en el tiempo, a la cual las transformaciones políticas casi no conmueven. Se percibe su intención de rescatar “ese” momento, el momento de “lo que permanece intacto”; un momento frágil, sin embargo, amenazado por su pronta transformación a través de los cambios que traerá aparejada la economía de mercado (p. 73). Un momento al que le pesa y le ronda, con un cierto dejo de nostalgia, la histórica frase de Marx: “todo lo sólido se desvanece(rá) en el aire”.

El segundo estudio sobre Chile que ofrece este libro se titula “Sociedad y política rural chilenas en un enfoque comparativo”, en el cual su “mirada de forastero” busca “señalar y desentrañar lo insólito”. ¿Qué constituye para Bauer “lo insólito” en la historia del mundo rural chileno? Nos responde: la larga duración del fundo chileno y su peculiar institución del inquilinaje, así como la ausencia de “levantamientos de importancia” en contra de aquellas dos instituciones hasta la década del 60 y 70 del siglo xx. Con el objetivo de estudiar este fenómeno, Bauer se instala en dos momentos críticos del capitalismo: la Gran Depresión de fines de siglo XIX y la Crisis Mundial de los años 30 del siglo XX; momentos que busca analizar comparativamente entre Chile y el “mundo atlántico. Su hipótesis al respecto, para Chile, es que el modo de responder a dichas crisis que tuvieron los chilenos, especialmente aquellos ligados al mundo agrario así como el Estado, marcó el rumbo de la historia nacional (p. 76). De este modo, la “insólita” respuesta que se habría dado en Chile a la *Gran Depresión* de fines del XIX habría sido, en vez de la expulsión de mano de obra fuera de las haciendas, la “reinquilinización”. Y ante la *Crisis del 30* del siglo XX, Bauer plantea que “el campo quedó esencialmente tranquilo” y que “los trabajadores rurales permanecieron aislados de las corrientes vitales de la política nacional; su única alianza era con aquella clase que era a la vez su “benefactor” y su opresor” (p. 81), lo que constituye a mi juicio una de sus hipótesis más discutibles.

No es necesario ocupar la categoría de “militancia campesina” (como utiliza Bauer para chequear la tranquilidad o no de los campos chilenos en ese período) para tener que reconocer (tal como lo estamos haciendo en una investigación que realizamos hace un par de años¹) que “la cuestión campesina” se constituyó en uno de los

¹ Fondarcis N° 804, “La cuestión campesina y el Frente Popular, 1937-1947”.

epicentros de la política nacional de entonces, desde cuyo “lugar crítico” se construyeron las alianzas y los proyectos políticos de cambio o de conservación de la hora. Nuestras indagaciones preliminares al respecto ya están mostrando que la respuesta principal de los propietarios agrícolas ante la presión organizativa y la ideologización reivindicativa del campesinado chileno en tiempos de gobierno frente-popular, fue la *expulsión* sistemática de trabajadores y esto no como una variable económica, sino fundamentalmente política. Esto significa que dicha *expulsión selectiva*, a nivel *ampliado y general* ocurrida en el campo chileno, estaba destinada principalmente a *reforzar la subordinación* al interior mismo de la hacienda, en un tiempo de *crisis de la subordinación clásica*, esto es, en un momento proclive al paso de formas de resistencia “ocultas” a “manifiestas”; lo cual sin duda ponía en jaque el fundamento mismo del sistema hacendal, sustentado sobre el ritual del mutuo “consentimiento”. Como resultado, la expulsión redundó, sin duda, en un progresivo y forzoso aquietamiento del mundo social agrario, lo cual termina encontrándose con la hipótesis de Bauer de la “tranquilidad del campo”. Pero nos parece que a esas alturas de la historia social y política de Chile, sería arriesgado sostener la existencia, como puntualiza el autor, de “la tranquilidad” como fruto de la *alianza de clase (opresor-oprimido)*; más bien esta parece ser la fantasmagórica “tranquilidad del cementerio”. Como resultado y como bien concluye Bauer, “la clase hacendada, apoyada por un campesinado aislado, intimidado y cooperador, pudo mantener una influencia desproporcionada hasta hace unos veinticinco años” (p. 88).

Los artículos que siguen en el texto que comentamos son estudios relativos a la historia de América Latina, cada uno de los cuales es expresión de la vocación inquisitiva y siempre renovada de Bauer por entrar en los derroteros más significativos de nuestra América. Los textos se titulan “Molineros y molenderas. Tecnología, economía familiar y cultura material en Mesoamérica: 3000 a.C -2000 d.C.”; “Cultura material y consumo en Hispanoamérica”; “La Iglesia en la economía hispanoamericana: los censos y depósitos en los siglos XVIII y XIX” y “La economía colonial hispanoamericana: comparaciones entre Mesoamérica y la región andina”.

El primero de ellos, quizás el más hermoso, interroga la evidencia de una práctica cultural ancestral puesta ante su mirada: la milenaria continuidad de la artesanal confección de la cotidiana *tortilla* entre las mujeres mesoamericanas, capaz de resistir toda modernización tecnológica. Bauer busca adentrarse, aquí, en el complejo mundo cultural del “otro”, evitando la simplificación explicativa racionalista y/o reduccionista.

En el segundo estudio mencionado, Bauer, aproximándose a la antropología, estudia las prácticas de consumo cotidiano en América y Europa, afirmando que “la creación de un régimen material tiene lugar en el ámbito del poder”, planteamiento que le permite explicar por qué, desde la conquista española de América “el flujo de nuevos bienes ha sido hacia y no desde Latinoamérica” (124). Un trabajo muy novedoso y sugerente en el que, a través del estudio del flujo y consumo de bienes entre dos mundos o continentes, Bauer se adentra en la problemática de la “imposición de la civilización occidental” sobre América.

El trabajo sobre la economía eclesiástica latinoamericana es especialmente relevante, ya que busca “cuestionar el enfoque convencional de los préstamos eclesiás-

ticos y argumentar el hecho de que la actividad “bancaria” de la Iglesia era bastante menos importante de lo que normalmente se cree” (p. 159). Por otra parte, Bauer plantea que si bien las diversas obras pías y anualidades gravaban onerosamente la tierra, ello habría sido compensado por las importantes inversiones en obras públicas, remuneración de empleos y de la responsabilidad por parte de la Iglesia en el campo de la “política social”: “salud, educación y bienestar” (p. 159). A través de este estudio Bauer contribuye a reforzar el rol modernizador y social de la Iglesia latinoamericana.

En su último e interesantísimo estudio sobre la economía y sociedad de México y la región andina durante la colonia, Bauer narra magistralmente las prácticas productivas y comerciales de estos espacios americanos. A través de este trabajo, y en última instancia, Bauer busca desentrañar una de las preguntas que obsesivamente rondan las cabezas de los estudiosos de Latinoamérica: el de las raíces de su subdesarrollo. Cuestionando las teorías que postulan la culpabilidad del dominio colonial, así como las diversas teorías de la dependencia, Bauer solamente plantea contrahipótesis que sugieren que con o sin colonialismo, el camino y la historia latinoamericana ha sido trazada por sí misma y desde sí misma.

Por último, habría que decir que todos estos estudios articulan, con mucho éxito, economía y cultura, materia y espíritu, “objetividad” y subjetividad, respondiendo así, Bauer, a uno de los más importantes desafíos epistemológicos de la historiografía actual.

M. ANGÉLICA ILLANES OLIVA
Universidad Arcis, Santiago de Chile

CLAUDIA ROSAS LAURO (Editora) *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial 2005.

El libro editado por Claudia Rosas es ciertamente interesante. Se compone de una Introducción de la editora, un estudio de Fernando Rosas Moscoso sobre el concepto del miedo y trece artículos sobre casos concretos, incluyendo uno de la propia editora. Situaciones que han producido miedo en el Perú desde la temprana Conquista hasta el siglo XX. Todos los artículos parecen serios y bien investigados, al menos para una persona que bien poco sabe de la historia del Perú como es mi caso.

Pero antes de referirnos a los trabajos hablemos del miedo, ese estado psicológico de angustia ante un peligro –real o imaginario– que puede ser causado por múltiples causas y tener una amplia gama de grados de intensidad hasta llegar a la más alta. El miedo es la conciencia –con justificación o sin ella– de que mi persona, o la de un ser o institución queridos están expuestos a un daño que puede ser muy grande. El miedo es tan antiguo como la especie humana y ha sido una de las principales fuentes de sufrimiento para esta.

Hace un tiempo leí un trabajo de un profesor norteamericano que me impresionó muchísimo. Se sabe que antropoides con características de homínidos existen

desde hace unos tres millones de años. Y homínidos propiamente tales algunos cientos de miles. En casi toda esta larga extensión de tiempo fueron criaturas débiles incapaces de enfrentarse a los animales de su tamaño, o mayores, provistos de dientes o garras incomparablemente más fuertes y peligrosas que las de ellos o sufrir, sin posibilidad de evitarlos, otros fenómenos de la naturaleza. Era un ser que tenía pues muchas razones para vivir permanentemente en un estado de miedo y en continua alerta, siempre huyendo o refugiándose. El hombre inventó sus primeras armas (posiblemente el palo usado a manera de maza) hace menos de cien mil años, probablemente bastante menos. Después, a medida que su inteligencia fue aumentando y se fue refinando logrando transmitirse los conocimientos de generación en generación, las armas mejoraron, hasta el punto de que en el presente el ser humano es el ente viviente más peligroso para los demás y puede defenderse de los macrofenómenos de la naturaleza razonablemente, bien de tomar precauciones adecuadas. En fin, el hombre puede ser además el peor de los depredadores, que si quisiera podría quizá destruir toda la vida sobre el planeta, o podrá hacerlo en un futuro cercano. De hecho, el mayor peligro para el hombre es otro hombre.

Pero este ser tan poderoso que es el hombre del presente, este “rey de creación” solo lo ha sido por una fracción insignificante del tiempo en que existe como especie y habría guardado en su inconsciente esos millones de años en que vivió sumido en el miedo, siendo una fuerza que, escondida en el inconsciente se despierta, con fuerza irracional y avasalladora en ocasiones como hice presente más atrás. Fernando Rosas lo dice explícitamente: “el historiador que busca penetrar en el estudio de los temores tiene necesariamente que apoyarse en psicología” (p. 25).

Es un orgullo para Claudia Rosas y la historiografía peruana que se haya preocupado pues de este importantísimo tema, ya tocado por la historiografía francesa, pero aún no cultivado o muy poco, en nuestra América, al menos no en Chile.

El libro, en orden cronológico, se preocupa de varias formas de miedo.

De miedos colectivos a otros seres humanos en los siguientes artículos: a los piratas en la época colonial de Ramiro Flores Guzmán. Al terremoto de y sus posibles secuencias de rebelión social de los sectores bajos, aprovechando la conmoción, de Susy M. Sánchez. El miedo a la rebelión de la plebe de Scarlett O’Phelan. El miedo a la revolución (como eco de la Revolución Francesa) de Claudia Rosas. El miedo a la revolución de la Independencia de Cristina Mazzeo de Vivó. Al advenimiento de la Independencia de Arnaldo Mera Ávalos. Al control de las elecciones, ya en el Perú independiente de José Ragas Rojas. El miedo al APRA de Jeffrey Klaiber, S.J.

Otros artículos se refieren al miedo individual a otros seres humanos: El miedo a la excomunión durante la Colonia de Miriam Salas Olivari. El miedo reverencial, justificado o no, de los jóvenes que decidían entrar en los conventos o salirse de ellos de Bernard Lavallé. Del provinciano a la multitud urbana de Dense Leigh Raffo.

En fin, la utilización del terror como forma de ejercer el poder de Augusto Castro Carpio... cuyo nombre y tema me recordó a otro Augusto, chileno.

Esta cierta dispersión en una temática que pudo ser más acotada quizá perjudica algo al libro pues algunos artículos tocan temáticas muy parecidas como “El

miedo a la revolución de la Independencia del Perú” y “Cuando *La Patria* llegó a la capital: el miedo ante el advenimiento de la Independencia 1820-1821” y otros como los de Scarlet O’Phelan y Claudia Rosas. También hay uno “El miedo a la excomunión”, que, en largos pasajes, se aparta del objetivo que proclama en su título. Por otro lado, hay artículos originales y muy bien logrados, como “El miedo al APRA”.

Llama la atención que el que casi con seguridad fue el mayor miedo y el más extendido en el católico Perú, como en toda la cristiandad hasta el día de hoy en algunos casos: el miedo al infierno, no se haya tocado, como lo sugiere la imagen de la tapa. El infierno es el mal más terrible que se puede concebir, el sufrimiento infinito por tiempo infinito. En verdad quizá las únicas personas que podrían merecer el infierno fueron los que lo crearon como concepto, posiblemente con el afán de adquirir poder para manejar a grupos numerosos de hombres.

Pero cualesquiera que sean los problemas que se pueden encontrar en el libro, estos no opacan el hecho de que es una obra con una temática novedosa, interesante, poco o no trabajada entre los latinoamericanos y que en el caso de algunos artículos muestra excelencia.

CRISTIÁN GAZMURI

Pontificia Universidad Católica de Chile

ALAN ANGELL, *Elecciones Presidenciales, Democracia y Partidos Políticos en el Chile Post Pinochet*. Santiago Centro de Estudios Bicentenario e Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005.

El conjunto de artículos incluidos en este texto constituyen una interesante iniciativa del Centro de Estudios Bicentenario e Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile para dar a conocer en un mismo volumen el trabajo de Alan Angell, profundo conocedor de la historia política de Chile y académico visitante en nuestro país por varias décadas.

Los textos seleccionados fueron publicados entre 1990 y 2005 en distintas revistas académicas y/o libros y nos entregan una visión analítica comprensiva del proceso de redemocratización chileno. A ello contribuye el adecuado ordenamiento cronológico que se hizo de los textos, cada uno de los cuales analiza en profundidad la coyuntura política del momento. Además, en su conjunto ellos nos entregan una visión longitudinal de la dinámica de los cambios políticos ocurridos en los últimos quince años en nuestro país. El foco de atención de A. Angell son las elecciones y los partidos políticos, procesos e instituciones centrales en las democracias contemporáneas y muy por cierto en la nueva democracia chilena.

Los tres primeros artículos, escritos en conjunto con su colega Benny Pollack de la Universidad de Liverpool, analizan las elecciones de 1989, 1993 y 1999-2000. En el primero se resalta la relevancia de las primeras elecciones, que con posterioridad al Plebiscito de 1988 inauguran la nueva democracia chilena. Los

autores examinan la naturaleza de la campaña política, el rol de los medios de comunicación y el impacto del sistema electoral binominal. Sin sorprenderse por los resultados de la elección presidencial, analizan la composición política del nuevo congreso y las limitaciones y dilemas que se presentan a los nuevos partidos de gobierno y a los partidos de derecha, ahora en la oposición. Se discuten, además, los condicionamientos que impondrá al futuro gobierno el tan criticado modelo económico y cómo se enfrentará el tema de las reformas constitucionales, la política social y los derechos humanos en un contexto donde la gobernabilidad y la supervivencia democrática aparecen como primera prioridad. Se concluye que las elecciones de 1989, donde participó alrededor del 90% del electorado inscrito, vuelven a colocar a Chile en la senda de una democracia participativa.

La campaña y las elecciones de 1993 marcan, según los autores el “fin de la confrontación política de la década de los sesenta” (p. 43). Si bien la cuestión de los derechos humanos y las relaciones cívico-militares tuvieron un rol protagónico menor en la agenda electoral, esta estuvo más bien orientada a temas vinculados a la economía, las reformas estructurales y las grandes reformas sociales. Por primera vez aflora también una leve preocupación por el tema de la corrupción. Sin embargo, la principal novedad de estas elecciones fue la aparición de focos de tensión en la “contienda intrapartidaria y en las contiendas dentro de una misma coalición” (p. 49) y el surgimiento de una creciente apatía y desencanto con la política en la opinión pública que coincide con el inicio de una menor participación electoral. Los autores plantean ya en ese momento su preocupación por esta tendencia que hoy aqueja a la democracia chilena y por cierto a gran parte de las democracias contemporáneas:

La transición chilena fue un pacto entre elites, y este estilo de hacer política continúa dominando. Podría tener consecuencias negativas en la consolidación de la democracia si grupos importantes continúan sintiéndose marginados de la toma de decisiones en el sistema político general” (p. 60).

En este contexto se realizan las elecciones de 1999, caracterizadas además por una “creciente personalización de la política y [los] crecientes costos de las elecciones” (p. 75). El apoyo al candidato Ricardo Lagos en las primarias de la Concertación generaron, pocos meses antes de la elección presidencial, una “sensación de confianza exagerada” en el triunfo del continuismo, abruptamente interrumpida por el virtual empate que logró el candidato de la alianza opositora, Joaquín Lavín. Sin embargo, en la segunda vuelta, realizada en enero de 2000 y con un limitado margen se impuso finalmente el candidato de la Concertación. A pesar de la competitividad de las elecciones, solo pudo apreciarse una leve recuperación de la participación electoral en ambas vueltas. Para A. Angell estas elecciones habrían contribuido a consolidar definitivamente la democracia, puesto que existió en ese momento una “verdadera posibilidad de alternancia en el poder” (p. 92).

Sin embargo, y a pesar de ello, se mantiene un gran desafío para la democracia chilena. Como lo reconoce A. Angell, nuestra democracia fue siempre elitista. De hecho, la estabilidad política por la que se ha caracterizado Chile se sostuvo siempre sobre este elitismo y el pragmatismo de la clase política dirigente. Pero no hay que olvidar que también este elitismo coexistió con un creciente proceso de movili-

zación e ideologización, participación y polarización, que en el mediano plazo la clase política dirigente no pudo (o no quiso) encauzar. Actualmente, la política sigue siendo tan elitista como antes, pero esta vez acompañada de una creciente apatía y una erosionada participación, que aparecen como irreversibles.

Los dos últimos capítulos del libro colocan la evolución y cambio del sistema de partidos y las percepciones de la ciudadanía en una perspectiva comparada. A pesar de la consolidación del sistema de partidos políticos chilenos y el establecimiento de coaliciones electorales eficientes que mantienen la identidad histórica de los partidos tradicionales, el grado de insatisfacción y falta de confianza pública en ellos aparece como un fenómeno difícil de revertir. Las causas se encontrarían según Angell en la disminución del conflicto ideológico; una clase trabajadora menos organizada; un electorado con mayor educación y mucho más crítico de sus líderes políticos; la personalización de la política y la pérdida de significado de la militancia, junto a una creciente desconfianza en el financiamiento de la política, los políticos y las campañas electorales provocada por numerosas denuncias de corrupción dentro del aparato público.

El capítulo titulado “El factor Pinochet en la política chilena” analiza los distintos componentes del proyecto del régimen militar y su evolución; discute cómo el legado autoritario se democratizó gradualmente; cómo las relaciones cívico-militares adquirieron mayor normalidad y cómo el Poder Judicial finalmente adquirió un rol más protagónico en el tema de los derechos humanos. Si bien el arresto del general Pinochet en Londres tensionó en alguna medida la política nacional, también actuó como un importante catalizador en la implementación de muchas reformas posteriores. Durante el desarrollo de los eventos, sostiene A. Angell, los partidos políticos y los candidatos, demostraron gran pragmatismo para minimizar el impacto de dicho evento en la campaña presidencial.

La lectura del texto de A. Angell nos demuestra el profundo conocimiento que tiene el autor de la realidad política chilena, del cambio de régimen político y de los desafíos que enfrenta la democracia chilena. El detallado y prolijo seguimiento del proceso de transición, la variedad de fuentes de información y por sobre todo las acertadas y ponderadas percepciones acerca del momento político que cubre cada uno de los capítulos que se nos presentan es de encomiar. En este sentido, el trabajo de Alan Angell visto en retrospectiva y a través de los distintos cortes en el tiempo político que analiza, se presenta como un todo coherente, bien integrado y muy bien articulado.

Indudablemente este es un texto que debe mover a estudiantes, académicos y analistas políticos a seguir el ejemplo de Alan Angell. Solidez en la información cualitativa, juicios ponderados y profundidad analítica al evaluar nuestros procesos electorales y la evolución de los partidos políticos chilenos.

ALFREDO REHREN
Pontificia Universidad Católica de Chile

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA Y CRISTÓBAL ALJOVÍN DE LOSADA (compiladores). *Chile-Perú. Perú-Chile. 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. Edición al cuidado de Eduardo Cavieres, Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Convenio Andrés Bello, Universidad Mayor San Marcos, 2005, 335 págs.

En la historiografía sudamericana del siglo XX no es frecuente que un grupo de historiadores de dos países limítrofes, que han compartido una historia de tira y afloja permanente, se coordinen para proyectar y redactar una investigación que tenga como propósito estudiar algunos de los aspectos políticos, económicos y culturales más sobresalientes de ambas naciones, con el objetivo de exponer una visión complementaria de la historia individual y colectiva durante gran parte del siglo XIX y las primeras dos décadas del siguiente. Representa, sin duda, un esfuerzo intelectual digno de destacar y necesario de criticar a la vez, más aún cuando las relaciones internacionales entre los países del Cono Sur se han visto afectadas por la aquiescencia generalizada de militares populistas y autoritarios con aspiraciones de alcanzar el poder que han infectado al continente de frustraciones que, por cierto, también se ha asentado en territorio boliviano. En ese sentido, este volumen es una manera de aportar con seriedad y responsabilidad cívica al debate intelectual en torno a asuntos políticos y culturales pendientes entre Perú y Chile, y que todavía requieren de la participación de una ciudadanía activa, comprometida con los asuntos políticos y militares, capaz de valorar pero también de criticar el accionar de nuestros gobernantes y legisladores, quienes finalmente tienen la responsabilidad de velar por la estabilidad de sus instituciones y asegurar además un adecuado manejo en las relaciones diplomáticas. Por consiguiente, el esfuerzo académico de estos historiadores está dirigido a estudiar el pasado histórico de ambas naciones pero a la vez convertirse en un material de consulta para científicos políticos, legisladores, analistas internacionales o diplomáticos que tengan necesidad de prospectar las necesidades y los desafíos que presentan las relaciones bilaterales de ambos países.

Los compiladores del volumen, Cristóbal Aljovín de Losada y Eduardo Cavieres Figueroa, enfatizan la necesidad de estudiar las relaciones de Chile y Perú desde una perspectiva de análisis de larga duración, pues “permite conocer y comprender la evolución histórica con amplitudes temáticas y consideraciones más fundamentadas respecto a las situaciones coyunturales que explican esos quiebres” (p. 11). Asimismo, agregan, estudiando la historia de ambas naciones empleando una perspectiva metodológica que considere simultáneamente la exclusión y la inclusión como factores histórico-sociales, se comprenderá de mejor modo las realidades socioeconómicas, políticas y culturales de ambos países.

En la medida en que el Estado chileno, la ciudadanía y sus instituciones cívico-militares seamos capaces de conocer nuestro pasado histórico común, recién ahí seremos capaces además de afrontar con esperanza un futuro auspicioso, sustentado en acuerdos y tratados, y no en la exaltación patriótica infundada y fanática, que lo único que provocan es odio y rechazo hacia quienes despectivamente se les denomina “cholos”, en señal del desprecio que se les tiene. Este es un asunto

atávico de nuestra idiosincrasia nacional, que se burla y menosprecia a los peruanos y bolivianos, pero que, por una razón supuestamente de superioridad, considera que los chilenos somos superiores a nuestros vecinos, aseveración que, por supuesto, requiere de una exhaustiva revisión. La Guerra del Pacífico, sin duda, alimentó la envidia y el rechazo mutuo entre ambas naciones (especialmente en asuntos de defensa) y sus habitantes (ya sea en la elite aristocrática o burguesa como en los estratos populares), a lo que se agregan por supuesto disputas en materia militar y estratégica y, sin lugar a duda, en asuntos deportivos, que las más de la veces provocan fanatismos irrestrictos, perjudiciales para la conformación de ciudadanos activos, conscientes de los elementos unificadores y de los componentes que nos distinguen del resto de las naciones sudamericanas. Solo así sabremos afirmar con propiedad quiénes fuimos en relación al tipo de relaciones que mantuvo el Estado de Chile con otras naciones del continente, quiénes somos en la actualidad y cómo nos queremos proyectar como sociedad hacia el futuro, superando antiguas (y al mismo tiempo siempre presentes) rencillas y plantear nuevos desafíos. Además, tendremos la capacidad para discutir con fundamentos sobre los problemas atingentes que afectan las relaciones diplomáticas y geopolíticas con Perú y con el resto de los países de Sudamérica.

Pues bien, dada la dificultad de afrontar un estudio que se proponga realizar un análisis historiográfico comparativo entre ambas naciones, este trabajo presenta algunos problemas estructurales y estilísticos que resaltan, y, al mismo tiempo, desafíos que son connaturales a cualquier proyecto donde estén involucrados dos o más personas, más aún si consideramos que la dinámica de trabajo consistió en que un historiador (a) chileno y un historiador (a) peruano debían desarrollar una determinada temática desde ángulos distintos a partir del análisis bibliográfico existente sobre cada materia, excluyendo en esta ocasión el trabajo con fuentes primarias, lo que remarca aún más la connotación de discusión y debate que los autores quisieron imprimirles a sus artículos, más que formular hipótesis de investigación novedosas tendientes a refutar o debatir con planteamientos metodológicos o analíticos que han sido aportes sustanciosos al desarrollo de la historiografía chilena y peruana. Pese a que cada artículo correspondía a la autoría de dos historiadores (siempre primero un autor peruano y luego un chileno), aquellos fueron investigados y redactados por separados, y posteriormente amalgamados de tal manera de conformar un ensayo homogéneo y uniforme, pero que deja traslucir en algunos de ellos la falta de unidad y cohesión, acentuando por momentos una cierta disgregación en la estructura del libro. No podía ser de otra manera, tendríamos que argumentar, si consideramos que el método de trabajo empleado en esta oportunidad consistió en abordar comparativamente un mismo aspecto tanto desde la óptica peruana y chilena —que desde luego puede variar y hasta discrepar de la otra, generando consigo una visión distinta, que por lo demás resulta provechoso en cualquier trabajo intelectual como este—, para luego mostrar una visión de conjunto del tema analizado, previo comentario y discusión del artículo del autor con quien tuvo que compartir la redacción del ensayo. No obstante, el resultado ciertamente es favorable y auspicioso para los próximos trabajos historiográficos que empleen esta metodología o una similar, aunque presenta algunos inconvenientes que provocan un resultado

estimulante, aun cuando disímil en la ordenación y línea argumentativa de los textos.

Este volumen se puede entender, además, como un acto de generosidad intelectual y como un desafío académico entre dos instituciones universitarias de gran prestigio, entre cuyos propósitos destaca el de establecer nexos intelectuales entre ambas naciones; de esta manera se entiende la realización de este proyecto historiográfico entre historiadores chilenos y peruanos, tendiente a conformar una historia común entre los historiadores de ambas naciones. Ello no significa, por cierto, que exista una visión monolítica de los hechos del pasado, ni mucho menos, sino de realizar un ejercicio crítico capaz de destacar diferencias y de establecer similitudes entre ambos procesos históricos. Comprender la historia de Chile en algunos de sus aspectos económicos, culturales y políticos es entender una parte sustantiva de la historia del Perú, en la misma medida que para penetrar en los hechos históricos del pasado peruano es necesario asimismo comprender los procesos culturales, políticos y económicos chilenos desarrollados, ya sea fuera o dentro de su nación, en la medida en que, tal como lo remarcan los editores, como en el caso de la Guerra del Pacífico, que constituye sin lugar a dudas el punto de inflexión más agudo y el de mayor importancia en la historia de Chile y Perú desde los procesos independentistas respectivos, es necesario abordarla desde una mirada analítica más amplia, considerando contextos regionales y la situación mundial que resulta indispensable para lograr una comprensión cabal de la realidad histórica chilena y sudamericana en general, marcada por aspiraciones imperialistas, exaltación de nacionalismos y disputas territoriales y económicas.

Es decir, de acuerdo a esta lógica, no existen acontecimientos históricos que se expliquen por sí mismos, puestos que estos están relacionados (o condicionados muchas veces) por las coyunturas que se originan a su vez en los países europeos, que son, por lo demás, las naciones-ejes donde confluye la dinámica política y económica de gran parte de las decisiones que afectan al mundo entero. Las coyunturas políticas, los procesos económicos y las representaciones culturales tienen necesariamente que comprenderse desde, con y por intermedio de la conformación de los Estados-nacionales de acuerdo a la dinámica de uno de los países, la cual variará en consideración a factores específicos que, a su vez, determinarán la dinámica en cómo se desarrollan dichos procesos. La naturaleza y el grado de desafíos que cada uno de ellos deba enfrentar, como así también las disputas que se generan a partir de que ambas naciones comparten iguales necesidades, pero que, por lo mismo, compitieron entre ellas para apoderarse de los beneficios económicos y de esta manera doblegar a su rival, antiguo compañero de alianzas, pero ahora en la vereda opuesta. Aquí radica uno de los asuntos de mayor importancia para calibrar la verdadera tensión que vivieron Perú y Chile desde la Guerra de la Confederación (1835-1836) en adelante, puesto que esta disputa bélica y comercial por apropiarse del dominio marítimo, graficará la fluctuante y ambivalente relación que mantuvieron (y que hoy siguen manteniendo) ambas naciones, que oscilará entre quienes alguna vez fueron aliados que aspiraban a beneficiarse mutuamente y apoyarse de manera irrestricta en una diversidad de materias e intereses, y por otro lado, la enemistad profunda que fueron generando a medida en que una nación doblegaba

las aspiraciones expansionistas de otro país, anulando de esta manera antiguas aspiraciones comunes y afirmar la superioridad económica y militar de un país determinado. Y que, por lo demás, sigue siendo una de los principales escollos que deben sortear las autoridades respectivas de cada país.

Ahora bien, en lo que se refiere al contenido mismo de los siete ensayos en que se divide el libro, destacamos en cada uno de ellos la capacidad de detectar los aspectos fundamentales de sus respectivas temáticas, para luego problematizar las principales discusiones y de esta manera exponer críticamente los aportes historiográficos que se han preocupado por debatir en torno a asuntos y cuestiones comunes entre ambos países, y que en esta ocasión expondremos brevemente. Los historiadores Scarlett O'Phelan y Cristián Guerrero Lira, quienes se encargan de abrir el debate, analizan el establecimiento de las reformas borbónicas en América a partir del siglo XVIII, que significó un significativo avance en la administración de sus instituciones y en el manejo de las finanzas, logrando con ello eficiencia y control, pero a la vez un estancamiento en materia política y una falta de preparación cívica y política de parte de las autoridades sudamericanas de organizar el Estado. Al mismo tiempo, pese a las significativas transformaciones materiales, dichas reformas desnudaron la excesiva dependencia de la economía chilena y peruana con respecto a los mercados europeos. A su vez, en este contexto de aspiraciones democráticas y representatividad social emergerán los procesos independentistas de Chile y Perú que comparten una matriz común, aunque ambos presentarán diferencias, las cuales se acentuarán desde la implementación de las reformas borbónicas, la cual marcará, según los autores, una línea de separación entre el pasado colonial y las proyecciones emancipadoras hasta fines del siglo XIX.

Carlota Casalino Sen y Rafael Sagredo B., a su vez, estudian las representaciones y nociones que tuvieron ambos países para legitimarse como repúblicas después de la independencia que adquirieron hacia 1818 en adelante y, de esta manera, construir una imagen-país que fuese proyectable para el resto de América y también hacia Europa, lo que significaba en definitiva que Chile y Perú debían construirse una representación de sí mismos, de manera tal que otorgaba una identidad al país, permitía a su vez adquirir una unidad territorial y administrativa. En el caso del Perú este proceso identitario estará determinado por elementos simbólicos, mientras que en el caso chileno por factores geográficos que, a su vez, condicionan la realidad física, económica, social y cultural, de manera que hay una relación decisiva entre geografía y sociedad para comprender la representación de Chile y su evolución histórica durante el siglo XIX. En ambos, por cierto, subyace una pregunta esencial: ¿Cuál es la relación entre el país imaginado y el país representado?

El análisis de las prácticas políticas y la formación de la ciudadanía, en tanto, está a cargo de Cristóbal Aljovín de Losada y Eduardo Araya, y postulan que a partir de las Cortes de Cádiz, primera manifestación concreta y real de gobierno representativo, las prácticas políticas adquieren un nuevo sentido y representación en América, cambiando las formas de la soberanía popular de la nación, la cual se expresó de forma múltiple y contradictoria en torno a la noción de legitimidad. En ese sentido, las Cortes de Cádiz representaron una ruptura de la cultura política de

la monarquía hispana, al decir del historiador francés François-Xavier Guerra, idea a la cual adscriben los autores de este artículo. El imaginario político que prevaleció durante aquellos años, agregan, fue el discurso republicano, predominando como referente en la construcción del sistema político del Estado-nación, pese a la aparición de caudillismos y a las manifestaciones callejeras dirigidas a desbaratar el orden político existente. Destacan, asimismo, el hecho de que la ciudadanía y el Estado están en permanente citación de definición, en la medida que se articulan nuevas prácticas políticas acordes a las demandas ideológicas de cada sociedad, generando consigo una permanente situación de crítica hacia determinadas formas de interpelar los estamentos sociales, políticos y económicos.

Ahora bien, los regímenes políticos expresados durante 1830 y 1930, que en rigor podríamos considerar parte del mismo grupo temático que el ensayo anterior, están trabajado en esta ocasión por Eduardo Hernando Nieto y Jaime Vito. Las ideas sobre el Estado, dicen estos historiadores, “abarcarán no solo distintas concepciones ideológicas sino también distintas formas de conocimientos disciplinares” (p. 139), tanto en Chile como en Perú, las cuales, por lo demás, tienen “entre sí múltiples semejanzas que contribuirán a darle significado y sentido a nuestras Historias” (p. 140). Las ideas políticas vinculadas a la ordenación jurídica y administrativa que las recientes repúblicas se han fijado establecer, agregan, se manifestarán en dos momentos: la primera de ellas dice referencia a la afirmación territorial del Estado y su función aglutinadora de poder legitimador en la medida en que asegura estabilidad del grupo social y, por consiguiente, la consolidación de ese territorio mediante el crecimiento del Estado, asegurando de esta manera el trabajo realizado por instituciones y funcionarios públicos. De lo anterior se desprende, asimismo, la distinción que los propios autores realizan de las manifestaciones de dichas ideas, resaltando la forma que estas deben asumir: si, por un sector, auspiciar el centralismo o si, por el contrario, apoyar el federalismo, lo que significaba en definitiva otorgarle mayor autonomía y capacidad de decisión a las regiones. Destaca, además, la forma en cómo dichas ideas se acentuaron en las reformas emprendidas por el Estado: la preeminencia del reformismo como idea fuerza. En lo que se refiere a los aspectos relativos a las funciones del Estado, los autores destacan la función social del Estado y su capacidad para transformarse en una instancia pública donde la ciudadanía puede, en caso que así lo requiera, recurrir a él para buscar una solución a sus problemas. En último lugar, destaca aquella noción emanada desde la política donde se vincula al Estado con el nacionalismo y los problemas de la integración étnico-social, siendo este último problema más desarrollado en el caso peruano que chileno, que tiene su explicación en la mayor incidencia de la población indígena en el Perú, a diferencia de Chile, donde prácticamente no existió una gravitación de los pueblos mapuches hacia el Estado.

Carlos Contreras y Eduardo Cavieres, por su parte, analizan las políticas fiscales, los aspectos comerciales, el mercado interno y el desarrollo de la economía chilena y peruana también entre 1830 y 1930, la cual estuvo marcada por la exportación de materias primas a países europeos (especialmente Inglaterra) y el mejoramiento del sistema tributario de las ganancias obtenidas de esta actividad. De manera que este ensayo estará abocado a analizar lo que los autores denominan el

concepto de “interrelación” de las economías de ambas naciones, siendo necesario para un adecuado funcionamiento el hecho de que existieran condiciones estructurales administrativas, normativas y económicas propicias para llevar adelante transacciones financieras y económicas de gran envergadura. Al compartir ambas economías procedimientos y normas de regulación, además el hecho de que ambas economías monoproductoras paulatinamente se insertaban en el mercado internacional y al mismo tiempo estaban expuestas a que el deterioro financiero de una determinada economía provocada por hechos políticos o sociales coyunturales, repercutía en la economía de su país vecino, generando consigo lazos de interdependencia que a la larga terminaron por compartir las mismas debilidades estructurales, las cuales, a su vez, significó efectos devastadores para ambas economías. La Guerra del Pacífico constituye, una vez más, el caso ilustrativo más destacado que forma parte de la historia común de ambas naciones para ejemplificar la estrecha dependencia y la interrelación que existió entre Chile y Perú, especialmente a partir de la gran depresión que afectó a ambas naciones entre 1873 y 1876.

Hasta el momento no habíamos tenido ocasión de referirnos a un tema cultural propiamente tal, si bien la temática analizada por O’Phelan y Sagredo tiene relación con expresiones del pensamiento y las ideas desde un ámbito pedagógico e intelectual, que dice relación estrecha con una manera de modelar formas de conducta propias de las manifestaciones culturales de un país, determinada a su vez por la autorrepresentación que Chile o Perú quisieron crearse de sí mismos y por supuesto también del otro. Los proyectos educativos decimonónicos tanto en Perú como en Chile, señalan Alex Loayza y Ximena Recio, estaban orientados a formar una nueva elite capaz de dirigir al Estado y a la sociedad, de manera que este reducido grupo de privilegiados pudiera establecer los ideales educativos que debían regir a la totalidad de la población, de acuerdo a parámetros sociales y doctrinas políticas e ideológicas determinadas. Y es que la educación, como se sabe, es por lo demás el principal instrumento de aleccionamiento empleado por las instituciones estatales para normar la conducta y pensamiento de la población, más aún si consideramos que es a través de la enseñanza en los colegios privados y en los liceos públicos donde la sociedad chilena y peruana estaba moldeando a los dirigentes y políticos que posteriormente asumirán la administración del Estado. Por ende, la educación no es un asunto que debía dejarse en manos inexpertas o vacilantes, puesto que por intermedio de ella el Estado debía velar por los aspectos administrativos de su gestión, y en la planificación e inspección de la enseñanza, además de garantizar la existencia de establecimientos educativos estatales y fomentar y controlar los recintos privados. Y, al mismo tiempo, debía garantizar la instrucción gratuita a los sectores populares, lo que conllevaba la integración política y el control social, pero aquello no significaba que la educación permitiría alcanzar la igualdad social. En ese sentido, la enseñanza impartida y controlada desde el Estado se erigió como una manera de mantener las jerarquías sociales y, al mismo tiempo, resolver problemas de gobernabilidad e integración nacional. Así, el Estado evitaba participar en luchas sociales y a la vez fomentaba las condiciones para crear una conciencia cultural y posibilitar el proceso modernizador, como ocurrió en el caso de Chile. Pero, concluyen los autores, si bien los proyectos

pedagógicos peruanos y chilenos compartieron algunos ideales educativos y la influencia de algunos modelos, los resultados fueron diferentes, determinados por la receptividad de una metodología pedagógica determinada, por el trabajo realizado por educadores extranjeros y por supuesto por las transformaciones políticas, sociales y económicas, que, al fin y al cabo, frenan o proyectan en su defecto la realización de un determinado discurso ideológico.

Finalmente, como una manera de graficar el crecimiento económico y social de sectores geográficos específicos de Chile y Perú, Miguel Jaramillo e Igor Goicovic estudian la particularidad de dos regiones determinadas con el objetivo de exponer las características que explican la propia dinámica de desarrollo tanto de las localidades de Piura y Paita, ubicadas en el extremo norte peruano, como del Norte Chico chileno. Analizar la dinámica con que dichos espacios fueron capaces de expandirse en una fase de transición entre 1780 y 1930, según los autores, permite comprender desde otra panorámica el país y sus problemas, de tal manera que la atención se detiene en centros económicos periféricos, marginales a las capitales, pero no por ello menos interesante de analizar, ya que exponen temáticas, actores y procesos económicos y sociales que generalmente la historiografía tradicional no ha querido detenerse en ellos, ya sea por considerar que no representan los intereses de la nación (entendiendo por ello la disposición centralista que ha sido una característica inherente en Chile y en América Latina) o bien por no haberse detenido en estudiar a las regiones y a sus propios procesos articuladores que a los ojos del capitalino parecen intrascendentes o superfluos. A su vez, Goicovic y Jaramillo destacan el hecho de que estudiar la problemática regional de ambas naciones permite observar fenómenos que están en la base de los procesos históricos de larga duración, y en el caso específico de ambas regiones, permite a su vez observar la importancia financiera y social que tuvieron durante la confluencia de dos procesos históricos determinantes: la transición del régimen colonial al republicano y las reorientaciones de los espacios económicos tanto en un ámbito mundial como interno. Pese a las líneas de continuidad que existen en ambos procesos, como el hecho de que ambas economías regionales las afectara una severa crisis hacia 1880 aunque por diferentes causas, es posible detectar especificidades en cada uno de los análisis, que dicen relación con las formaciones económico-sociales o los rasgos que definen las particularidades de los procesos y ritmos históricos, agregan los autores.

Considerando los numerosos aportes analíticos e interpretativos desplegados por los historiadores que trabajaron en esta oportunidad, este libro sintetiza un siglo de historia en común (en muchos aspectos) entre dos naciones que comparten frontera y tradiciones artesanales, gastronómicas y musicales, y amplifica al mismo tiempo el interés por ampliar el estudio de materias en las cuales los autores no trabajaron en esta oportunidad y que por lo mismo requieren todavía de la atención de historiadores que se dediquen a investigar sobre aspectos que todavía quedan por resolver. Este libro representa además el trabajo realizado por dos prestigiosas universidades agrupadas bajo el alero del Convenio Andrés Bello, lo que demuestra que este libro es una muestra concreta del esfuerzo —nuevamente son los intelectuales quienes se preocupan de estos aspectos, y no la clase política— por re-

construir las alicaídas relaciones entre peruanos y chilenos, ya sea en un plano gubernamental como en un nivel de la ciudadanía, que es, en definitiva, donde se construye la identidad de las naciones y de sus habitantes. Y, al mismo tiempo, proyecta las múltiples posibilidades políticas y económicas que surjan a partir de la necesidad de que Chile y Perú compartan una significativa cantidad de elementos simbólico-culturales comunes, sin por ello negar su propia identidad.

SANTIAGO ARÁNGUIZ PINTO
Universidad Diego Portales